El Faro de Puerto Aliso



Kella Foster

El Faro de Puerto Aliso

Kella Foster

Capítulo 1 — Rosa

El olor a sal y a brea vieja fue lo primero que la recibió, incluso antes que las gaviotas. Rosa Aguilar bajó del autobús con la maleta golpeándole la pantorrilla y se quedó un instante plantada frente a la lonja, como si el pueblo entero hubiera decidido examinarla antes de dejarla pasar.

Puerto Aliso no había cambiado un ápice en los seis años que llevaba sin pisarlo. Las casas de pescadores seguían pintadas de ocre y azul desvaído, los tendederos cruzaban las calles de balcón a balcón, y en la plaza, el reloj de la iglesia marcaba las cuatro y veinte con la misma pereza de siempre. Un grupo de niños jugaba al fútbol contra la fachada de la lonja, y el balón, desviado por algún zapato torpe, fue a parar justo a los pies de Rosa.

—¡Perdón, señora! —gritó uno de ellos, un crío de unos ocho años con las rodillas peladas.

—Señora, dice. —Rosa devolvió el balón de una patada certera, ganándose un aplauso improvisado de la pandilla—. Todavía no tengo edad para que me llaméis señora, granuja.

El niño se rió y siguió corriendo tras sus amigos, y Rosa se quedó un momento observando la escena con una sonrisa involuntaria, preguntándose cuántas veces ella misma habría jugado al mismo balón, contra la misma fachada, hacía ya más de veinte años.

—Vaya cara traes, niña. —Nala apareció desde la panadería con las manos llenas de harina y la abrazó sin que a Rosa le diera tiempo a soltar el equipaje—. Como si hubieras visto un fantasma.

—He visto peor. He visto Cantabria entera desde la ventanilla de un autobús sin aire acondicionado, con un señor detrás que no paraba de comerse pipas y escupir las cáscaras al suelo.

Nala se rió, ese cacareo suyo que Rosa había echado de menos sin saberlo, y se apartó lo justo para estudiarla de arriba abajo con ojo crítico.

—Sigues teniendo la misma cara de no dormir lo suficiente que tenías con veinte años.

—Y tú sigues teniendo harina hasta en las pestañas.

—Es mi mejor accesorio. —Nala se sacudió el delantal, dejando una nube blanca flotando entre ambas—. Anda, dame esa maleta, que pesa como si llevaras dentro el cadáver de alguien.

—Llevo libros. Y algún equipo de laboratorio que no debería viajar en la bodega de un autobús, mira que te lo advertí.

Caminaron juntas hacia El Ancla, la vieja librería-cafetería de la abuela de Rosa, cerrada desde el funeral. El camino apenas eran doscientos metros, pero a Rosa le llevó una eternidad recorrerlo, deteniéndose cada pocos pasos a saludar a algún vecino que la reconocía, a mirar algún escaparate que había cambiado de dueño, a respirar hondo el aire salado que llevaba media vida sin permitirse respirar del todo.

—Te dejó una carta —dijo Nala, mientras cruzaban la plaza—. El notario la tiene. Dice que es importante que la leas antes de decidir nada sobre el local.

—¿Decidir el qué?

—Si lo vendes o no, supongo. —Nala se encogió de hombros, aunque a Rosa no se le escapó el modo en que evitó mirarla a los ojos—. Aunque conociendo a tu abuela, lo mismo la carta habla de otra cosa completamente distinta. Amparo nunca hacía las cosas de manera sencilla.

—Eso desde luego.

Amparo Vives había muerto tres semanas atrás, mientras dormía, con un libro de Baroja abierto sobre el pecho, según le contó el médico por teléfono. Una muerte tranquila para una mujer que jamás había sido tranquila en vida. Rosa no había podido llegar al entierro —un congreso en Lisboa, unas muestras de sedimento que no podían esperar—, y esa ausencia le pesaba en el estómago como una piedra tragada entera. Se lo había repetido a sí misma un centenar de veces durante el viaje en autobús: no pudo llegar, no

fue una elección, no tuvo alternativa. Y sin embargo, cada vez que se lo repetía, sonaba menos convincente.

Llegaron por fin a El Ancla, con su cartel de madera desgastada balanceándose suavemente con la brisa. Nala abrió la puerta con la llave que siempre había guardado, como si aquella casa también fuera un poco suya.

Dentro, el polvo flotaba en la luz que entraba por los ventanales, y los estantes de madera seguían llenos de las mismas novelas de siempre, con los lomos gastados de tanto sol. Rosa pasó los dedos por el mostrador donde su abuela servía chocolate caliente y pastas de mantequilla a los pescadores que volvían de faenar al amanecer, y sintió que el pecho se le encogía.

—¿Quieres que me quede un rato? —preguntó Nala, con una delicadeza poco habitual en ella.

—No hace falta. Necesito... no sé. Sentarme aquí un momento sola.

Nala asintió, le dio un último abrazo y se marchó prometiendo volver esa noche con la cena, dejando a Rosa sola en medio de la librería silenciosa, rodeada de fotografías, de libros, del fantasma cariñoso de una abuela que llevaba toda la vida convencida de que Rosa acabaría volviendo, aunque nunca hubiera dicho tal cosa en voz alta.

Esa tarde, antes de ir al notario, decidió caminar sin rumbo por las calles empinadas del pueblo, dejando que los recuerdos la asaltaran uno a uno: la fuente donde de niña se lavaba las rodillas peladas después de caerse persiguiendo gatos callejeros, la ermita diminuta donde su abuela la llevaba a encender velas cada día de difuntos, el acantilado desde el que, con apenas dieciséis años, había visto su primer amanecer entero sin dormir, convencida de que el mundo cabía dentro de aquel horizonte infinito. Todo seguía ahí, intacto, como si Puerto Aliso hubiera decidido esperarla sin prisa, sabiendo que tarde o temprano volvería.

Se cruzó con Ubaldo, el pescador más viejo del pueblo, sentado como siempre en el mismo banco frente a la lonja, remendando una

red con dedos que el tiempo había vuelto nudosos pero seguros.

—Vaya, la nieta de Amparo. —Ubaldo levantó la vista con una sonrisa desdentada que Rosa recordaba de toda la vida—. Cuánto tiempo, muchacha. Tu abuela hablaba de ti como si fueras a salvar el mundo entero con tus estudios de peces.

—Solo estudio anémonas, Ubaldo, no peces.

—Para mí es lo mismo, todo lo que respira bajo el agua. —El viejo se rió con ganas, y luego su expresión se ensombreció un poco —. La echaremos de menos, ¿sabes? Tu abuela era de las pocas personas de este pueblo que todavía se acordaba de cómo era Puerto Aliso antes de que los turistas empezaran a comprar las casas de los pescadores para hacer apartamentos de verano.

—Por eso he vuelto, Ubaldo. Para terminar algo que ella empezó.

—Me alegra oír eso. Este pueblo necesita gente que se quede a pelear por él, no solo gente que pasa de largo. —Ubaldo señaló con la barbilla hacia el muelle, donde una silueta alta se afanaba sobre la cubierta de un pesquero azul marino—. Ya que hablamos de pelear, deberías conocer a Gustavo Ibarra si no lo conoces todavía. Buen hombre, aunque tenga el humor de una gaviota con hambre.

—Puede que tenga que hacerlo, sí.

Rosa se despidió de Ubaldo con un nudo en la garganta, y siguió caminando hasta el notario con la sensación extraña de que Puerto Aliso, lejos de haberla olvidado durante sus seis años de ausencia, la había estado esperando con la paciencia infinita de las cosas que saben que el tiempo, tarde o temprano, siempre da la razón a quien tiene fe.

Fue al notario esa misma tarde. Don Casimiro, un hombre menudo con gafas de pasta que llevaba redactando testamentos en Puerto Aliso desde antes de que naciera Rosa, la recibió con un café ya frío que insistió en ofrecerle de todos modos, y le entregó un sobre cerrado con el sello de lacre que su abuela usaba para todo, hasta para las cartas al ayuntamiento.

—Tu abuela era una mujer muy meticulosa —comentó don Casimiro, mientras Rosa sostenía el sobre entre las manos sin atreverse todavía a abrirlo—. Vino a verme tres veces en el último año para revisar este testamento. La última vez, apenas dos semanas antes de morir, me hizo prometerle que te entregaría esta carta en persona, y no por correo, como habría sido más práctico.

—Suena a ella.

—Suena exactamente a ella. —El notario sonrió con cariño genuino—. Tómate el tiempo que necesites, Rosa. No hay ninguna prisa con el papeleo del local.

Rosa salió a la calle con el sobre apretado contra el pecho, y se sentó en el peldaño de piedra frente a la notaría, incapaz de esperar a llegar a ningún otro sitio más privado. Rompió el lacre con dedos temblorosos y desdobló la carta, reconociendo al instante la letra inclinada y nerviosa de Amparo.

«Rosa, mi vida entera, si estás leyendo esto es porque por fin he conseguido morirme, cosa que llevaba años planeando con más ilusión de la que debería. No quiero sermonearte sobre El Ancla ni sobre lo que debes hacer con él. Haz lo que te dicte el corazón, que buena falta te hace usarlo de vez en cuando. Solo te pido una cosa antes de que decidas nada: termina lo que empecé en la cala del Somorro. Llevo dos años tomando muestras del fondo marino con la esperanza de demostrarle al ayuntamiento que esas aguas merecen protección antes de que las urbanizadoras se las coman enteras. Los cuadernos están en el cajón de abajo del escritorio. Necesitarás un barco, y solo hay un hombre en este pueblo que tiene uno decente y que además me debe un favor tan grande como el campanario. Se llama Gustavo Ibarra. Es arisco como una gaviota hambrienta, pero es de fiar. Dile que vas de mi parte y que le devuelvo el préstamo cobrándomelo en trabajo. No sé qué encontrarás en ese pueblo cuando vuelvas, Rosa, pero sospecho que será algo más grande de lo que imaginas. Te quiere, siempre, tu abuela.»

Rosa leyó la carta tres veces, sentada en aquel peldaño de piedra, con las gaviotas chillando sobre su cabeza como si se

burlaran de ella. Tenía trabajo en Lisboa esperándola, un contrato de seis meses que renovar y una vida entera construida lejos de aquel pueblo diminuto. Pero también tenía una promesa flotando en el aire, escrita por una mujer que ya no podría reclamársela si la incumplía, lo cual, de algún modo retorcido, hacía que incumplirla fuera aún más imposible.

Esa noche, Nala volvió como había prometido, con una cazuela de fabada todavía humeante y una botella de sidra que abrió con la destreza de años de práctica, escanciándola con el brazo en alto como le habían enseñado sus tíos asturianos. Cenaron en la cocina de El Ancla, entre cajas a medio abrir y el runrún constante de la nevera vieja que Amparo nunca había querido cambiar.

—Cuéntame de él —pidió Rosa, aunque se dijo a sí misma que la pregunta nacía de la simple curiosidad de quien vuelve a un pueblo y necesita ponerse al día, no de nada más profundo.

—¿De Gustavo? —Nala sonrió con esa expresión de quien sabe más de lo que va a contar de golpe—. Llegó de fuera, hará unos diez años, con su padre, Nicanor. El viejo bebía como si el mar le debiera algo, y Gustavo se pasó la adolescencia entera sacándolo de las tabernas antes de que se cayera al agua. Cuando Nicanor murió, hace cinco años, Gustavo se quedó con la barca, las deudas y una fama de arisco que se ha ganado a pulso, aunque en el fondo es de los que se quitaría la chaqueta para dártela sin que se lo pidas.

—No parece el tipo de hombre con el que vaya a ser fácil trabajar.

—Dale tiempo. —Nala le sirvió otro vaso de sidra—. Tu abuela lo adoraba, ¿sabes? Decía que era como esas rocas del acantilado que parecen inhóspitas hasta que aprendes dónde crecen los líquenes más bonitos.

—Mi abuela y sus metáforas.

—Tu abuela y su ojo clínico para la gente, más bien. Nunca se equivocaba. Ni siquiera conmigo. —Nala se quedó un momento en silencio, jugueteando con el vaso—. ¿Sabes que fue ella quien me

convenció de quedarme en el pueblo cuando estuve a punto de irme a Bilbao detrás de un chico que ni siquiera valía la pena?

—No lo sabía.

—Pues sí. Me dijo, palabras textuales: «Nala, hija, no persigas a los hombres que no saben quedarse quietos. Persigue tu propia vida, y que sean ellos los que corran detrás de ti si de verdad valen algo.» Y aquí sigo, con mi panadería, mi pueblo y, para tu información, un novio como Dios manda que sí sabe quedarse quieto.

—¿Un novio? ¡Nala! ¿Y me entero ahora?

—Se llama Bruno. Trabaja en la lonja de Santander entre semana y viene los fines de semana. Llevamos casi dos años, y todavía no sé si va a atreverse a pedirme matrimonio antes de que yo pierda la paciencia y se lo pida yo a él.

Rosa se rió de buena gana, agradecida por aquella distracción ligera después de un día tan cargado de emociones, y las dos amigas siguieron hablando hasta pasada la medianoche, de Bruno, de la panadería, de los seis años de ausencia que de pronto le pesaban a Rosa como una losa sobre el pecho.

Se despidieron por fin, y Rosa subió al piso de arriba, a la habitación que había sido de su abuela, con las paredes cubiertas de fotografías descoloridas: Amparo de joven en la lonja, Amparo con un vestido de flores en alguna romería, Amparo ya mayor, sonriendo junto a una Rosa adolescente que apenas se reconocía en la fotografía.

Antes de acostarse, se sentó frente al viejo escritorio de su abuela, un mueble macizo de madera oscura que llevaba décadas ocupando el mismo rincón de la habitación, y abrió el cajón de abajo, tal como indicaba la carta. Dentro encontró, además del cuaderno forrado de hule, una caja de latón repleta de fotografías antiguas, recortes de periódico amarillentos sobre mareas y temporales, y un pequeño frasco de cristal con una anémona disecada que Amparo debía de haber conservado durante años como recuerdo de alguna inmersión temprana.

Entre los papeles, Rosa encontró también una fotografía en blanco y negro de su abuela, joven, sonriente, junto a un hombre alto de mirada seria al que no reconoció, y detrás, escrito con la misma letra inclinada de siempre: «Yo con Emilio, verano del 68, antes de que el mar decidiera llevárselo.» Rosa se quedó un buen rato mirando aquella fotografía, preguntándose cuántas historias más habría guardado su abuela sin llegar a contárselas nunca, cuántos amores y pérdidas habían quedado sepultados bajo la fachada práctica y risueña con la que Amparo había afrontado siempre la vida.

Guardó la fotografía junto a la carta, se prometió investigar aquella historia en cuanto tuviera ocasión, y se durmió con la carta de su abuela sobre la mesilla y el sonido del mar colándose por la ventana entreabierta, preguntándose, entre el sueño y la vigilia, qué aspecto tendrían los ojos de aquel pescador arisco del que todo el pueblo parecía tener algo que contar.

A la mañana siguiente, mucho antes de que sonara el despertador, Rosa ya estaba en pie, revisando el material de muestreo que había traído de Lisboa: frascos estériles, un refractómetro portátil, el termómetro digital que la doctora Ferraz le había prestado sin demasiadas ganas. Bajó a la cocina de El Ancla y descubrió, no sin sorpresa, que sus manos temblaban un poco mientras preparaba un termo de manzanilla, y se dijo que era por los nervios del primer día de trabajo de campo, aunque en el fondo sabía que aquel temblor tenía menos que ver con las anémonas y más con la certeza incómoda de conocer, en apenas unas horas, a un hombre del que ya llevaba dos días escuchando historias.

Salió de casa cuando todavía era noche cerrada, con las estrellas todavía visibles sobre los tejados y el pueblo entero sumido en ese silencio particular de los lugares que viven al ritmo de la marea. Caminó hacia el muelle con el corazón latiéndole más deprisa de lo que el simple frío de la madrugada podía justificar, con el cuaderno forrado de hule de su abuela apretado contra el pecho como un talismán, y con la certeza, todavía difusa pero ya innegable, de que

aquel primer encuentro con Gustavo Ibarra iba a cambiar algo en ella que llevaba años sin cambiar.

Capítulo 2 — Gustavo

Gustavo Ibarra llevaba despierto desde las cuatro y cuarto, como cada mañana desde hacía quince años, con esa disciplina que el mar exige a quienes deciden vivir de él. Se levantó sin necesidad de despertador, se vistió a oscuras para no molestar a nadie, aunque en aquella casa junto al faro no había nadie a quien molestar desde hacía ya demasiado tiempo, y bajó hacia el muelle con el termo de café cargado y la mente ocupada en el motor de La Golondrina, que llevaba dando problemas desde la última tormenta.

El pueblo, a esas horas, pertenecía solo a los suyos: los pescadores madrugadores, algún gato callejero rebuscando entre la basura de la noche anterior, y el propio mar, que a esa hora todavía conservaba el color negro de la noche antes de que el sol se dignara a teñirlo de otros tonos. Gustavo conocía cada piedra de aquel muelle, cada grieta del pantalán, cada nudo de las amarras que él mismo había reforzado con sus manos a lo largo de los años.

Tomás lo esperaba ya en el barco, con dos bocadillos de chorizo envueltos en papel de aluminio y una energía excesiva para la hora que era.

—Buenos días, capitán. Hoy toca faena larga, ¿no? El pronóstico dice que el tiempo aguanta hasta la tarde.

—Aguantará lo que le dé la gana, que el pronóstico lleva fallando toda la semana. —Gustavo se metió bajo la cubierta a revisar el motor, con la linterna sujeta entre los dientes—. Ayúdame con esto antes de que zarpemos, que anoche no conseguí arreglarlo del todo.

Trabajaron codo con codo durante media hora, entre gruñidos de esfuerzo y algún que otro comentario sobre el precio del gasóleo, hasta que el motor por fin arrancó con un rugido satisfactorio que hizo sonreír a ambos como si hubieran ganado una batalla pequeña pero importante.

—Así me gusta. —Tomás se limpió las manos manchadas de grasa en un trapo—. Oye, ¿te has enterado de que la nieta de Amparo ha vuelto al pueblo?

—Algo he oído.

—Dicen que es bióloga. De esas que estudian el fondo del mar y todo eso. —Tomás le dio un mordisco a su bocadillo, hablando con la boca llena—. Deolinda dice que la vio ayer paseando por el acantilado con cara de estar reconciliándose con algún fantasma.

—Deolinda dice muchas cosas. La mitad no son ciertas y la otra mitad son exageraciones.

—Puede ser. Pero esta vez creo que tiene razón. —Tomás sonrió con esa expresión traviesa que Gustavo conocía bien y que rara vez presagiaba nada bueno—. ¿Sabes? Amparo siempre decía que su nieta era la mujer más terca que había parido esta familia entera. Y viniendo de Amparo, que era terca como una mula vieja, eso ya es decir bastante.

Gustavo no respondió, concentrado en enrollar un cabo con más atención de la que el gesto realmente requería, aunque en el fondo sentía cierta curiosidad que prefería no alimentar en voz alta. Había conocido a Amparo Vives casi tan bien como se conoce a una madre, o al menos así se lo había parecido durante los años en que ella lo había ayudado a mantener a flote lo poco que le quedaba tras la muerte de su padre: un préstamo silencioso cuando el banco amenazaba con embargarle La Golondrina, un plato de comida caliente en las noches en que ni siquiera tenía ganas de cocinar para sí mismo, palabras de ánimo que Gustavo nunca supo devolver de la manera adecuada.

Su padre, Nicanor Ibarra, había sido un buen pescador y un padre mediocre, atrapado entre el amor genuino que sentía por su hijo y la incapacidad crónica de mantenerse sobrio el tiempo suficiente para demostrarlo. Gustavo tenía apenas doce años cuando empezó a acompañarlo a las tabernas del puerto para asegurarse de que volviera a casa por su propio pie, y dieciséis cuando comprendió que aquella tarea nunca terminaría del todo, que su infancia había

quedado sepultada bajo la responsabilidad de cuidar a quien debería haberlo cuidado a él.

Recordaba con especial claridad una noche de invierno, cuando tenía catorce años, en que había encontrado a su padre sentado en el mismo pantalán donde ahora amarraba La Golondrina, con los pies colgando sobre el agua negra y una botella medio vacía entre las manos.

—Ven aquí, hijo —le había dicho Nicanor esa noche, con la voz pastosa pero extrañamente lúcida—. Siéntate conmigo un rato.

Gustavo se había sentado a su lado, tiritando de frío, sin atreverse a decirle que hacía demasiado viento para estar allí fuera, sin atreverse a pedirle que volvieran a casa.

—¿Sabes por qué bebo, Gustavo? —había preguntado su padre, mirando al mar con una expresión que el niño no supo interpretar entonces, aunque años después reconocería como una tristeza sin fondo—. Porque el mar te da de comer, pero también te quita todo lo que amas, poco a poco, sin que te des ni cuenta. Se llevó a tu madre cuando naciste tú, se llevó a mi propio padre cuando yo tenía tu edad, y algún día se me llevará a mí también. Y entre medias, no sé hacer otra cosa que intentar no sentirlo tanto.

—No tienes que beber para eso, padre. Me tienes a mí.

Nicanor lo había mirado entonces con unos ojos vidriosos que, por un instante, se habían llenado de una claridad devastadora.

—Lo sé, hijo. Y es la única cosa de la que me arrepiento de verdad: no haber sido lo bastante fuerte para merecer que me tuvieras.

Aquella conversación se le había quedado grabada a Gustavo con una nitidez que ni los años ni el vino conseguían desdibujar del todo, y todavía hoy, dieciocho años después, se preguntaba si había heredado de Nicanor algo más que los ojos oscuros y el amor por el mar: quizás también esa misma incapacidad de sostener las cosas buenas el tiempo suficiente para que no se le escaparan de las manos.

Nicanor murió una noche de invierno, cinco años atrás, mientras dormía en el sofá con una botella vacía en el suelo y el corazón ya cansado de aguantar tanto castigo. Gustavo lo encontró al día siguiente, y durante meses se preguntó si podría haber hecho algo distinto, si alguna palabra suya, alguna intervención más contundente, habría cambiado el desenlace. Amparo fue la única persona del pueblo que no le ofreció condolencias vacías ni juicios disfrazados de compasión: se limitó a aparecer con una cazuela de fabada y a sentarse con él en silencio durante horas, dejándole llorar sin necesidad de explicaciones.

—Le debo mucho a esa mujer —murmuró Gustavo, casi sin darse cuenta de que hablaba en voz alta.

—¿A quién? —preguntó Tomás.

—A Amparo. —Gustavo suspiró, guardando el trapo grasiento en su sitio—. Cuando su nieta venga a buscarme, más vale que le trate bien, porque el favor que le debo a su abuela no admite discusión.

—¿Cómo sabes que va a venir a buscarte?

—Porque conocía a Amparo. Y sé exactamente el tipo de recado que dejaría escrito antes de morirse.

No se equivocaba. Apenas una hora después, mientras Gustavo terminaba de desmontar una pieza defectuosa del motor sobre un trapo extendido en cubierta, una sombra se proyectó sobre el pantalán, y al levantar la vista se encontró con una mujer de pelo castaño recogido en una coleta apresurada, botas de montaña gastadas y una expresión decidida que contrastaba con el nerviosismo evidente de sus manos.

—Busco a Gustavo Ibarra.

—Pues ya lo has encontrado. —Su voz sonó a lija, sin ninguna intención de resultar simpático—. Si vienes a pedir una excursión turística, no hago. Si vienes a vender algo, tampoco me interesa.

—Vengo de parte de Amparo Vives.

Aquello sí le hizo alzar la cabeza del todo. Tenía los ojos de un verde intenso, casi luminoso bajo la luz gris del amanecer, y por un

segundo, algo parecido a la sorpresa le cruzó la cara antes de que volviera a cerrarse como una persiana.

—Amparo murió.

—Lo sé. Soy su nieta.

Gustavo se limpió las manos en un trapo con una lentitud que Rosa pareció interpretar como deliberadamente insultante, aunque en realidad no era más que la costumbre de un hombre que necesitaba unos segundos extra para recomponer sus defensas antes de tratar con cualquier desconocido, y mucho más con una desconocida que llegaba precedida de tantas historias.

—Rosa. —Lo dijo como si estuviera comprobando el nombre contra algún archivo mental—. La bióloga. Amparo hablaba de ti todo el rato, aunque nunca dijo que fueras tan mandona.

—No he dicho ni una palabra todavía.

—No hace falta. Se te nota en la cara.

Rosa apretó los labios, decidida a no darle el gusto de una respuesta a la altura de su grosería, y le tendió la carta doblada. Gustavo la leyó despacio, y algo en su expresión se suavizó de un modo casi imperceptible al llegar a cierta línea que Rosa no pudo ver desde donde estaba. Dobló el papel de nuevo con un cuidado que contrastaba con la brusquedad de sus modales.

—Amparo me prestó el dinero para arreglar el motor cuando nadie más en este pueblo me habría fiado ni un café. —Se lo dijo a la carta más que a Rosa—. Así que sí, le debo el favor. Pero no soy taxista de laboratorio, y menos de una que se presenta con tacones en un muelle mojado.

Rosa bajó la vista a sus propias botas de montaña, prácticas y con las suelas gastadas de tres años de trabajo de campo, y sintió que la irritación le subía por la garganta como marea alta.

—Estas no son tacones.

—Era una forma de hablar.

—Pues elige mejor tus formas de hablar. —Rosa se cruzó de brazos—. Puedo pagarte, si el favor a mi abuela no te parece

suficiente.

—No quiero tu dinero. —Gustavo volvió a inclinarse sobre el motor, dándole la espalda con una tranquilidad que a ella le pareció descarada—. Salgo a faenar a las cinco de la mañana. Si quieres tus muestras, estate aquí a las cinco menos cuarto, con ropa de verdad y sin esperar que te trate como a una señorita de ciudad. El mar no hace ese tipo de distinciones y yo tampoco.

—A las cinco menos cuarto —repitió Rosa, aguantando las ganas de empujarlo al agua junto con su motor desmontado—. Ahí estaré.

—Ya veremos.

Rosa se dio media vuelta y caminó por el pantalán con la espalda tan recta como pudo, y Gustavo la observó alejarse con una mezcla de irritación y curiosidad que se esforzó por ignorar, concentrándose de nuevo en el motor mientras Tomás, a su lado, no se molestaba en disimular una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué? —preguntó Gustavo, sin levantar la vista.

—Nada, capitán. Nada de nada.

—Pues entonces deja de sonreír así, que me pones nervioso.

—Tú sí que estás nervioso. Llevas cinco minutos apretando el mismo tornillo.

Gustavo bajó la vista al tornillo en cuestión, comprobando con fastidio que Tomás tenía razón, y se obligó a concentrarse en el resto de la jornada, aunque el resto de la mañana transcurrió con una lentitud extraña, como si el tiempo se hubiera empeñado en recordarle, cada pocos minutos, la conversación breve y tensa que acababa de mantener con aquella mujer de ojos verdes y actitud imposible.

Esa noche, ya en casa, mientras limpiaba las redes junto al faro con la única compañía de las estrellas y el rumor constante del mar, Gustavo se sorprendió pensando en el modo exacto en que Rosa había fruncido el ceño al escuchar su tono brusco, y en si volvería a las cinco menos cuarto del día siguiente sin que él tuviera que pedírselo. Se sirvió un vaso de vino tinto, se sentó en el pequeño

porche que él mismo había construido dos veranos atrás, y dejó que el faro girara sobre su cabeza, indiferente como siempre a los pensamientos de los hombres que vivían bajo su luz.

Capítulo 3 — Rosa

A las cinco menos cuarto de la mañana siguiente, Rosa ya estaba en el muelle, con un chubasquero amarillo demasiado nuevo y una bolsa de material que parecía pesar más que ella misma. El pueblo entero dormía todavía, sumido en ese silencio profundo que solo rompían el chapoteo del agua contra los cascos de los barcos y el graznido ocasional de alguna gaviota madrugadora.

—Llegas pronto —dijo Gustavo, sin poder disimular cierta sorpresa cuando la vio aparecer por el pantalán.

—Dijiste a las cinco menos cuarto.

—La gente de ciudad suele llegar tarde a todo, salvo a los aviones.

—Pues yo no soy la gente de ciudad. —Rosa dejó la bolsa en cubierta con un golpe seco—. Soy de aquí, aunque te sorprenda.

—Eras de aquí. Ahora hablas como si esto fuera un decorado.

Ella lo miró con esos ojos verdes que Gustavo ya había memorizado sin proponérselo, y por un instante creyó que iba a soltarle alguna réplica afilada. En cambio, algo se apagó en su expresión, un cansancio antiguo que a él le resultó extrañamente familiar.

—Llevaba seis años sin volver —dijo ella, en voz baja—. No sabía que mi abuela se estaba muriendo hasta que ya era tarde.

Gustavo no supo qué responder a eso, y fue Tomás, apareciendo en ese momento con dos termos humeantes de manzanilla, quien rompió el silencio incómodo.

—¡Buenos días, doctora! Aquí tiene, para entrar en calor. El capitán se pone muy serio antes de las siete de la mañana, no le haga mucho caso.

—Gracias, Tomás, ¿verdad? —Rosa aceptó el termo con una sonrisa agradecida—. Encantada.

—El placer es mío. Cualquier cosa que necesite, aquí me tiene. Este barco es más mío que de él, aunque él se empeñe en decir lo contrario.

—Tomás, sube las cajas de una vez y deja de acaparar a la científica —gruñó Gustavo, soltando amarras con más energía de la necesaria.

Zarparon con las primeras luces del amanecer pintando el cielo de rosa pálido, y Rosa se sentó en la popa observando cómo Puerto Aliso se iba encogiendo tras ellos hasta convertirse en un puñado de luces diminutas contra el acantilado. Gustavo, al timón, la observaba de reojo cada pocos minutos, sin decir gran cosa, aunque cuando ella se giró de improviso y lo sorprendió mirándola, él no apartó la vista con la brusquedad que ella habría esperado, sino que sostuvo el contacto un segundo más de lo estrictamente necesario antes de volver a concentrarse en el rumbo.

—¿Falta mucho? —preguntó ella, más por romper el silencio que por verdadera impaciencia.

—Diez minutos. Aunque a este paso, con la marea que llevamos, puede que se te haga eterno.

—¿Es una manera elegante de decir que no te caigo bien?

—Es una manera de decir que hablas demasiado para ser tan temprano. —Pero lo dijo sin el filo cortante del día anterior, casi con un asomo de humor que a Rosa no le pasó desapercibido.

Llegaron a la cala cuando el sol ya despuntaba del todo sobre el horizonte, tiñendo el agua de un dorado que Rosa no recordaba de sus años de infancia en el pueblo, quizás porque entonces era demasiado joven para fijarse en esas cosas, o quizás porque el asombro requiere cierta distancia que solo da el tiempo fuera de casa. Se puso el neopreno con la ayuda algo torpe de Tomás, que insistió en sujetarle la cremallera de la espalda mientras Gustavo fingía estar ocupado con el ancla, y se sumergió por primera vez en las aguas de la cala del Somorro desde que era adolescente.

El fondo marino la recibió con una claridad casi irreal: praderas de posidonia meciéndose despacio, peces diminutos refugiándose

entre las rocas, y allí, en las grietas más profundas, la colonia de anémonas de las que hablaba el cuaderno de su abuela, de un color violeta intenso que Rosa no había visto documentado en ninguna otra cala de la región. Subió a la superficie con una sonrisa que no pudo disimular ni quiso hacerlo.

—Son preciosas —le dijo a Gustavo, quitándose las gafas de buceo—. Mi abuela tenía razón. Esto merece protegerse cueste lo que cueste.

—¿Y todo esto para qué sirve exactamente? —preguntó Gustavo, genuinamente curioso, mientras la observaba etiquetar un frasco con letra diminuta.

—Para demostrar que esta cala tiene una biodiversidad que merece protegerse. Hay una colonia de anémonas ahí abajo que llevan siglos sin que nadie las moleste. Si el ayuntamiento aprueba la construcción de algún hotel en el acantilado, todo esto desaparece en menos de lo que se tarda en firmar el contrato.

—¿Y por qué te importa tanto? —insistió él—. Podrías estar estudiando arrecifes de coral en algún sitio con playas de postal, y en cambio te empeñas en unas anémonas de un pueblo perdido de Cantabria.

—Porque nadie más se va a molestar en hacerlo. —Rosa se recostó contra la borda, dejando que el sol de mediodía le calentara la cara—. Los arrecifes grandes tienen ONGs enteras peleando por ellos, documentales, financiación internacional. Esta cala solo tiene a una bióloga tozuda y el cuaderno de una mujer que ya no puede defenderla ella misma. Si no lo hago yo, nadie lo va a hacer.

—Suena a algo que diría Amparo.

—Puede que se me haya pegado más de lo que creía.

Entonces vamos a asegurarnos de que así sea —dijo Gustavo, sin pensarlo demasiado.

Fue la primera vez que pronunció esas palabras en plural, y Rosa, flotando en el agua fría con el corazón acelerado por razones que ya no tenían nada que ver con la temperatura del mar, decidió

no señalarlo en voz alta, aunque lo guardó, como quien guarda una perla diminuta, en algún rincón de la memoria al que sabía que volvería una y otra vez en los días siguientes.

Trabajaron toda la mañana entre inmersiones y anotaciones, con Tomás relevando ocasionalmente a Gustavo en el timón para que este pudiera acercarse a ayudar con las muestras, y cuando por fin volvieron al puerto, ya pasado el mediodía, un grupo de vecinas que volvían del mercado se detuvo a saludar, examinando a Rosa con la curiosidad discreta pero implacable propia de los pueblos pequeños.

—Así que esta es la nieta de Amparo, trabajando con el Ibarra —comentó una de ellas, una mujer mayor de rebeca azul que Rosa reconoció vagamente de su infancia—. Ya decía yo que ese barco llevaba unos días saliendo más temprano de lo habitual.

—Deolinda, no empieces —protestó Gustavo, cargando una caja con más fuerza de la necesaria para disimular el rubor que le subía por el cuello.

—Yo no digo nada, hijo. Solo observo. —Deolinda le guiñó un ojo a Rosa antes de seguir su camino con las demás, entre risas cómplices que se oyeron calle arriba durante un buen rato.

—Este pueblo no tiene secretos —murmuró Gustavo, avergonzado, cuando por fin se alejaron.

—Ya lo veo. Menos mal que no tenemos nada que ocultar.

—Menos mal —repitió él, aunque el modo en que evitó mirarla a los ojos mientras lo decía sugería que quizás no estaba tan seguro de ello como pretendía aparentar.

Esa tarde, cuando Rosa volvió a El Ancla oliendo a salitre y con la piel tostada por el sol, encontró a Nala esperándola con una bandeja de pastas recién horneadas y una curiosidad que no se molestó en disimular.

—Cuéntame qué tal con el capitán gruñón.

—Trabajamos juntos, Nala. Eso es todo.

—Ya, claro, y yo horneo pan solo por el placer de madrugar. —Nala se sentó sobre el mostrador con la familiaridad de quien lleva

toda la vida entrando y saliendo de aquella librería—. Mira, Rosa, te conozco desde que teníamos seis años y nos escapábamos juntas a robar higos del huerto de doña Presentación. Sé cuándo te gusta alguien, aunque tú todavía no te hayas dado cuenta.

—No me gusta Gustavo.

—Claro que no. Por eso llevas todo el día sonriendo mientras hablas de anémonas, un tema que hace un mes te habría aburrido hasta las lágrimas.

Rosa no encontró una réplica convincente, y esa misma noche, antes de dormir, se sorprendió llamando a la doctora Ferraz para pedirle, con una excusa a medio inventar sobre la necesidad de cubrir el ciclo completo de mareas, unos días más de los que originalmente había planeado quedarse en Puerto Aliso.

—¿Unos días más? —La voz de Ferraz sonó cauta al otro lado de la línea—. Rosa, llevas apenas cuarenta y ocho horas allí.

—Lo sé. Pero el proyecto de mi abuela merece hacerse bien, y hacerlo bien lleva su tiempo.

—Está bien. Una semana más. Pero no me hagas tener que ir a buscarte yo misma a ese pueblo, que bastante tengo con mis propias muestras de sedimento.

Rosa colgó el teléfono con una sonrisa que no se molestó en analizar demasiado, y se durmió esa noche pensando en anémonas violeta, en cuadernos forrados de hule, y en un pescador arisco que, contra todo pronóstico, empezaba a resultarle mucho más interesante de lo que cualquier prudencia recomendaría.

Al colgar, sin embargo, no pudo evitar quedarse pensando en las palabras de Ferraz durante un buen rato más de lo que le habría gustado. La doctora llevaba razón, al menos en parte: aquello ya no tenía que ver únicamente con el trabajo, y Rosa sabía que, tarde o temprano, tendría que enfrentarse a la pregunta que llevaba días evitando formularse a sí misma con claridad: qué estaba dispuesta a sacrificar, y qué no, con tal de quedarse en Puerto Aliso el tiempo que aquel proyecto, y aquel hombre, merecieran.

Los días siguientes trajeron una rutina que, sin que Rosa lo planeara, empezó a sentirse menos como trabajo de campo y más como algo parecido a la felicidad. Cada mañana, Tomás la recibía con algún comentario jocoso, cada mañana Gustavo fingía cierta indiferencia que duraba, como mucho, hasta que ella subía a bordo y le dedicaba la primera sonrisa del día, momento en el cual toda su fachada de hombre imperturbable se resquebrajaba durante una fracción de segundo antes de que él lograra recomponerla.

—Hoy toca la zona norte de la cala —anunció Rosa, una mañana especialmente clara, consultando el cuaderno de su abuela—. Amparo anotó aquí unas mediciones de hace tres años que no cuadran con las mías. Necesito comprobar si el fondo ha cambiado.

—¿Y eso es malo?

—Podría serlo. Si la composición del sustrato ha cambiado tan rápido, podría indicar que ya hay algún tipo de erosión provocada por las obras preliminares del hotel.

Gustavo frunció el ceño, y Rosa reconoció en su expresión la misma rabia contenida que le había visto el día en que por fin le había contado lo de Sarasola.

—Entonces hay que comprobarlo cuanto antes.

Pasaron la mañana entera cartografiando aquella zona concreta, con Rosa sumergiéndose una y otra vez para tomar fotografías del sustrato mientras Gustavo sostenía las cuerdas de referencia y Tomás anotaba las coordenadas exactas de cada punto. Fue un trabajo minucioso, silencioso, de esos que exigen una concentración compartida que termina por crear, sin que nadie lo busque, una complicidad difícil de deshacer después.

—Toma. —Gustavo le tendió una mano para ayudarla a subir a bordo tras la última inmersión, y Rosa la aceptó sin pensarlo, notando la rugosidad de su palma contra la suya—. ¿Qué tal las fotos?

—Preocupantes. Hay sedimento removido que no debería estar ahí si nadie ha tocado el fondo marino. —Rosa se quitó las gafas de

buceo, con expresión sombría—. Alguien ha estado haciendo catas preliminares sin permiso.

—Sarasola.

—Probablemente. —Rosa suspiró, sentándose sobre la cubierta caliente por el sol—. Esto va a complicar mucho las cosas.

—Entonces lo documentamos todo, y cuando llegue el momento de presentar el informe, que se atenga a las consecuencias.

Rosa levantó la vista hacia él, sorprendida por la determinación con la que hablaba, y sintió que algo en su pecho se aflojaba un poco más, esa desconfianza inicial que la había hecho mantener las distancias durante los primeros días, cediendo terreno frente a la evidencia cada vez más innegable de que aquel hombre, por muy arisco que pareciera a primera vista, era de los que se plantaban firmes cuando algo de verdad les importaba.

Capítulo 4 — Gustavo

La casa del faro había pertenecido a los guardeses durante generaciones, hasta que la autoridad portuaria automatizó la luz y dejó el edificio anexo en manos de quien quisiera cuidarlo. Nicanor lo había alquilado por cuatro perras cuando Gustavo era apenas un crío, y con los años, entre redes remendadas y botellas vacías, padre e hijo habían ido convirtiendo aquellas paredes desnudas en un hogar a su manera, tosco pero firme, como todo lo que Gustavo construía.

En las paredes de la sala todavía colgaban fotografías amarillentas de Nicanor joven, sonriente, con un Gustavo niño subido a hombros frente a una Golondrina recién pintada. Gustavo evitaba mirarlas casi siempre, pero esa noche, al volver de una jornada de faena más larga de lo habitual, se detuvo frente a la más antigua, la de su padre sin una sola cana todavía, con los ojos claros de quien aún no sabe todo lo que la vida le va a quitar.

—Menudo lío me has dejado, viejo —murmuró al retrato, como hacía de vez en cuando cuando el silencio de la casa se le hacía demasiado grande—. Una bióloga terca con la mirada de tu Amparo. No sé si reírme o salir corriendo.

La fotografía, por supuesto, no respondió, pero Gustavo se quedó un rato más frente a ella, dejando que la memoria retrocediera, contra su voluntad, hasta los últimos años de vida de su padre.

Recordó las noches en que, siendo apenas un adolescente, recorría las tres tabernas del puerto una por una, buscando la silueta encorvada de Nicanor apoyado en alguna barra, prometiéndose a sí mismo cada vez que aquella sería la última vez que tendría que hacerlo, y descubriendo, cada vez, que no lo era. Recordó la vez en que su padre, borracho hasta perder el equilibrio, había estado a punto de caer al agua desde el mismo pantalán donde ahora Gustavo amarraba La Golondrina, y cómo él, con apenas quince años, había tenido que sujetarlo con todas sus fuerzas mientras

Nicanor se reía como si aquello fuera motivo de diversión y no de terror. Recordó, sobre todo, la sensación de haberse convertido en el adulto de la casa mucho antes de tener edad para serlo, una responsabilidad que había moldeado cada aspecto de su carácter: la desconfianza instintiva hacia cualquier promesa de estabilidad, la necesidad compulsiva de controlarlo todo, el miedo profundo a depender de nadie que pudiera, en cualquier momento, dejar de sostener su parte del peso.

Nicanor había muerto una noche de invierno, cinco años atrás, mientras dormía en el sofá de aquella misma casa, con una botella vacía en el suelo y el corazón ya cansado de aguantar tanto castigo. Gustavo lo encontró al día siguiente, frío ya, con una expresión tan tranquila que durante un instante había pensado que simplemente dormía. El funeral fue pequeño, discreto, con la mitad del pueblo asistiendo más por compasión hacia el hijo que por verdadero duelo por el padre, y Amparo Vives había sido la única, aparte de Tomás, que se había quedado a su lado durante los meses siguientes, cuando la culpa y el alivio se mezclaban de un modo que a Gustavo todavía le costaba nombrar sin sentirse un monstruo por ello.

—Le debí más de lo que nunca pude devolverle —murmuró de nuevo, esta vez sin dirigirse a nadie en particular, y se sirvió un vaso de vino tinto antes de sentarse en el porche, dejando que el faro girara sobre su cabeza con esa fidelidad indiferente que llevaba toda la vida acompañándolo.

Fue Tomás quien, dos días después, le trajo noticias de un asunto muy distinto, mientras descargaban la pesca del día en el muelle.

—Capitán, tenemos visita. Y no me gusta nada su pinta.

Gustavo levantó la vista y vio a un hombre trajeado, con una carpeta bajo el brazo y una sonrisa demasiado blanca para pertenecer a alguien honesto, acercándose por el pantalán con la seguridad de quien está acostumbrado a que las puertas se abran solas ante él.

—Íñigo Sarasola, de Costa Cantábrica Desarrollos. —Le tendió una tarjeta que Gustavo no se molestó en coger—. Estamos evaluando la cala del Somorro para un proyecto hotelero de primer nivel. Su familia tiene derechos de amarre históricos en la zona, según los registros del puerto. Nos gustaría llegar a un acuerdo amistoso antes de que esto se complique.

—No hay nada que acordar. Esa cala no está en venta, y no es mía para vender aunque lo estuviera.

—Todo tiene un precio, señor Ibarra. —Sarasola sonrió de nuevo, esa sonrisa de catálogo que no llegaba a los ojos—. Piénselo. Volveré a pasarme por aquí.

Gustavo lo vio alejarse por el muelle con la carpeta bajo el brazo y sintió que la rabia que llevaba meses tragándose por fin encontraba un nombre y una cara.

—¿Un hotel en la cala del Somorro? —preguntó Tomás, incrédulo—. Ahí es donde tu padre te enseñó a pescar.

—Lo sé, Tomás. Créeme que lo sé.

Esa misma tarde, movido por una inquietud que no lograba calmar, Gustavo se acercó al ayuntamiento para preguntar directamente por el estado del proyecto. Encontró a Casilda, la secretaria municipal, ordenando expedientes con gesto cansado.

—Gustavo, qué sorpresa. No sueles aparecer por aquí si no es para pagar alguna tasa del puerto.

—Necesito saber qué hay de cierto en lo del hotel de la cala del Somorro.

Casilda bajó la voz, mirando de reojo hacia el despacho del alcalde, cuya puerta permanecía cerrada.

—Hay una solicitud de estudio de impacto presentada la semana pasada. Costa Cantábrica Desarrollos, de nombre. El alcalde todavía no se ha pronunciado, pero ya sabes cómo las gasta ese hombre cuando huele dinero fresco.

—¿Y qué se puede hacer para pararlo?

—Un informe técnico contundente que demuestre daño ecológico irreversible obligaría al ayuntamiento a rechazar la solicitud, o al menos a paralizarla durante años mientras se estudia el recurso. Pero necesitaríais algo muy sólido, Gustavo. Sarasola tiene abogados carísimos esperando cualquier resquicio.

—¿Y el alcalde? ¿De qué lado va a caer?

—Del lado de quien más le convenga, como siempre. —Casilda bajó todavía más la voz—. Aunque entre nosotros, te diré que su mujer es sobrina de Ubaldo, y Ubaldo lleva toda la semana dándole la vara con lo de la cala. Puede que eso ayude más de lo que un informe técnico consiga por sí solo.

—En este pueblo todo se acaba resolviendo por parentescos, ¿verdad?

—Bienvenido a Puerto Aliso, Gustavo. Llevas aquí diez años y todavía te sorprende.

Gustavo salió del ayuntamiento con una determinación nueva instalada en el pecho, comprendiendo que el informe de Rosa, aquel que él todavía consideraba en parte un simple favor a la memoria de Amparo, podría convertirse en la única barrera real entre la cala de su infancia y las excavadoras de un promotor sin escrúpulos.

Esa noche, mientras cenaba solo en la casa del faro un plato de rabas que había frito él mismo, Gustavo pensó en llamar a Rosa para contarle lo del promotor, y se sorprendió de las ganas que tenía de oír su voz, aunque solo llevaran dos días escasos de conocerse. Se resistió al impulso, se dijo que no era asunto de una desconocida recién llegada, y sin embargo, cuando por fin se durmió, fue con el cuaderno forrado de hule de Amparo Vives todavía presente en su cabeza, como una promesa que de algún modo ya sentía también suya.

Al día siguiente, mientras zarpaban hacia la cala con Rosa ya instalada en su rutina de las cinco menos cuarto, Tomás no pudo resistirse a sacar el tema que llevaba días rondándole.

—Oye, capitán. ¿Le vas a contar a la bióloga lo del hotel?

—Todavía no. No quiero que piense que la ayudo por eso.

—¿Y por qué la ayudas, entonces?

Gustavo no respondió enseguida, con la mirada fija en el horizonte donde el sol empezaba a asomar sobre el agua.

—Por Amparo —dijo por fin, aunque incluso a él aquella respuesta le sonó incompleta.

—Ya. Por Amparo. —Tomás sonrió con la misma expresión traviesa de siempre—. Capitán, llevo veinte años trabajando contigo y nunca te había visto revisar el mismo nudo tres veces solo porque una mujer estaba mirando.

—Cállate y prepara las cajas, Tomás.

—Ya voy, ya voy. Pero apunta lo que te digo: esto no va a terminar en un simple favor a una muerta, por mucho que la quisieras.

Gustavo no le dio la razón en voz alta, pero tampoco encontró argumentos para llevarle la contraria, y pasó el resto de la travesía en un silencio pensativo que Rosa, sentada en la popa con el cuaderno de su abuela abierto sobre las rodillas, no dejó de notar sin llegar a comprender del todo su causa.

Esa noche, ya en casa, mientras limpiaba las redes junto al faro con la única compañía de las estrellas y el rumor constante del mar, Gustavo se sorprendió pensando en el modo exacto en que Rosa había fruncido el ceño al escuchar su tono brusco durante el primer encuentro, y en si volvería a las cinco menos cuarto del día siguiente sin que él tuviera que pedírselo. Se sirvió un vaso de vino tinto, se sentó en el pequeño porche que él mismo había construido dos veranos atrás, y dejó que el faro girara sobre su cabeza, indiferente como siempre a los pensamientos de los hombres que vivían bajo su luz.

Sacó la guitarra de su padre, que llevaba meses sin tocar, y probó unos acordes torpes que le salieron desafinados al principio, hasta que poco a poco los dedos recordaron por sí solos la melodía que Nicanor solía tararear en las noches en que el mar estaba en

calma y él, por una vez, también lo estaba. Tocó durante casi una hora, sin ninguna prisa por terminar, dejando que la música llenara el silencio de aquella casa que llevaba cinco años sintiéndose demasiado vacía, y cuando por fin se metió en la cama, lo hizo con la sensación extraña de que algo en su rutina inquebrantable estaba empezando, poco a poco, a resquebrajarse de un modo que no sabía todavía si temer o agradecer.

Capítulo 5 — Rosa

Las semanas siguientes cayeron en una rutina que Rosa no había planeado ni deseado, pero que tampoco se sintió con fuerzas de romper. Cada mañana, a las cinco menos cuarto, subía a La Golondrina con su equipo de muestreo, y cada tarde volvía a El Ancla con la piel oliendo a salitre y el cuaderno de su abuela un poco más lleno de datos.

Había pospuesto la llamada de seguimiento a Lisboa dos veces ya. La doctora Ferraz empezaba a impacientarse por teléfono, y Rosa se descubría inventando excusas cada vez más endebles para ganar unos días más en Puerto Aliso.

—Necesito completar el muestreo de otoño —le dijo por teléfono, sentada en el escalón de piedra de la librería, mientras veía a Nala organizar bandejas de bollos en el escaparate de al lado—. Los datos no significan nada si no cubro las cuatro estaciones.

—Rosa, llevas allí casi tres semanas. Tres semanas que no estaban en el proyecto.

—Lo sé. Necesito un poco más de tiempo.

La doctora Ferraz suspiró al otro lado de la línea, un sonido que Rosa conocía bien de tres años trabajando codo con codo con ella.

—¿Esto tiene algo que ver con un hombre?

—Esto tiene que ver con unas anémonas centenarias que van a desaparecer bajo un hotel de cinco estrellas si no presento un informe sólido —respondió Rosa, más cortante de lo que pretendía, porque la pregunta le había tocado un nervio que prefería no examinar demasiado de cerca.

—Rosa, seamos claras. —La voz de Ferraz se suavizó un poco, con esa mezcla de firmeza y afecto que llevaba tres años definiendo su relación de mentora y discípula—. Eres la mejor investigadora de campo que he tenido en una década, y precisamente por eso no quiero que sacrifiques tu carrera por un arranque romántico en un

pueblo pesquero. Vuelve, termina el contrato, y si lo que sea que tienes ahí es de verdad, sobrevivirá a la distancia.

—¿Y si no quiero arriesgarme a comprobarlo?

—Entonces al menos ten la decencia de admitir que esto ya no tiene nada que ver con las anémonas.

Colgó sin darle tiempo a Ferraz a insistir, y se quedó mirando el mar desde el escalón, preguntándose en qué momento exacto había empezado a pensar en Gustavo Ibarra más de lo que cualquier persona sensata pensaría en un hombre que la trataba, la mayor parte del tiempo, como si fuera un estorbo con patas.

Porque lo pensaba. Pensaba en sus manos ásperas manejando el timón con una delicadeza que contradecía toda su brusquedad. Pensaba en la manera en que se le arrugaban los ojos cuando algo le hacía gracia, aunque intentara disimularlo frunciendo el ceño enseguida. Pensaba, sobre todo, en aquella tarde en la cala del Somorro cuando le había hablado de su padre con más honestidad de la que probablemente pretendía, y en cómo aquel breve destello de vulnerabilidad se le había quedado grabado más hondo que cualquier dato de salinidad o temperatura.

—Estás en las nubes —dijo Nala, sentándose a su lado con dos vasos de sidra fría que sacó de la nevera de la panadería sin que nadie se lo pidiera—. Y no me digas que es por las anémonas.

—Es por las anémonas.

—Ya. Claro. —Nala le dio un sorbo a su sidra, mirándola de reojo con esa sonrisa suya que siempre anunciaba problemas—. ¿Y las anémonas tienen los hombros anchos y conducen un pesquero azul?

—Cállate, Nala.

—No he dicho ni una palabra.

Rosa le dio un empujón cariñoso y las dos se rieron, y por un momento, Puerto Aliso volvió a sentirse como el hogar que había sido antes de que ella decidiera que necesitaba huir de él para convertirse en alguien.

—¿Y tú qué tal con Bruno? —preguntó Rosa, cambiando de tema—. ¿Ha dado ya el paso?

—Todavía no. —Nala puso los ojos en blanco—. Le he dado un ultimátum discreto: si para Navidad no me ha propuesto matrimonio, se lo propongo yo, y que luego no se queje de que no fue romántico.

—Eso es tan propio de ti.

—Es que llevo esperando desde los veinte años a que alguien me convenza de que vale la pena quedarme quieta, Rosa. Y cuando encuentras a esa persona, no tiene mucho sentido esperar a que ella se decida sola, ¿no crees?

Aquella frase se le quedó a Rosa rondando por la cabeza el resto de la tarde, mientras organizaba las últimas muestras en la trastienda de El Ancla, preguntándose si acaso ella misma no estaría, sin darse cuenta, esperando a que la vida decidiera algo que ya llevaba semanas insinuándose con toda claridad.

Al día siguiente, mientras trabajaban en la cala, Ubaldo se acercó a ellos en su propia barca destartalada, con más curiosidad que verdadera intención de pescar.

—¿Cómo va la investigación, muchacha? —preguntó el viejo, acercando su embarcación lo suficiente como para que la conversación no requiriera gritos.

—Bien, Ubaldo. Ya casi tengo los datos de otoño completos.

—Me alegra oírlo. Esta cala lleva alimentando a este pueblo desde antes de que naciera mi abuelo, y no pienso quedarme de brazos cruzados viendo cómo unos de fuera la convierten en piscina de lujo para turistas que no distinguen una anémona de una piedra.

—¿Has oído hablar del proyecto del hotel? —preguntó Rosa, sorprendida.

—Todo el mundo ha oído hablar de eso, muchacha. Este pueblo es pequeño, y las malas noticias vuelan más rápido que las gaviotas.

Rosa miró a Gustavo, que fingía estar concentrado en revisar unas boyas, con una expresión que dejaba claro que aquel silencio

no era casual.

—¿Sabías lo del hotel? —le preguntó, en cuanto Ubaldo se alejó lo suficiente.

—Sí.

—¿Y no me lo ibas a contar?

—Te lo estoy contando ahora.

—Gustavo, esto afecta directamente a mi informe. Si hay un promotor presionando para construir aquí, necesito saberlo cuanto antes.

—Lo sé. Iba a decírtelo. —Gustavo dejó las boyas a un lado, con una expresión que por primera vez desde que se conocían parecía genuinamente arrepentida—. Es que no quería que pensaras que te ayudo con esto solo porque me conviene a mí también.

—¿Y por qué me ayudas, entonces?

Gustavo no respondió enseguida, y el silencio que siguió, cargado de una tensión distinta a todas las anteriores, se extendió lo suficiente como para que Rosa sintiera que el corazón le latía más deprisa de lo normal, esperando una respuesta que, de un modo u otro, ya intuía.

—Porque desde que llegaste, este pueblo me parece menos solitario de lo que me había parecido en años —dijo por fin, con una honestidad que le costó visiblemente pronunciar—. Y no sé qué hacer con eso.

Rosa no supo qué responder, y ninguno de los dos volvió a mencionar el tema durante el resto de la jornada, aunque el silencio que compartieron de vuelta al puerto fue distinto al de los primeros días, más denso, tejido de miradas breves que ninguno se atrevió todavía a sostener del todo.

Esa misma tarde, mientras Rosa cruzaba la plaza camino de El Ancla, se topó con Deolinda, que barría la entrada de su casa con una parsimonia que a Rosa le pareció sospechosamente calculada para poder abordarla sin prisa.

—Muchacha, ven un momento. —Deolinda apoyó la escoba contra la fachada—. ¿Es verdad que el Ibarra y tú vais a presentar batalla contra ese hombre del hotel?

—Estamos en ello, sí.

—Menos mal. Ya era hora de que alguien plantara cara. Mi difunto marido pescaba en esa cala desde niño, y no pienso ver cómo la convierten en piscina para forasteros con demasiado dinero y poco respeto. —Deolinda bajó la voz, mirando alrededor con gesto conspirativo—. Y otra cosa, ya que estás aquí: ese Gustavo lleva cinco años sin sonreír como sonríe ahora que tú andas cerca. Cuídalo, si no te importa que te lo diga una vieja entrometida.

—No sé de qué me hablas, Deolinda.

—Claro que lo sabes, hija. Todo el pueblo lo sabe. —La mujer volvió a coger la escoba, con una sonrisa satisfecha—. Anda, ve a tus asuntos, que seguro que él te está esperando en algún sitio.

Rosa siguió su camino con las mejillas encendidas, preguntándose cuántas conversaciones similares estarían teniendo lugar en aquel preciso instante en las distintas cocinas y portales de Puerto Aliso, y decidiendo, no sin cierta resignación divertida, que quizás había cosas de vivir en un pueblo pequeño que echaba de menos más de lo que había estado dispuesta a admitir durante sus años en la ciudad.

Esa noche, incapaz de conciliar el sueño, Rosa se sentó en el alféizar de la ventana de su cuarto, mirando hacia el mar oscuro, y pensó en su madre, Carmen, que llevaba media vida cambiando de ciudad y de proyecto en busca de una felicidad que nunca parecía alcanzar del todo. Rosa había crecido viendo esa inquietud crónica, ese descontento que empujaba a Carmen de un lugar a otro sin nunca echar raíces suficientes, y una parte de ella llevaba años aterrada de haber heredado el mismo defecto: la incapacidad de quedarse quieta el tiempo suficiente para que algo bueno tuviera ocasión de crecer.

Recordó las palabras de Nala esa misma tarde, sobre no esperar a que la vida decidiera las cosas por una misma, y se preguntó, no

por primera vez desde su llegada a Puerto Aliso, si acaso el miedo que sentía cada vez que pensaba en Gustavo no tenía menos que ver con él y mucho más con la sombra larga de su propia madre, siempre huyendo de algo que jamás llegaba a nombrar del todo.

Se prometió a sí misma, esa noche, que fuera cual fuese el rumbo que tomaran las cosas con aquel pescador arisco, intentaría no dejar que el miedo heredado decidiera por ella antes de que la propia vida tuviera ocasión de hacerlo.

Capítulo 6 — Gustavo

Puerto Aliso celebraba cada año, a mediados de julio, la fiesta de la Virgen del Carmen, patrona de los pescadores, con farolillos colgados de fachada a fachada y una orquesta de verbena instalada en la plaza que llevaba tocando pasodobles desde antes de que anocheciera. Era, según decía Ubaldo cada año sin falta, la única noche en que Puerto Aliso entero olvidaba sus rencillas y bailaba junto, sin distinción de edad ni de bando.

Gustavo nunca había sido de fiestas. Desde la muerte de su padre, prefería quedarse en casa, o a lo sumo asomarse un rato a la plaza para saludar a los conocidos antes de retirarse discretamente hacia el faro, huyendo de la mirada compasiva que todavía algunos vecinos le dedicaban, cinco años después, como si esperaran que en cualquier momento fuera a derrumbarse igual que su padre.

Aquel año, sin embargo, se sorprendió a sí mismo planchando una camisa blanca que llevaba meses sin ponerse, mientras Tomás, sentado en el sofá de su casa con una cerveza en la mano, no dejaba de sonreír con ese aire de suficiencia que sacaba de quicio a Gustavo con más facilidad que cualquier otra cosa en el mundo.

—¿Y esa camisa? —preguntó Tomás, aunque la pregunta era puramente retórica.

—Hace calor. Necesito algo fresco.

—Ya, claro. Y yo bebo cerveza solo por la sed. —Tomás le dio un trago a su lata, observándolo con diversión—. ¿Vas a bailar con ella esta noche?

—No sé de qué me hablas.

—Capitán, llevas tres semanas mirando a esa mujer como si fuera el único faro que te queda por descubrir en toda la costa cantábrica. Hasta Deolinda lo comenta en la panadería, y eso que Deolinda apenas sale de su casa.

Gustavo no respondió, concentrado en abrocharse los botones de la camisa con una torpeza que no era propia de él, y Tomás,

satisfecho con haber logrado incomodarlo lo suficiente por una noche, decidió dejar el tema en paz.

Mientras tanto, en El Ancla, Nala llevaba toda la tarde ayudando a Rosa a decidir qué ponerse, con una determinación que rozaba lo militar.

—Este vestido azul. Sin discusión.

—Nala, es tuyo. No puedo ponerme la ropa de otra persona para una fiesta del pueblo.

—Puedes y lo vas a hacer, porque yo ya lo llevé el año pasado y necesito que alguien más le saque partido. —Nala le tendió el vestido con firmeza—. Además, este color te queda de maravilla con esos ojos verdes que tienes, y esta noche necesitas todas las ventajas posibles.

—¿Ventajas para qué?

—Para lo que tú quieras, cielo. Pero no me digas que no has notado cómo te mira ese hombre últimamente.

Rosa se puso el vestido sin más protestas, comprobando en el espejo desportillado del cuarto de su abuela que Nala, como de costumbre, tenía razón: el azul le sentaba de maravilla, y por primera vez en semanas se sintió, además de bióloga tozuda con las manos siempre manchadas de agua salada, una mujer que también tenía derecho a disfrutar de una noche de verbena sin pensar en anémonas ni en informes pendientes.

—Estás preciosa —dijo Nala, con una sonrisa sincera—. Ve a divertirte, y si esta noche pasa algo que no me hayas contado mañana con todo lujo de detalles, te juro que dejo de hacerte croquetas de por vida.

Rosa se rió, le dio un abrazo agradecido, y salió hacia la plaza con el corazón latiéndole más deprisa de lo que cualquier verbena, por animada que fuera, podría justificar por sí sola.

La plaza, cuando llegaron, ya bullía de gente: farolillos de colores colgados de balcón a balcón, el olor a churros y a pólvora de cohetes mezclándose con el aire salado del mar cercano, y toda

Puerto Aliso reunida en torno a la orquesta, que en ese momento tocaba un pasodoble que la mitad de los presentes tarareaba de memoria.

Gustavo encontró a Rosa casi sin buscarla, como si el pueblo entero se hubiera confabulado para dirigir su mirada exactamente hacia ella. Llevaba un vestido azul que Nala le había prestado, con el pelo suelto por una vez, y reía junto a un grupo de vecinas mayores que parecían encantadas de tenerla de nuevo entre ellas.

—No sabía que supieras bailar —le dijo ella, acercándose en cuanto lo vio, con una copa de ponche de la que ya había bebido más de lo prudente.

—No sé. Pero por ti estoy dispuesto a hacer el ridículo.

La tomó de la mano y la llevó al centro de la plaza, donde bailaron un pasodoble torpe entre risas, pisándose los pies mutuamente mientras el resto del pueblo los observaba con esa curiosidad afable de quien lleva semanas esperando a que dos personas se den cuenta de lo evidente. Cuando la orquesta cambió a un vals más lento, Gustavo la atrajo hacia sí y bailaron mejilla contra mejilla, en silencio, mientras los cohetes estallaban en el cielo sobre la bahía iluminando el rostro de Rosa en destellos dorados.

—Amparo estaría feliz de vernos así —murmuró Rosa contra su oído.

—Amparo probablemente estaría vendiéndonos chocolate caliente y cobrándonos el doble por presenciar el espectáculo.

Rosa se rió contra su cuello, y Gustavo sintió que aquella risa se le instalaba en el pecho con la certeza tranquila de las cosas que llegan para quedarse.

—¿Sabes lo que más me sorprende de todo esto? —dijo Rosa, con la cabeza todavía apoyada en su hombro—. Que llevo tres semanas discutiendo contigo por cualquier cosa, y ahora mismo no se me ocurre ningún lugar en el que prefiera estar más que aquí.

—Yo llevo quince años convencido de que no se me daba bien esto de querer a nadie sin que terminara en desastre. Y contigo,

contra todo pronóstico, empiezo a pensar que quizás me equivocaba.

Bailaron hasta que la orquesta se despidió pasada la medianoche, y cuando el último cohete estalló sobre la bahía, Gustavo se detuvo, la miró con una intensidad que Rosa no le había visto nunca, y la besó despacio, como si esperara que ella lo apartara, y luego con más certeza cuando comprendió que no iba a hacerlo. Rosa le devolvió el beso con una intensidad que la sorprendió a ella misma, las manos buscando su cuello, mientras las últimas luces de los farolillos se apagaban una a una alrededor de ellos y el pueblo entero, cómplice, fingía no darse cuenta.

—Esto va a ser un problema —dijo Gustavo, cuando por fin se separaron, sin aliento, con las frentes apoyadas la una contra la otra.

—El peor de todos —confirmó ella, y volvió a besarlo antes de que a ninguno de los dos le diera tiempo a arrepentirse.

Caminaron de vuelta hacia el puerto con los dedos entrelazados, sin prisa, saboreando esa clase de felicidad sencilla que ninguno de los dos había esperado encontrar en un pueblo que ambos, por razones distintas, habían aprendido a temer.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó Rosa, ya frente a la puerta de El Ancla.

—No lo sé. Pero por primera vez en mucho tiempo, no me da miedo no saberlo.

Se despidieron con un último beso, breve pero cargado de promesas que ninguno de los dos se atrevió todavía a pronunciar en voz alta, y Gustavo caminó de vuelta hacia el faro con una sonrisa que no logró borrar de la cara en todo el trayecto.

A mitad de camino se cruzó con Tomás, que volvía también de la fiesta con paso tambaleante y una lata de cerveza todavía en la mano.

—Capitán, te he visto bailar. Y besarte con la bióloga, delante de medio pueblo, nada menos.

—No es asunto tuyo, Tomás.

—Es asunto de todo Puerto Aliso desde hace semanas, capitán, aunque tú te empeñes en pensar lo contrario. —Tomás le dio una palmada en el hombro, con una sinceridad poco habitual en él a esas horas de la noche—. Me alegro por ti, de verdad. Te lo mereces, después de todo lo que has pasado.

—Gracias, Tomás.

—De nada. Y ahora vete a dormir, que mañana zarpamos a las cinco menos cuarto igual que siempre, amor o no amor de por medio.

Gustavo se rió, algo que no le ocurría con frecuencia, y siguió su camino hacia el faro preguntándose si aquella noche, contra todo lo que había aprendido a esperar de la vida, no marcaría el principio de algo que por fin mereciera la pena sostener.

Capítulo 7 — Rosa

Rosa se despertó tarde, algo que no le ocurría desde hacía años, con la luz del sol ya alta colándose por las rendijas de la persiana y un dolor de cabeza discreto que atribuyó, sin mucha convicción, al ponche de la noche anterior. Se quedó un rato tumbada, repasando los últimos recuerdos de la verbena: la orquesta, los farolillos, el vals lento, el beso.

El beso.

Se llevó los dedos a los labios, como si todavía pudiera sentir allí la huella exacta de aquel instante, y sonrió al techo con una sonrisa boba que se habría avergonzado de mostrarle a cualquiera, salvo quizás a Nala, que entró en la habitación sin llamar apenas diez minutos después, con dos tazas de chocolate caliente y una expresión de expectación difícil de disimular.

—Bueno. Cuenta. Todo, con pelos y señales.

—Nala, son las diez de la mañana.

—Y tú llevas durmiendo hasta las diez de la mañana por primera vez desde que llegaste, así que no me vengas con evasivas. ¿Qué pasó anoche?

Rosa se incorporó, aceptó la taza que le tendía su amiga, y le contó, entre risas y ciertos detalles que prefirió guardarse para sí misma, el baile, el beso, la caminata de vuelta con los dedos entrelazados.

—¡Lo sabía! —Nala dio una palmada triunfal—. Lo sabía desde el primer día, cuando volviste del muelle con esa cara de mala leche tan sospechosa. Solo se pone tan de mal humor la gente a la que le importa demasiado algo.

—Eso no tiene ningún sentido, Nala.

—Tiene todo el sentido del mundo, cielo. El amor rara vez empieza con sentido común.

Rosa se rió, dándole un sorbo al chocolate, y por un momento se permitió simplemente disfrutar de la felicidad sencilla de la mañana, sin analizarla, sin cuestionarla, sin preguntarse todavía qué implicaciones tendría aquel beso para su futuro inmediato.

Bajó al muelle un par de horas más tarde de lo habitual, encontrando a Tomás cargando cajas de aparejos con una sonrisa que anunciaba, sin lugar a dudas, que ya se había enterado de todo.

—Buenos días, doctora. Menuda noche la de ayer, ¿eh?

—No sé de qué me hablas, Tomás.

—Claro que no. —Tomás soltó una carcajada—. El capitán ha llegado esta mañana silbando. Silbando, doctora. Llevo diez años trabajando con él y jamás lo había oído silbar ni una sola vez.

Gustavo apareció en ese momento desde la cabina, y al ver a Rosa se detuvo un instante, con una expresión indecisa que a ella le pareció adorable en un hombre normalmente tan seguro de sí mismo.

—Buenos días —dijo él, con cierta torpeza.

—Buenos días.

Se quedaron mirándose un segundo de más, sin saber muy bien cómo comportarse a la luz del día después de la intensidad de la noche anterior, hasta que Tomás, harto de tanto silencio, decidió intervenir con su discreción habitual.

—Bueno, ya que los dos parecéis haber perdido la capacidad de hablar como personas normales, ¿zarpamos o nos quedamos aquí plantados todo el día mirándonos como bobos?

—Zarpamos —dijo Gustavo, recuperando algo de su compostura habitual, aunque la sonrisa que se le escapó al ayudar a Rosa a subir a bordo desmentía cualquier intento de aparentar normalidad.

Trabajaron toda la mañana con una complicidad nueva, distinta a la tensión de las primeras semanas, hecha de miradas que ya no necesitaban disimularse y de un roce ocasional de manos que ninguno de los dos se molestaba en evitar.

—¿Sabéis? —comentó Tomás, en un momento en que ambos estaban demasiado ocupados el uno con el otro para prestarle atención—. Podríais al menos fingir que seguís trabajando, que para eso me pagan.

—Tomás, nadie te paga —replicó Gustavo, sin apartar la vista de Rosa.

—Bueno, pues por eso mismo, deberíais compensarme con algo de dignidad laboral. Ya que no me pagáis, al menos dejadme fingir que esto es un ambiente de trabajo serio.

Rosa se rió, y hasta Gustavo esbozó una sonrisa que no intentó disimular, y siguieron la jornada entre bromas y trabajo, con esa ligereza propia de los días en que todo, incluso lo más rutinario, parece teñido de una luz distinta.

Cuando volvieron al puerto, ya avanzada la tarde, Rosa se cruzó, camino de El Ancla, con una mujer de melena oscura y andares seguros que caminaba en dirección opuesta, cargada de bolsas de un supermercado que Rosa no conocía.

La mujer se detuvo un instante al verla, con una expresión que Rosa no supo interpretar del todo: una mezcla de curiosidad y algo más afilado, como quien reconoce a alguien de quien ha oído hablar sin haberlo visto nunca en persona.

—Tú debes de ser la nieta de Amparo —dijo la mujer, con una sonrisa cortés que no llegaba del todo a los ojos.

—Sí. Rosa. ¿Nos conocemos?

—Coral. Coral Nieva. —La mujer se recolocó las bolsas, sin dejar de estudiarla con aquella mirada evaluadora—. Bienvenida de nuevo al pueblo. Seguro que nos volvemos a ver.

—Encantada, Coral.

—El placer es mío. —Coral esbozó una sonrisa que se desvaneció casi tan rápido como había aparecido—. Por cierto, felicidades. He oído que Gustavo y tú estáis pasando bastante tiempo juntos últimamente.

—Trabajamos en el mismo proyecto.

—Ya. —Coral asintió, con una expresión que Rosa no supo del todo si era resignación o simple cortesía forzada—. Bueno, no te entretengo más. Que tengas un buen día, Rosa.

Se marchó sin mayor explicación, dejando a Rosa con una sensación incómoda que no supo nombrar del todo, y que decidió, por el momento, dejar aparcada en algún rincón de su mente, aunque el nombre de aquella mujer se le quedó rondando el resto de la tarde con una insistencia que la sorprendió.

Esa noche, mientras cenaba con Nala en la cocina de El Ancla, no pudo evitar sacar el tema.

—Nala, ¿quién es Coral Nieva?

El cambio en la expresión de Nala fue instantáneo, y a Rosa no se le escapó el modo en que su amiga dejó el tenedor sobre el plato con más cuidado del habitual.

—Vaya. ¿Ya te la has cruzado?

—Esta tarde. ¿Debería preocuparme por algo?

Nala suspiró, sirviéndose otro vaso de sidra antes de responder.

—Coral y Gustavo estuvieron juntos. Hace un par de años, más o menos. No sé los detalles exactos de por qué terminó, y no me corresponde a mí contártelos. Pero no es mala persona, Rosa, aunque a veces lo parezca. Solo... quiso a Gustavo más de lo que él pudo devolverle en su momento, y esas cosas dejan marca en cualquiera.

Rosa se quedó pensativa, con el tenedor suspendido a medio camino del plato, preguntándose cuántas historias más de aquel pueblo tendría que ir descubriendo poco a poco, y sintiendo, por primera vez desde la fiesta de la noche anterior, un asomo de inseguridad que se prometió no dejar crecer sin fundamento.

—¿Debería preocuparme? —preguntó, incapaz de disimular del todo la duda.

—No, si conoces bien a Gustavo. —Nala le apretó la mano por encima de la mesa—. Ese hombre es de los que, cuando quiere a alguien, lo hace con los pies bien plantados en el suelo. Coral

pertenece a su pasado, Rosa. Tú eres, según todo lo que veo, mucho más que eso.

—Gracias, Nala.

—Para eso están las amigas. Y ahora come, que se te enfría la cena, y mañana tienes trabajo de campo con un capitán que seguro que sigue silbando como un tonto enamorado.

Rosa se rió, y aunque la sombra del nombre de Coral no desapareció del todo aquella noche, decidió, antes de dormirse, que no dejaría que un fantasma del pasado de Gustavo ensombreciera algo que, hasta entonces, había sido lo más luminoso que le había pasado en años.

Los días siguientes, sin embargo, trajeron consigo una avalancha de reacciones del pueblo entero ante la noticia, ya confirmada por el propio comportamiento de la pareja, de que Rosa y Gustavo eran, oficialmente, algo más que compañeros de trabajo. Deolinda fue, como cabía esperar, la primera en comentarlo abiertamente, deteniendo a Rosa en plena calle con una sonrisa que dejaba claro que llevaba días esperando la ocasión.

—Ya era hora, muchacha. Llevo semanas viéndoos hacer manitas disimuladamente en el muelle, como si el pueblo entero no tuviera ojos.

—Deolinda, no exageres.

—¿Exagerar yo? Si hasta mi gato se ha dado cuenta, y eso que el pobre está casi ciego. —La mujer le apretó el brazo con cariño—. Me alegro por ti, de verdad. Y por él, que buena falta le hacía algo de felicidad después de tantos años cargando solo con los fantasmas de su padre.

Ubaldo, por su parte, optó por un enfoque más discreto pero igualmente inequívoco: la siguiente vez que Rosa pasó junto a su banco frente a la lonja, el viejo pescador se limitó a guiñarle un ojo sin decir palabra, dejando que aquel gesto silencioso hablara por sí solo.

Incluso Casilda, la secretaria del ayuntamiento, aprovechó un encuentro casual en la panadería para comentarlo con Rosa, entre susurros cómplices mientras Nala envolvía unas empanadillas.

—Menuda revolución has traído a este pueblo, hija. Entre el informe de la cala y lo tuyo con Gustavo, no se habla de otra cosa en el ayuntamiento entero.

—Espero que al menos hablen bien.

—Hablan de maravilla, no te preocupes. Este pueblo llevaba años necesitando una historia bonita de la que hablar, después de tantos años de malas noticias y turistas comprando casas que ya no vuelven a llenarse de vida.

Rosa agradeció aquel cariño colectivo con una sonrisa sincera, aunque no pudo evitar preguntarse, cada vez que alguna vecina le mencionaba a Gustavo con aquella calidez espontánea, si Coral estaría también al tanto de los mismos rumores, y de qué manera exacta los estaría recibiendo.

Esa noche, mientras cenaban en la cocina de la casa del faro, Rosa decidió sacar el tema directamente, cansada de dar vueltas a preguntas que solo Gustavo podía responder con certeza.

—¿Te resulta raro que te pregunte por Coral tan a menudo?

—Un poco. Pero lo prefiero a que te lo calles y te coma por dentro.

—Es solo que... —Rosa buscó las palabras adecuadas—. Este pueblo es tan pequeño que ella va a estar presente en nuestra vida de una manera u otra, quieras o no. Y no sé todavía cómo sentirme al respecto.

Gustavo dejó los cubiertos a un lado, mirándola con una seriedad que Rosa agradeció, después de tantas bromas y evasivas de los días anteriores.

—Coral fue parte de mi vida durante dos años, y no voy a fingir que no ocurrió ni a tratarla como si no existiera, porque eso sería una falta de respeto para las dos. Pero lo que siento por ti no tiene

nada que ver con lo que sentí por ella, Rosa. Ni en intensidad, ni en la clase de miedo que me da perderlo.

—¿Te da miedo perder esto?

—Cada día. —Gustavo se rió, aunque sin ninguna burla en la voz —. Cada día me despierto pensando que va a ser el día en que algo se rompa, y cada día me sorprende comprobar que sigue aquí, intacto. Supongo que con el tiempo dejaré de esperar la ruptura y empezaré a confiar simplemente en que esto puede durar.

Rosa le tomó la mano por encima de la mesa, apretándola con firmeza.

—Yo también tengo miedo, Gustavo. Pero prefiero tener miedo contigo que seguridad con cualquier otra cosa.

Terminaron de cenar entre confesiones cada vez más íntimas, y cuando Rosa se preparó para dormir esa noche, con la cabeza apoyada en el pecho de Gustavo y el rumor del faro girando fuera de la ventana, pensó que quizás el miedo del que ambos hablaban no era, después de todo, un obstáculo que superar, sino simplemente la prueba innegable de que aquello que sentían merecía, con creces, el riesgo de sostenerlo.

Capítulo 8 — Gustavo

Gustavo llevaba dos semanas sin dormir solo en la casa del faro, y aunque nunca lo habría admitido en voz alta delante de Tomás, la diferencia le resultaba tan evidente que a veces se sorprendía a sí mismo sonriendo sin motivo aparente mientras preparaba el desayuno.

Rosa no se había mudado oficialmente —todavía conservaba su habitación en El Ancla, con la ropa y los libros que había ido trayendo de Lisboa—, pero cada noche, tras el trabajo de campo y alguna cena compartida con Nala o con Tomás, terminaba encontrando el camino hacia el faro, como si sus pies hubieran decidido por su cuenta que aquel era, cada vez más, el lugar al que pertenecía.

—Vas a tener que traer más ropa —le dijo Gustavo una mañana, viéndola rebuscar en el único cajón que le había cedido, vacío de sus propias cosas desde hacía días—. A este paso vas a terminar lavando la misma camiseta cada dos noches.

—¿Te estás quejando?

—Me estoy ofreciendo a vaciarte otro cajón, que es distinto.

Rosa sonrió, y Gustavo sintió, no por primera vez en aquellas dos semanas, una calidez extraña instalada en el pecho, algo parecido a la felicidad que llevaba tanto tiempo sin permitirse sentir que casi había olvidado su nombre exacto.

Aquella misma tarde, mientras trabajaban en la cala, Rosa le preguntó, con la cautela de quien pisa un terreno que sabe delicado, sobre Elena.

—Nala me ha hablado de ella. Espero que no te importe.

Gustavo no respondió enseguida, concentrado en soltar el ancla con más atención de la estrictamente necesaria.

—No me importa. Era cuestión de tiempo que alguien te lo contara, y prefiero que lo sepas por mí. —Se sentó en la borda, con

la mirada perdida en el horizonte—. Íbamos a casarnos. Tres semanas antes de la boda decidió que Puerto Aliso era demasiado pequeño para ella, que necesitaba Madrid, luces, gente que no oliera a pescado. Se llevó media vida ahorrada en la cuenta que teníamos juntos y me dejó una nota pegada en la nevera.

—Lo siento.

—No lo sientas. Fue lo mejor que me pudo pasar, aunque tardé años en verlo así. —Gustavo la miró entonces, con una honestidad que le costó más esfuerzo que subir cualquier red cargada—. Si se hubiera quedado, nunca habría estado libre para esto. Para ti.

Rosa se incorporó despacio y le rozó la mandíbula con los dedos, siguiendo la línea de una barba que empezaba a conocer de memoria.

—¿La quisiste mucho? A Elena.

—Pensaba que sí, en su momento. Ahora, mirando atrás, creo que quería más la idea de tener a alguien con quien construir algo estable que a ella en concreto. —Gustavo se encogió de hombros, con una honestidad poco habitual—. Elena se dio cuenta de eso antes que yo, probablemente. Puede que por eso se marchó.

—Eso no la disculpa por hacerlo tres semanas antes de la boda.

—No, no la disculpa. Pero me ayuda a no odiarla del todo.

—Yo tampoco pensaba quedarme —confesó—. Tenía un contrato esperándome en Lisboa, una vida entera planeada lejos de aquí. Y ahora no sé ni qué día es.

—Es jueves.

—Sabes lo que quiero decir.

Gustavo sonrió, esa sonrisa lenta que Rosa había aprendido a arrancarle con más frecuencia de la que él mismo hubiera admitido hace un mes, y la atrajo hacia sí, buscando su boca con una urgencia que ya no intentaba disimular.

Esa noche, de vuelta en la casa del faro, mientras Rosa se duchaba y Gustavo preparaba una cena sencilla de pescado a la plancha con patatas, Tomás se presentó sin avisar, como solía hacer

cuando algo le rondaba la cabeza y no encontraba mejor manera de sacárselo de encima que soltarlo directamente.

—Capitán, tenemos que hablar de Coral.

Gustavo se detuvo, con la espátula todavía en la mano.

—¿Qué pasa con Coral?

—Que Rosa se la cruzó ayer por la calle, y ya sabes cómo es este pueblo. Alguien le va a contar la historia entera antes de que tú tengas ocasión de hacerlo tú mismo, y eso nunca sienta bien.

Gustavo suspiró, apagando el fuego un instante para poder concentrarse en la conversación.

—Ya se lo he contado. Esta misma tarde.

—¿Todo?

—Lo suficiente.

Tomás lo miró con una expresión escéptica que Gustavo conocía bien, la de alguien que sabe que su amigo se está guardando algo, aunque decidió no insistir por esa noche.

—Espero que sepas lo que haces, capitán. Coral no se lo tomó bien cuando la cosa terminó, y no me extrañaría que en algún momento decida hacérselo saber a Rosa a su manera.

—Coral no le haría daño a nadie a propósito.

—No a propósito, no. Pero el dolor a veces sale solo, sin que nadie lo invite.

Gustavo no respondió, y Tomás, tras aceptar la invitación silenciosa a quedarse a cenar que Gustavo le extendió sirviendo un plato de más, cambió de tema hacia asuntos menos delicados, dejando que la advertencia flotara en el aire de la cocina como una nube de tormenta que ninguno de los dos, por el momento, tenía ganas de nombrar en voz alta.

—Cuéntame otra cosa, ya que estamos —dijo Tomás, sirviéndose otro trozo de pescado—. ¿Vais a hacerlo oficial? Lo de vivir juntos, quiero decir.

—No sé si hace falta hacer nada oficial, Tomás. Simplemente está pasando.

—Ya, pero las mujeres suelen apreciar que uno lo diga en voz alta de vez en cuando, capitán. No basta con que las cosas simplemente pasen.

—¿Desde cuándo eres experto en mujeres?

—Desde que llevo enamorado de la misma desde hace seis meses y todavía no he reunido el valor de decírselo. —Tomás se encogió de hombros, con una sinceridad poco habitual en él—. Así que no me hagas mucho caso, la verdad, que yo tampoco predico con el ejemplo.

Gustavo se rió, sorprendido por aquella confesión inesperada.

—¿Quién es ella?

—Eso, capitán, es información clasificada. Cuando reúna el valor, serás el primero en saberlo.

Terminaron de cenar entre bromas y confidencias a medias, y cuando Tomás se marchó, ya entrada la noche, Gustavo se quedó un rato más en el porche, pensando en las palabras de su amigo sobre decir las cosas en voz alta, y preguntándose si acaso él mismo no debería empezar a practicar ese mismo consejo con la mujer que dormía ya, ajena a todo, en la habitación de al lado.

Tras la marcha de Tomás, ya entrada la noche, Gustavo se quedó un rato despierto en el porche, dándole vueltas a las palabras de su amigo mientras Rosa dormía ya en el interior de la casa. Pensó en Elena, en la facilidad con que ella había desaparecido de su vida sin mirar atrás, y en Coral, cuya marcha había sido mucho más silenciosa, mucho más cargada de un dolor contenido que Gustavo, en su momento, no había sabido —o no había querido— reconocer del todo.

Recordó la última conversación que había tenido con Coral, meses atrás, en aquel mismo porche, cuando ella le había preguntado, con una vulnerabilidad poco habitual en su carácter

siempre seguro, si alguna vez llegaría a quererla de la manera en que ella lo quería a él.

—No lo sé, Coral —le había respondido entonces, con una honestidad que en su momento le pareció la única opción decente, aunque con el tiempo hubiera comprendido que a veces la honestidad hiere más que cualquier mentira piadosa—. Creo que llevo tanto tiempo protegiéndome de que algo bueno me dure que ya no sé distinguir entre el amor de verdad y el simple alivio de no estar solo.

Coral se había marchado esa misma noche, sin gritos ni reproches, con una dignidad que Gustavo siempre había admirado en ella, aunque aquella dignidad no hubiera bastado para evitar que la ruptura le doliera a ambos durante meses. Gustavo se preguntó, sentado ahora en el mismo porche con una mujer distinta durmiendo dentro de la casa, si esta vez sería capaz de dar la respuesta contraria si alguna vez Rosa le hiciera la misma pregunta, y la certeza con la que se descubrió respondiendo que sí, sin ninguna duda, le resultó tan reconfortante como aterradora.

A la mañana siguiente, mientras zarpaban hacia la cala con la rutina ya bien instalada, Tomás no pudo resistirse a comentar el cambio evidente en el humor de su capitán.

—Llevas semanas de un humor que no te conocía, ¿eh?

—¿Es una queja?

—Al contrario. Es un alivio. —Tomás se acomodó junto al timón, con una expresión más seria de lo habitual en él—. Llevo diez años trabajando contigo, Gustavo, y te he visto pasar por cosas que no le desearía a nadie: tu padre, las deudas, lo de Elena, lo de Coral. Y en todo ese tiempo, jamás te había visto mirar a nadie como miras a esa mujer.

—¿Tan evidente es?

—Más de lo que crees. —Tomás sonrió, dándole una palmada en el hombro—. Solo te pido una cosa, capitán: no dejes que el miedo te haga estropear esto antes de que tenga ocasión de convertirse en algo bueno de verdad. Te conozco, y sé que cuando algo te importa

de verdad, tu primer instinto es alejarte antes de que te hagan daño.

—Lo sé, Tomás. Estoy intentando no hacerlo esta vez.

—Me alegra oírlo. Porque si la fastidias con esta, no sé si te lo perdonaría ni yo mismo.

Gustavo se rió, agradecido por la sinceridad brusca de su amigo, y siguieron navegando hacia la cala con el sol ya bien alto sobre el horizonte, mientras Rosa, todavía en el pueblo terminando de preparar el material del día, ajena a aquella conversación, se preguntaba ella misma, sin saberlo, si aquel hombre arisco y de manos ásperas no estaría convirtiéndose en algo mucho más importante de lo que había previsto al llegar a Puerto Aliso.

Aquella misma noche, de vuelta ya en la casa del faro tras la jornada de trabajo, Rosa se tomó su tiempo para observar con detenimiento cada rincón de aquel hogar que empezaba a sentir como propio: los libros de náutica alineados con precisión militar en una estantería improvisada, las herramientas de pesca colgadas ordenadamente en la pared del cobertizo anexo, el pequeño jardín de hierbas aromáticas que Gustavo cultivaba junto a la puerta trasera sin que nadie se lo hubiera pedido nunca.

—No sabía que tuvieras mano para las plantas —comentó, señalando el romero y el tomillo que crecían con evidente buena salud.

—Mi madre tenía un jardín así. Es de las pocas cosas que recuerdo con claridad de ella: sus manos entre la tierra, el olor de las hierbas frescas en la cocina. Cuando planté este rincón hace unos años, no lo pensé demasiado. Simplemente sentí que necesitaba tenerlo cerca.

—¿Y por qué?

Gustavo tardó un instante en responder, como si necesitara ordenar sus propios pensamientos antes de compartirlos.

—Simplemente sentí que necesitaba algo vivo cerca de mí que no dependiera de si yo era capaz de cuidarlo bien o no. Las plantas,

si las riegas y les das sol, crecen solas. No necesitan que yo sea perfecto, solo constante.

Rosa lo abrazó por detrás, apoyando la mejilla entre sus omóplatos, conmovida por aquella confesión sencilla que revelaba, una vez más, la ternura profunda que Gustavo llevaba escondida bajo capas y capas de aparente rudeza.

Capítulo 9 — Rosa

El sábado siguiente amaneció despejado, uno de esos días de verano cantábrico en que el mar se vuelve tan azul que casi resulta indecente, y Gustavo propuso, con una timidez poco habitual en él, que en lugar de ir a la cala del Somorro exploraran la costa más al norte, donde según los cuadernos de Amparo había una colonia de cormoranes que merecía la pena documentar.

—¿Es trabajo de verdad, o es una excusa para pasar el día conmigo? —preguntó Rosa, mientras cargaba el material en el barco.

—Ambas cosas. Aunque si insistes, puedo fingir que es solo lo primero.

—No hace falta que finjas nada. Me apunto de todas formas.

Tomás se quedó en el pueblo esa mañana, alegando —con un guiño que no engañó a nadie— que tenía asuntos propios que atender, y Gustavo y Rosa zarparon solos, con el sol todavía bajo pintando el mar de un dorado suave que parecía hecho a medida para aquella escapada.

Navegaron toda la mañana bordeando acantilados altísimos, con Gustavo señalándole a Rosa cuevas marinas, restos de un naufragio del siglo pasado, la silueta de un castillo en ruinas asomando entre la niebla más al norte. Rosa documentó la colonia de cormoranes con auténtico entusiasmo profesional, tomando fotografías y notas que, según le explicó a Gustavo con una pasión que a él le resultaba contagiosa, podrían complementar el informe principal con datos sobre la biodiversidad de aves marinas de la zona.

—Cada vez que hablas de esto se te ilumina la cara de una manera que no había visto en nadie —comentó Gustavo, observándola trabajar—. Ni siquiera hablando de mí, para que lo sepas.

—Eso no es cierto.

—Compruébalo tú misma la próxima vez que te mires al espejo mientras hablas de cormoranes.

Rosa se rió, dándole un empujón cariñoso, y Gustavo aprovechó para llevarla hasta una cueva marina que conocía desde niño, accesible solo con marea baja, donde las paredes de roca caliza formaban dibujos naturales que parecían esculpidos a propósito.

—Mi padre me trajo aquí la primera vez que tenía siete años —le contó, mientras remaban con cuidado hacia el interior de la cueva en un pequeño bote auxiliar—. Me dijo que este era el único sitio del mundo donde el mar guardaba sus secretos más antiguos, y que si escuchaba con suficiente atención, podría oír las voces de todos los marineros que se habían perdido en la zona a lo largo de los siglos.

—¿Y las oíste?

—Oí el eco de mi propia voz rebotando contra las paredes, que para un crío de siete años venía a ser más o menos lo mismo. —Gustavo sonrió, con una nostalgia suave que Rosa reconoció ya como parte habitual de cualquier mención a su padre—. Fue de los pocos recuerdos buenos que tengo de él sin mezcla de amargura. Por eso nunca he traído a nadie más aquí.

—¿Ni siquiera a Elena? ¿Ni a Coral?

—Ni siquiera a ellas. —Gustavo la miró con una seriedad que subrayaba la importancia de aquel gesto—. Este sitio es solo para las personas que de verdad importan, Rosa. Y tú, sin que yo lo planeara, te has convertido en una de ellas.

Rosa sintió que el pecho se le encogía de una emoción que no supo nombrar del todo, y le devolvió un beso suave, iluminados ambos apenas por la luz que se filtraba desde la entrada de la cueva, mientras el eco de sus propias risas rebotaba contra las paredes de roca como un secreto más que aquel lugar guardaría para siempre.

Salieron de la cueva con la marea ya empezando a subir, y Gustavo aprovechó el resto de la tarde para enseñarle otros rincones de su infancia: el peñasco donde había aprendido a nadar, la playa diminuta donde solía esconderse de su padre en las noches más difíciles, el saliente rocoso desde el que, siendo adolescente, había

visto zarpar tantas veces embarcaciones que nunca volvían a puerto con la misma tripulación con la que habían salido.

Comieron bocadillos de tortilla que había preparado Nala y bebieron vino blanco directamente de la botella, sentados sobre la cubierta con las piernas colgando sobre el agua, y por la tarde, anclados en una cala desierta que Gustavo conocía desde niño, decidieron bañarse.

El agua estaba fría, tan fría que a Rosa se le escapó un grito nada más sumergirse, un grito que hizo reír a Gustavo hasta que le dolieron las costillas.

—¡No te rías, que la culpa es tuya por traerme a este sitio congelado!

—El agua fría es buena para la circulación. Me lo decía siempre mi padre.

—Tu padre estaba equivocado.

—Puede ser. Pero también decía que las mejores cosas de la vida siempre llegan disfrazadas de incomodidad al principio.

Nadaron un buen rato, entre risas y salpicaduras, hasta que el frío les obligó a subir de nuevo a bordo, envueltos en las toallas que Gustavo había tenido la previsión de traer. Se sentaron juntos en la popa, con el sol ya bajando hacia el horizonte, y por primera vez desde que se conocían, ninguno de los dos sintió la necesidad de llenar el silencio con palabras.

—Esto es lo más feliz que he sido en años —confesó Gustavo finalmente, rompiendo aquel silencio cómodo, con Rosa acurrucada contra su pecho mientras el sol se ponía sobre el agua.

—Y solo llevamos poco más de un mes conociéndonos.

—A veces el tiempo no se mide en calendarios, Rosa. Se mide en cuánto ocupa alguien en el pecho cuando no está delante.

Ella levantó la vista hacia él, sorprendida de que aquel hombre de manos ásperas y palabras normalmente escasas guardara semejante ternura bajo la superficie curtida, y decidió, en ese preciso instante, que fuera cual fuese el precio de quedarse en

Puerto Aliso, estaba dispuesta a pagarlo con tal de no tener que renunciar a tardes como aquella.

—Gustavo.

—¿Sí?

—Quédate conmigo esta noche. En El Ancla. Quiero enseñarte algo que encontré entre las cosas de mi abuela.

—¿Qué has encontrado?

—Prefiero enseñártelo que contártelo. Confía en mí.

Gustavo la miró con una curiosidad genuina, y asintió sin necesidad de más explicaciones, comprendiendo, sin que ella tuviera que decirlo en voz alta, que aquella invitación significaba mucho más que simplemente ver unas fotografías antiguas.

El camino de vuelta al puerto se hizo despacio, casi con reticencia, como si ambos quisieran alargar aquella tarde perfecta el mayor tiempo posible. El sol se puso sobre la bahía en un despliegue de naranjas y morados que Rosa fotografió sin poder evitarlo, más por el placer de conservar el recuerdo que por cualquier necesidad profesional, y Gustavo la observó hacerlo con una sonrisa que no intentó ocultar.

—¿Sabes que llevo diez años viendo este mismo atardecer casi cada tarde? —comentó él, mientras amarraba el barco en el pantalán—. Y nunca me había parecido tan bonito como esta noche.

—Será la compañía.

—Será exactamente eso.

Se quedaron un rato más en silencio, contemplando cómo las últimas luces del día se apagaban sobre el agua, y Rosa, apoyada contra el pecho de Gustavo, sintió que aquel instante, sencillo y sin pretensiones, valía más que cualquier otro momento de gloria profesional que hubiera vivido en sus años de carrera.

—Gracias por este día —murmuró, sin apartar la vista del horizonte.

—Gracias a ti por querer compartirlo conmigo.

Volvieron al puerto ya con el atardecer completamente instalado sobre la bahía, y caminaron juntos hacia El Ancla con los dedos entrelazados, sin prisa, saboreando esa clase de felicidad sencilla que ninguno de los dos había esperado encontrar en un pueblo que ambos, por razones distintas, habían aprendido a temer.

Capítulo 10 — Gustavo

Dentro de El Ancla, ya con la librería cerrada y el sol completamente oculto tras el horizonte, Rosa encendió las luces del piso superior y llevó a Gustavo hasta el escritorio de su abuela, donde le mostró la fotografía en blanco y negro que había encontrado semanas atrás, la de Amparo joven junto a aquel hombre de mirada seria llamado Emilio.

—No sabía nada de este hombre —dijo Rosa, sosteniendo la fotografía con cuidado—. Mi abuela nunca me habló de él. Y por lo que dice detrás, el mar se lo llevó.

Gustavo tomó la fotografía entre sus manos, observándola con atención.

—Emilio Sotolongo. Mi padre me habló de él alguna vez. Era pescador, como toda esta gente, y murió en un temporal cuando yo todavía ni había nacido. Dicen que Amparo estuvo prometida con él antes de casarse con tu abuelo.

—¿En serio? Nunca lo mencionó.

—Hay historias que la gente prefiere guardarse, Rosa. No porque duelan menos con el tiempo, sino porque contarlas en voz alta las hace más reales de lo que uno está dispuesto a soportar.

Rosa se quedó pensativa, guardando la fotografía de nuevo en la caja de latón con un cuidado casi reverente, y Gustavo la observó hacerlo con una ternura que ya no se molestaba en disimular.

—¿Sabes? —dijo Rosa, cerrando la caja de latón—. Cuando llegué a este pueblo, hace apenas un mes, estaba convencida de que mi abuela había vivido una vida sencilla, sin sobresaltos, dedicada por entero a esta librería y a esperar mis visitas cada vez más escasas. Y ahora descubro que tuvo su propia historia de amor perdido, su propio dolor guardado durante décadas sin que nadie lo supiera.

—Todos guardamos algo, Rosa. Algunos lo guardan mejor que otros.

—¿Y tú? ¿Qué guardas tú que todavía no me hayas contado?

Gustavo se quedó pensativo un momento, sopesando la pregunta con la seriedad que merecía.

—Guardo el miedo a que esto que siento por ti sea demasiado bueno para durar. Llevo toda la vida esperando que las cosas buenas se rompan tarde o temprano, y todavía no sé cómo dejar de esperarlo del todo.

—Entonces vamos a tener que aprender juntos a no esperar que se rompa nada.

—Me gusta cómo suena eso.

Se quedaron mirándose un instante, en el silencio cargado de aquella habitación llena de recuerdos de una mujer que ya no estaba, y Rosa acortó la distancia entre ellos con una determinación tranquila, besándolo despacio, sin la urgencia de aquella primera vez en la proa de La Golondrina, sino con la calma de quien ya no tiene ninguna duda de lo que quiere.

Gustavo le devolvió el beso con la misma calma, dejando que las manos encontraran su cintura, su espalda, subiendo despacio hasta enredarse en su pelo todavía húmedo por el baño de la tarde. Se apartaron apenas lo justo para mirarse a los ojos, buscando en el otro alguna señal de duda que ninguno encontró.

—¿Estás segura? —preguntó él, con una delicadeza que contrastaba con toda la brusquedad que solía llevar por bandera.

—Llevo semanas segura, Gustavo. Solo estaba esperando el momento adecuado.

Apagó la luz del escritorio con un gesto suave, y la habitación quedó bañada apenas por el resplandor tenue de la luna que entraba por la ventana entreabierta. Se amaron esa noche con la misma paciencia con la que el mar acaricia la orilla en los días de calma, entre susurros y risas bajas y silencios cargados de una ternura que ninguno de los dos había esperado encontrar en aquel pueblo que ambos, por razones distintas, habían aprendido a temer. Fuera, el rumor constante del mar seguía su curso, ajeno por

completo a que dentro de aquella habitación, rodeados de fotografías y recuerdos de una mujer que los había unido sin proponérselo del todo, dos personas rotas habían empezado, sin darse mucha cuenta, a recomponerse la una a la otra.

Después, tumbados entre las sábanas revueltas, con la cabeza de Rosa apoyada sobre su pecho y los dedos de Gustavo dibujando círculos distraídos sobre su espalda desnuda, él rompió el silencio con una pregunta que llevaba días atragantada.

—¿Cuánto tiempo más te queda aquí?

Rosa se quedó callada un instante demasiado largo.

—No lo sé —admitió por fin—. Y por primera vez en mi vida, no tener la respuesta no me da miedo.

Gustavo la abrazó más fuerte, como si con ese gesto pudiera retener el tiempo, y por esa noche, ninguno de los dos quiso pensar en lo que pasaría cuando el otoño terminara y el informe de Rosa estuviera por fin acabado.

Despertó antes que ella, como le ocurría siempre, con la luz gris del amanecer filtrándose por la ventana. Se quedó un buen rato observándola dormir, el pelo castaño desparramado sobre la almohada, la respiración pausada, una mano suya todavía enredada entre las sábanas como si incluso dormida no quisiera soltarlo del todo. Bajó a la cocina de El Ancla sin hacer ruido, buscó entre los armarios hasta encontrar lo necesario, y preparó chocolate caliente en un cazo que reconoció como el mismo que Amparo debía de haber usado durante décadas para atender a los pescadores que volvían de faenar al amanecer.

Cuando Rosa apareció en el umbral envuelta en una de sus propias camisas, con los ojos entrecerrados por el sueño, Gustavo pensó que jamás había visto nada tan parecido a la felicidad.

—Hueles a chocolate —murmuró ella, sentándose a la mesa de la cocina.

—Y tú a sal y a mí, lo cual me parece una combinación excelente.

Desayunaron entre risas bajas y planes improvisados para el día, y por primera vez desde la muerte de su padre, Gustavo sintió que aquella mañana, aquella cocina, aquella mujer sentada frente a él con el pelo revuelto, formaban parte de una vida que por fin merecía la pena vivir sin miedo constante a que se desmoronara.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —preguntó Rosa, terminando su taza de chocolate.

—Lo mismo de siempre. Zarpar a las cinco menos cuarto, aunque hoy hayamos empezado con retraso.

—Menos mal que Tomás no está aquí para ver la hora que es.

—Tomás ya se ha enterado, seguro. Este pueblo tiene un radar especial para estas cosas.

Rosa se rió, y mientras recogían juntos la mesa del desayuno, con una naturalidad doméstica que ninguno de los dos había vivido antes de aquella manera, ambos supieron, sin necesidad de decirlo en voz alta, que aquella mañana marcaba un antes y un después en la forma en que entendían lo que estaban construyendo juntos.

—Tengo que bajar a abrir la librería —dijo Rosa, terminándose el chocolate—. Llevo semanas prometiéndole a Nala que voy a reorganizar la sección de novelas, y ya no tengo excusa para seguir posponiéndolo.

—¿Necesitas ayuda?

—¿Tú, ordenando libros?

—Puedo aprender. Además, hay algo que quiero comprobar en esa sección de biología marina que tu abuela tenía escondida al fondo.

Pasaron la mañana entera ordenando estanterías, riendo cada vez que encontraban alguna anotación de Amparo garabateada en los márgenes de sus libros favoritos, y cuando Nala bajó a media mañana a comprobar cómo iba todo, se encontró la escena con una sonrisa que no intentó disimular.

—Vaya, vaya. Si serás mala, Rosa Aguilar, teniendo a este hombretón ordenando novelas románticas sin que se queje ni una

sola vez.

—No me quejo —protestó Gustavo, sosteniendo un ejemplar gastado de alguna novela de Corín Tellado que Amparo debía de haber releído decenas de veces—. Solo estoy sorprendido de que tu abuela tuviera tan buen gusto para el drama.

—Mi abuela tenía buen gusto para todo, Gustavo. Empezando por ti, al parecer.

Nala se rió con ganas, y los tres pasaron el resto de la mañana entre bromas y estanterías reorganizadas, en una escena tan doméstica y sencilla que Rosa, observándola desde fuera por un instante, pensó que jamás había imaginado sentirse tan en casa en ningún otro lugar del mundo.

Cuando Nala por fin se marchó a atender su propia panadería, Rosa se quedó a solas con Gustavo en la trastienda, rodeados de cajas de libros a medio clasificar, y aprovechó el momento de intimidad improvisada para preguntarle algo que llevaba días rondándole.

—¿Alguna vez te imaginaste con una vida así? Trabajando en el mismo barco, viviendo en la misma casa, ordenando libros con una mujer que hace un mes ni conocías.

—Jamás. —Gustavo se sentó sobre una caja, con una sonrisa reflexiva—. Llevaba años convencido de que mi vida sería exactamente la misma hasta que me hiciera viejo: la barca, las deudas, algún amor pasajero que terminaría marchándose tarde o temprano. No me permitía imaginar nada más, porque imaginarlo solo habría hecho más doloroso el día en que no se cumpliera.

—¿Y ahora?

—Ahora me permito imaginar, por primera vez en mucho tiempo, que las cosas pueden salir bien. Que no todo tiene que terminar como terminó con mi padre, o con Elena, o con Coral. —Se levantó, acercándose a ella—. Contigo me permito, por fin, imaginar un futuro entero.

Rosa lo besó, con una ternura que llevaba dentro toda la emoción de aquella confesión, y se quedaron así, abrazados entre cajas de libros viejos, mientras el sol de mediodía entraba a raudales por los ventanales de El Ancla, iluminando aquel momento con una claridad que ninguno de los dos olvidaría fácilmente.

—¿Sabes qué vamos a hacer ahora? —dijo Rosa, separándose apenas un poco de él, con una sonrisa traviesa—. Vamos a terminar de ordenar estas estanterías, porque como sigamos así, Nala va a tener que venir a rescatarnos de entre las cajas.

—Qué manera tan poco romántica de terminar un momento así.

—La vida real está hecha de estos momentos poco románticos entre los grandes, Gustavo. Y a mí me gusta la vida real contigo, con estanterías desordenadas incluidas.

Gustavo sonrió, recogiendo del suelo un ejemplar polvoriento que había caído durante el abrazo, y siguieron trabajando el resto de la tarde, entre risas y confesiones pequeñas, construyendo sin prisa los cimientos de una vida compartida que ninguno de los dos habría imaginado posible apenas dos meses atrás.

Capítulo 11 — Rosa

Con el paso de los días, sin que ninguno de los dos lo planeara del todo, la vida de Rosa terminó entrelazándose con la de Gustavo en pequeños gestos cotidianos: un cepillo de dientes nuevo junto al suyo en el baño de la casa del faro, una repisa entera del armario cedida sin discusión, el hábito compartido de tomar manzanilla o chocolate, según el día, sentados en el porche mientras amanecía sobre la bahía.

Tomás empezó a dejar de sorprenderse al encontrar dos tazas en el fregadero de la barca, y Nala terminó por guardarle a Rosa una llave de repuesto de El Ancla que esta apenas usaba ya, prefiriendo con cada semana que pasaba el olor a sal y a leña de la casa del faro al polvo de libros de la librería de su abuela.

—Te estás mudando aquí sin darte cuenta —le dijo Gustavo una noche, encontrándola guardando su ropa de buceo en un cajón que él mismo había vaciado sin decir nada.

—¿Te molesta?

—Me molestaría lo contrario. —Se acercó por detrás y la rodeó con los brazos, apoyando la barbilla en su hombro—. Llevo toda la vida viviendo en esta casa como quien acampa en su propia vida, esperando a que algo terminara de romperse del todo. Contigo aquí, por primera vez, esto empieza a parecer un hogar de verdad.

Esa misma tarde, sentada en el porche con el portátil sobre las rodillas, Rosa decidió por fin llamar a su madre, algo que llevaba aplazando desde su llegada a Puerto Aliso.

—Vaya sorpresa —dijo Carmen al descolgar, con ese tono entre alegre y cauteloso que llevaba usando con Rosa desde que esta era adolescente—. Pensaba que te habías olvidado de que tienes madre.

—Estoy en Puerto Aliso. Llevo aquí más de un mes.

—Lo sé. Nala me escribe de vez en cuando, ya que tú no lo haces. —Un silencio breve, cargado de reproches antiguos que

ninguna de las dos tenía ganas de reabrir del todo—. ¿Y bien? ¿Qué te retiene tanto tiempo en ese pueblo diminuto?

Rosa se recostó en la silla del porche, con el teléfono apretado contra la oreja y la vista perdida en el mar que empezaba a teñirse de naranja con el atardecer.

—Un hombre. Un informe sobre la cala del Somorro. La abuela. Todo junto, supongo.

—Ah. —Carmen dejó escapar un suspiro que a Rosa le sonó extrañamente comprensivo—. Yo también estuve a punto de quedarme una vez, ¿sabes? Antes de que nacieras. Había un chico, un pescador, nada serio todavía, pero prometedor. Tu abuela me insistió para que le diera una oportunidad. Y yo, como siempre, elegí la ciudad, la carrera, el siguiente horizonte. Nunca supe si me equivoqué.

—¿Y te arrepientes?

—Me arrepiento de haber pasado media vida corriendo hacia algo sin averiguar nunca qué se sentía al quedarme quieta el tiempo suficiente para comprobar si merecía la pena. —La voz de Carmen se quebró un poco, algo insólito en una mujer que Rosa recordaba siempre entera, siempre en marcha—. No cometas mi mismo error, hija. Si has encontrado algo en ese pueblo que valga la pena, no dejes que el miedo a parecerte a mí te haga huir de ello.

Rosa colgó el teléfono con los ojos húmedos y una claridad nueva instalada en el pecho, comprendiendo por fin que el miedo que llevaba arrastrando no era solo suyo, sino una herencia heredada, y que estaba en su mano, por primera vez, decidir no transmitirla más allá de aquella tarde.

Aquella misma semana, avanzando ya con paso firme en la redacción del informe, Rosa se cruzó de nuevo con Coral, esta vez en la terraza del único bar con vistas al puerto, donde había ido a tomar un café con Nala.

—Vaya, la parejita feliz del pueblo. —Coral se acercó a su mesa con una sonrisa que no terminaba de convencer a Rosa—. ¿Puedo sentarme un momento?

Nala se tensó visiblemente, pero Rosa, decidida a no dejarse intimidar por rumores ajenos, le hizo un gesto para que se sentara.

—Claro.

—Solo quería decirte que me alegro por vosotros. —Coral se sirvió un vaso de agua de la jarra que había sobre la mesa, con una calma que a Rosa le pareció ensayada—. Gustavo es un buen hombre, aunque le cueste demostrarlo. Espero que sepas valorarlo.

—Lo hago.

—Bien. Porque no todo el mundo sabe hacerlo. —Los ojos de Coral se ensombrecieron un instante, antes de que la sonrisa cortés regresara a su rostro—. En fin, no quiero robaros más tiempo. Que disfrutéis del café.

Se marchó tan rápido como había llegado, dejando a Rosa con una sensación extraña, mezcla de alivio y desconfianza, que Nala no tardó en comentar en cuanto Coral estuvo lo bastante lejos.

—No te fíes de esa sonrisa, Rosa. Coral no ha superado lo de Gustavo tan bien como quiere aparentar.

—Parecía sincera.

—Puede que lo fuera, en el momento. Pero conozco a Coral desde niñas, y esa mujer guarda las cosas dentro hasta que un día explotan sin avisar. Ten cuidado.

Rosa asintió, guardándose aquella advertencia en algún rincón de la memoria, sin saber todavía cuánto pesaría en los días que estaban por venir.

—Cambiemos de tema, anda —dijo Nala, dándole un golpecito en la mano en cuanto Coral estuvo lo bastante lejos—. Cuéntame mejor cómo va el informe. ¿Para cuándo lo tienes?

—Me quedan un par de semanas de trabajo de campo, y luego el proceso de redacción formal. Calculo que para finales de septiembre podría tenerlo listo para presentar al ayuntamiento.

—¿Y después qué? ¿Vuelves a Lisboa?

La pregunta, formulada con la naturalidad de quien no pretende incomodar a nadie, cayó sobre Rosa con un peso que no esperaba.

—No lo sé, Nala. Sinceramente, no lo sé.

—Bueno, tienes tiempo de sobra para decidirlo. No hay ninguna prisa, ¿verdad?

—Ninguna prisa —repitió Rosa, aunque en el fondo sabía que aquella pregunta, tarde o temprano, tendría que responderla con algo más que evasivas, no solo ante Nala, sino ante sí misma y ante Gustavo.

Esa misma tarde, de vuelta en la casa del faro, Rosa se sentó a revisar los últimos apartados del informe, con Gustavo sentado frente a ella fingiendo leer un periódico atrasado mientras en realidad no apartaba los ojos de la concentración con la que ella tecleaba, mordiéndose el labio inferior cada vez que un dato no le encajaba del todo.

—¿Cómo va? —preguntó él, al cabo de un rato.

—Bien. Mejor que bien, la verdad. Los datos de la colonia de anémonas son sólidos, las mediciones de sedimento remueven cualquier duda de que las catas de Sarasola ya han empezado a dañar el ecosistema, y la documentación de la colonia de cormoranes le da un peso adicional al conjunto que no esperaba tener.

—Suena a que vas a ganar esta batalla.

—Ojalá fuera tan sencillo. Sarasola tiene abogados y dinero. Yo solo tengo datos y una convicción muy terca.

—A veces la convicción terca gana batallas que el dinero no puede comprar.

Rosa sonrió, dejando el portátil a un lado un momento para estirar la espalda entumecida de tantas horas sentada.

—¿Sabes qué es lo más curioso de todo esto? Cuando llegué a Puerto Aliso, estaba convencida de que este proyecto sería un simple trámite, una manera de cumplir con la última voluntad de mi abuela antes de volver a mi vida de verdad en Lisboa. Y ahora resulta que

esta cala, este pueblo, y tú, os habéis convertido en mi vida de verdad, sin que yo apenas me diera cuenta de cuándo ocurrió el cambio.

Gustavo dejó el periódico completamente de lado, cruzó la cocina en dos zancadas y la besó con una suavidad que contrastaba con la urgencia de sus manos, que la levantaron de la silla como si no pesara nada.

Al día siguiente, sábado de mercado en Puerto Aliso, Rosa y Gustavo caminaron juntos entre los puestos instalados en la plaza, comprando verduras frescas y pescado recién llegado de la lonja para preparar una cena que Gustavo había prometido cocinar él mismo, algo que rara vez hacía y que Rosa sospechaba que hacía especialmente por ella.

—¿Desde cuándo sabes cocinar algo más elaborado que rabas fritas? —preguntó Rosa, observándolo elegir con cuidado unos pimientos.

—Mi madre me enseñó lo básico antes de morir, cuando yo era muy pequeño. Luego mi padre intentó continuar la tradición, con resultados bastante desastrosos, para ser sincero. Pero algo se me quedó.

—No sabía que hablaras de tu madre. Solo mencionas siempre a tu padre.

—Murió cuando yo tenía cinco años. Apenas la recuerdo, la verdad, salvo algunas imágenes sueltas: su risa, el olor de su pelo, alguna canción que tarareaba mientras cocinaba. Mi padre nunca superó del todo su muerte, y creo que parte de la bebida tenía que ver también con eso, aunque él nunca lo reconoció abiertamente.

Rosa le apretó la mano con cariño, comprendiendo un poco mejor, con cada nueva confesión, la profundidad de las heridas que aquel hombre llevaba cargando desde niño, y la valentía silenciosa que suponía, para alguien con su historia, permitirse querer de nuevo sin condiciones.

Terminaron de hacer la compra y volvieron a la casa del faro, donde pasaron la tarde cocinando juntos entre risas y algún que otro

desastre culinario que ambos encontraron más divertido que frustrante, en una escena de domesticidad sencilla que, apenas dos meses atrás, ninguno de los dos habría imaginado posible.

Cenaron en el porche, viendo caer la noche sobre la bahía, con el plato de pescado que Gustavo había preparado resultando, contra todo pronóstico, sorprendentemente bueno.

—Tenías razón. Sabes cocinar más de lo que aparentas.

—Te dije que algo se me había quedado de mi madre.

Rosa le sonrió, y ambos se quedaron en silencio un buen rato, disfrutando de la brisa nocturna y del sonido constante del mar, sintiendo que aquella sencilla cena compartida representaba, de algún modo, todo lo que habían construido juntos desde que Rosa había bajado de aquel autobús hacía ya más de dos meses.

Capítulo 12 — Gustavo

Íñigo Sarasola no había vuelto a aparecer por el muelle desde su primer encuentro con Gustavo, pero su ausencia resultó ser engañosa: dos semanas después, se presentó directamente en El Ancla, mientras Rosa terminaba de redactar la última sección del informe, con una nueva propuesta que llevaba escondida bajo la sonrisa de catálogo de siempre.

—Doctora Aguilar. Había oído que es usted quien firma el informe sobre la cala del Somorro. —Sarasola le tendió una mano que ella no estrechó—. Mi empresa está dispuesta a financiar una beca de investigación completa, con su nombre, en la universidad que usted elija, a cambio de ciertos ajustes en las conclusiones del estudio. Nada que comprometa su ética, entiéndame. Solo matices.

—Los matices que usted busca costarían la vida de una colonia de anémonas que lleva siglos ahí. No hay beca que compre eso.

—Piénselo con calma. No todos los días se le ofrece a una investigadora la oportunidad de labrarse una carrera sin las estrecheces habituales del mundo académico.

—Ya tengo la carrera que quiero, señor Sarasola. Y no está en venta.

Sarasola se marchó con la misma sonrisa impertérrita con la que había llegado, y Rosa, furiosa, no tardó en contárselo a Gustavo esa misma noche, mientras cenaban en la cocina de la casa del faro.

—Ese hombre no se va a rendir fácilmente —dijo Gustavo, con la mandíbula tensa—. Cuanto más cerca estemos de terminar el informe, más presión va a ejercer.

—Lo sé. Pero no pienso ceder.

—Lo sé. Por eso te quiero, entre otras cosas.

Fue la primera vez que Gustavo pronunciaba esa palabra en voz alta, y el silencio que siguió, cargado de una emoción que ninguno de los dos supo nombrar del todo enseguida, se extendió el tiempo

suficiente como para que Rosa sintiera que el corazón se le aceleraba.

—¿Acabas de decir que me quieres?

—Eso parece.

—Gustavo Ibarra, no puedes soltar algo así como quien comenta el tiempo que hace.

—No sé decir las cosas de otra manera, Rosa. Nunca se me ha dado bien adornar lo que siento. Pero sí, te quiero. Llevo semanas queriéndote, si te soy sincero, y no sabía muy bien cómo ni cuándo decírtelo sin que sonara torpe.

Rosa cruzó la cocina y lo besó, con una sonrisa que no pudo contener contra sus labios.

—Yo también te quiero. Torpe y todo.

Aquella declaración, sin embargo, no bastó para disipar del todo la inquietud que Sarasola había dejado flotando en el ambiente, y los días siguientes trajeron consigo un nuevo motivo de preocupación: Coral empezó a aparecer con más frecuencia de la habitual en los lugares que Rosa solía frecuentar, siempre con una excusa razonable, siempre con esa sonrisa cortés que a Rosa cada vez le costaba más creer del todo.

—¿Has notado que Coral anda más pendiente de nosotros de lo normal? —le preguntó Rosa a Gustavo una tarde, mientras recogían las redes del día.

—Puede que sean imaginaciones tuyas.

—Puede ser. —Rosa no sonó del todo convencida—. Pero prefiero preguntarte a ti directamente antes que dejar que los rumores del pueblo me llenen la cabeza de dudas. ¿Hay algo que deba saber sobre vosotros dos que todavía no me hayas contado?

Gustavo se detuvo, con la red a medio recoger, y la miró con una honestidad que a Rosa le pareció, al mismo tiempo, tranquilizadora y ligeramente inquietante.

—Coral y yo terminamos hace dos años. Ella quería más compromiso del que yo estaba dispuesto a dar en aquel momento, y

yo, para ser sincero, la usé un poco como refugio contra la soledad sin llegar a quererla de la manera que ella merecía. No es una historia de la que me sienta orgulloso.

—¿Y ahora?

—Ahora te quiero a ti, Rosa. De una manera que nunca sentí por ella, ni por nadie más, para qué mentirte. Pero entiendo si el hecho de que ella siga por aquí te resulta incómodo.

—No es eso. Es solo que... —Rosa buscó las palabras adecuadas, sin encontrarlas del todo—. Es solo que empiezo a temer que, entre Sarasola presionándonos por un lado y Coral rondando por el otro, algo va a terminar por torcerse.

Gustavo la atrajo hacia sí, besándole la frente con una ternura que pretendía calmar aquella inquietud, aunque ni él mismo estaba del todo seguro de poder cumplir la promesa implícita en aquel gesto.

—Nada se va a torcer, Rosa. Te lo prometo.

Pero esa noche, mientras Rosa dormía ya a su lado, Gustavo se quedó despierto un buen rato, mirando al techo, con la sensación incómoda de que las palabras de Tomás semanas atrás —lo del dolor que sale solo, sin que nadie lo invite— podrían resultar, después de todo, más proféticas de lo que a él le habría gustado admitir.

Se levantó sin hacer ruido y salió al porche, donde el faro seguía girando fiel sobre la bahía oscurecida. Se quedó allí un buen rato, escuchando el rumor constante del mar, pensando en Sarasola, en Coral, en el informe que Rosa llevaba semanas construyendo con tanto esfuerzo, y en la fragilidad extraña de la felicidad, que parecía capaz de resquebrajarse con la misma facilidad con la que había llegado a instalarse en su vida.

—¿No puedes dormir? —La voz de Rosa, desde la puerta, lo sobresaltó ligeramente.

—Solo estaba pensando.

—¿En qué?

—En que llevo tanto tiempo esperando que algo bueno se rompa, que a veces no sé cómo comportarme cuando simplemente no lo hace.

Rosa se acercó, envuelta en una manta, y se sentó a su lado en el peldaño del porche, apoyando la cabeza en su hombro sin decir nada más, dejando que el silencio compartido hiciera el trabajo que ninguna palabra habría hecho mejor. Se quedaron así un buen rato, mirando el faro girar, hasta que el frío de la madrugada los empujó de vuelta adentro, ninguno de los dos del todo convencido de que la inquietud de aquella noche fuera a disiparse tan fácilmente como había llegado.

Sus temores no tardaron en confirmarse. Apenas tres días después, mientras Gustavo descargaba la pesca en el muelle, Coral se acercó con un semblante mucho más serio del que solía mostrar en sus encuentros casuales con Rosa.

—Necesito hablar contigo —dijo, sin preámbulos.

—Coral, no creo que sea buena idea.

—No te estoy pidiendo que vuelvas conmigo, Gustavo, si es eso lo que temes. —Su voz sonó cargada de un cansancio antiguo—. Solo necesito decirte algo, y luego te dejaré en paz.

Gustavo dejó las cajas a un lado, resignado a escuchar lo que fuera que Coral tuviera que decirle.

—Te vi con ella en la fiesta del Carmen. Y te he visto estas semanas, más feliz de lo que te he visto en los dos años que estuvimos juntos. —Coral cruzó los brazos, con la mirada fija en el horizonte—. Me alegro por ti, de verdad que sí. Pero también me duele, porque durante mucho tiempo pensé que el problema era mío, que no sabía quererte de la manera correcta, y ahora veo que simplemente no era yo la persona indicada.

—Coral...

—Déjame terminar. —Ella levantó una mano, pidiendo paciencia —. Solo quiero que sepas que, si alguna vez la cosa con Rosa se complica, y espero de corazón que no sea así, no va a ser porque yo

haya hecho nada para provocarlo. Ya sufrí bastante siendo la que se quedó esperando. No pienso convertirme también en la que hace daño a la que viene después.

Gustavo se quedó sin palabras un instante, conmovido por una honestidad que no esperaba de aquel encuentro.

—Gracias, Coral. De verdad.

—No me las des todavía. Solo prométeme que esta vez lo harás bien. Que no la dejarás dudar de lo que sientes, como me dejaste dudar a mí durante dos años enteros.

—Te lo prometo.

Coral asintió, y se marchó con la misma dignidad silenciosa que Gustavo recordaba de la ruptura entre ambos, dejándolo con una mezcla de alivio y una inquietud renovada, porque si Coral, después de tanto dolor acumulado, se mostraba capaz de tanta generosidad, la sombra de Sarasola y sus intenciones seguía pareciéndole, en comparación, una amenaza mucho más difícil de desarmar con buenas palabras.

Aquella misma tarde, Rosa recibió una citación formal del ayuntamiento: el pleno municipal había programado una sesión informativa sobre el proyecto hotelero de Costa Cantábrica Desarrollos, y solicitaban su presencia como autora del informe medioambiental en curso.

—Esto va en serio —dijo Rosa, mostrándole la carta a Gustavo esa noche—. Van a presentar el proyecto oficialmente ante el pleno la semana que viene.

—Entonces tenemos una semana para terminar de blindar el informe.

—Una semana no es mucho tiempo, Gustavo.

—Es el tiempo que tenemos. Y conociéndote, sé que va a ser suficiente.

Rosa sonrió, agradecida por aquella confianza, aunque no pudo evitar sentir el peso de la responsabilidad que se le venía encima: no solo se trataba ya de completar un trabajo académico, sino de

defender, ante todo un pueblo reunido, el futuro de una cala que se había convertido en algo mucho más personal que cualquier proyecto de investigación que hubiera afrontado antes.

—¿Y si no es suficiente? —preguntó, con una vulnerabilidad poco habitual en ella—. ¿Y si Sarasola gana esta batalla a pesar de todos nuestros esfuerzos?

Gustavo la abrazó, besándole la coronilla con una ternura que pretendía transmitir una seguridad que ni él mismo sentía del todo.

—Entonces habremos perdido una batalla, no la guerra entera. Y seguiremos aquí, juntos, buscando la siguiente manera de proteger lo que nos importa. Pase lo que pase la semana que viene, Rosa, esto que tenemos no depende de ningún informe ni de ningún pleno municipal.

Rosa se aferró a aquellas palabras con la misma determinación con la que se aferraba a cada dato de su informe, presintiendo, sin saberlo todavía con certeza, que los días siguientes pondrían a prueba no solo su trabajo, sino también la solidez de todo lo que habían construido juntos en apenas dos meses.

Esa noche, tumbados ya en la cama, con la ventana entreabierta dejando entrar el rumor constante del mar, Gustavo la abrazó con fuerza, como si con aquel gesto pudiera protegerla de cualquier cosa que estuviera por venir.

—Pase lo que pase en esa reunión del pleno, Rosa, quiero que sepas algo.

—¿Qué?

—Que esto que hemos construido tú y yo no depende de ningún hotel, ni de ningún promotor con carpeta y sonrisa falsa. Depende solo de nosotros dos, y de las ganas que tengamos de seguir eligiéndonos cada día.

—Me gusta cómo suena eso.

—A mí también. Ahora duerme, que mañana hay que madrugar como siempre, con reunión de pleno o sin ella.

Rosa se acurrucó contra su pecho, y se durmió esa noche con la certeza tranquila de que, fuera cual fuese el resultado de la batalla que se avecinaba contra Sarasola, había encontrado en aquel pescador arisco algo mucho más valioso que cualquier victoria profesional: un hogar, por fin, después de tantos años buscándolo sin saberlo en los sitios equivocados.

Capítulo 13 — Rosa

Septiembre llegó a Puerto Aliso con una luz distinta, más oblicua, más dorada, como si el propio pueblo se preparara para el cambio de estación despidiendo el verano con una última exhibición de color antes de que las lluvias del otoño reclamaran su territorio habitual. Rosa llevaba semanas enteras dedicada casi por completo a la redacción del informe, encerrada muchas tardes en la trastienda de El Ancla con el ordenador, los cuadernos de su abuela y una pila cada vez más alta de artículos científicos que Ferraz le enviaba por correo con la insistencia de quien no ha renunciado del todo a recuperar a su mejor investigadora.

Gustavo la ayudaba como podía, cargando cajas de material, revisando con ella los datos de campo por las tardes, incluso aprendiendo, a fuerza de escucharla explicar sus hallazgos una y otra vez, algunos términos técnicos que meses atrás le habrían sonado a otro idioma.

—Esta frase no se entiende —le dijo una noche, señalando un párrafo del borrador con el dedo manchado de grasa de motor—. Escribes como si quisieras que solo otros biólogos pudieran leerte.

—Es un informe científico, Gustavo, no una novela.

—Ya, pero hasta un informe científico necesita que la gente normal entienda por qué debería importarle. Si ni el alcalde ni Sarasola consiguen entender qué es lo que está en juego, de poco va a servir toda esta precisión que tanto te enorgullece.

Rosa se quedó pensativa, releyendo el párrafo con nuevos ojos, y terminó por reescribirlo siguiendo el consejo de Gustavo, sorprendida de lo mucho que había mejorado con apenas unos ajustes de lenguaje. Fue un buen momento entre los dos, de esos que Rosa había empezado a atesorar sin darse cuenta: la complicidad tranquila de construir algo juntos, aunque fuera algo tan poco romántico como un informe técnico sobre sedimentos marinos.

—¿Sabes? —dijo Gustavo, esa misma noche, mientras Rosa guardaba el portátil ya satisfecha con los avances—. Nunca pensé que terminaría aprendiendo sobre pH del agua y concentraciones de nitrato por voluntad propia.

—¿Te aburre?

—Al contrario. Me sorprende lo mucho que me importa, ahora que entiendo por qué es importante. Antes solo veía una cala bonita donde mi padre me enseñó a pescar. Ahora veo todo un ecosistema que depende de que gente como tú se moleste en documentarlo bien.

—Eso es lo más bonito que me has dicho en semanas, Gustavo Ibarra.

—No te acostumbres. Mañana seguramente vuelva a ser el capitán gruñón de siempre.

Rosa se rió, y aquella noche se durmieron abrazados, ajenos todavía a la tormenta que la conversación con Coral, apenas unos días después, estaba a punto de desatar entre ellos.

Pero aquella tranquilidad se vio interrumpida esa misma semana por un correo de la doctora Ferraz que Rosa leyó con el estómago encogido.

—Rosa, el departamento tiene una plaza de investigadora principal que se libera en enero —le había escrito Ferraz—. Es tuya si la quieres, pero necesito saber, con sinceridad, si vas a volver a presentarte a ella o si debo empezar a buscar en otro sitio.

Rosa había leído aquel correo tres veces antes de decidir no responder todavía, incapaz de encontrar las palabras que reconciliaran la ambición profesional que llevaba media vida cultivando con la vida nueva, inesperada y absolutamente distinta a cualquier plan que hubiera trazado antes, que se le había ido construyendo alrededor sin que ella lo buscara del todo.

Terminó por llamar a Ferraz esa misma tarde, más por necesidad de ordenar sus propios pensamientos en voz alta que por tener ya una respuesta clara.

—Rosa, qué alegría. Empezaba a pensar que ibas a ignorar mi correo para siempre.

—Lo siento, doctora. Necesitaba pensarlo bien.

—¿Y ya lo has pensado?

—No del todo. Pero quiero preguntarle algo: si acepto la plaza, ¿podría seguir haciendo trabajo de campo fuera de Lisboa? ¿Colaboraciones con otras universidades, estancias prolongadas en otras zonas costeras?

Ferraz se quedó en silencio un momento, sopesando la pregunta.

—Podría negociarse, sí, aunque el puesto exige presencia regular en el departamento. No sería lo mismo que la libertad que tienes ahora como investigadora de campo independiente.

—Ya me lo imaginaba.

—Rosa, sea lo que sea lo que estés decidiendo allí, solo te pido que lo pienses con la cabeza tanto como con el corazón. Eres una investigadora brillante, y sería una lástima que esa parte de ti quedara enterrada bajo... —Ferraz hizo una pausa deliberada—. Bajo lo que sea que tengas ahí en ese pueblo.

—No va a quedar enterrada, doctora. Solo va a tomar una forma distinta a la que usted tenía planeada para mí.

Colgó el teléfono con una sensación extraña de haber avanzado, aunque fuera un paso pequeño, hacia una claridad que todavía tardaría días en terminar de encontrar del todo.

Fue precisamente en medio de esa indecisión cuando Coral volvió a aparecer, esta vez sin la ligereza cortés de sus encuentros anteriores. Rosa la encontró sentada sola en la terraza del bar del puerto, con un gin-tonic delante y una expresión que, por primera vez, no se molestaba en disimular cierta dureza.

—Siéntate un momento —dijo Coral, sin preámbulos, señalando la silla frente a ella—. Tenemos que hablar, y prefiero hacerlo de mujer a mujer, sin rodeos.

Rosa dudó un instante, pero terminó por sentarse, más por curiosidad que por verdaderas ganas de conversación.

—Estuvimos juntos casi dos años, Gustavo y yo —empezó Coral, sin que Rosa hubiera preguntado nada todavía—. Yo lo quería, a mi manera. Pero Gustavo siempre tenía un pie fuera de la relación, como si estuviera esperando el momento exacto en que yo también decidiera que Puerto Aliso no era suficiente para mí. Nunca se lo reproché, entiéndeme, jamás le puse un ultimátum. Pero un día simplemente dejó de intentarlo, y yo me cansé de querer por los dos.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Porque quiero que entiendas con qué tipo de hombre te has metido. —Coral se inclinó hacia adelante, y por un instante, la sonrisa se le quebró en algo más parecido al cansancio—. Gustavo se enamora como se ahoga alguien que no sabe nadar: agarrándose a lo primero que flota. Yo fui ese flotador durante un tiempo. Ahora eres tú. Cuando el proyecto se acabe y tengas que volver a tu vida de verdad, ¿qué crees que va a pasar con él?

Rosa sintió que el estómago se le encogía, no porque creyera del todo las palabras de Coral, sino porque tocaban un miedo que ella misma llevaba semanas evitando mirar de frente.

—Eso no es asunto tuyo.

—Puede que no. Pero he visto a ese hombre reconstruirse piedra a piedra durante dos años, y no pienso quedarme callada mientras alguien más lo deja a medio terminar.

—¿Y si te equivocas? ¿Y si esta vez es distinto?

—Ojalá lo sea, de verdad. —La voz de Coral se suavizó apenas, aunque la advertencia siguió intacta—. Pero he visto suficiente en esta vida para saber que la gente rara vez cambia sus patrones de golpe, por mucho amor que sienta. Solo te pido que pienses bien qué vas a hacer cuando llegue el momento de decidir entre tu carrera y este pueblo diminuto, porque esa decisión no solo te va a afectar a ti.

—¿Tú lo dejaste todo por él, en su momento?

Coral se quedó callada un instante, sorprendida por la pregunta directa.

—Estuve a punto. Tenía una oferta de trabajo en Barcelona que rechacé por él, y jamás me lo agradeció lo suficiente, para ser sincera. Puede que por eso te hable con tanta amargura, aunque intente disimularlo. No quiero que cometas el mismo error que yo, fuera cual fuera exactamente ese error.

—Gracias por la sinceridad, aunque no comparta del todo tu conclusión.

—No espero que la compartas. Solo espero que la pienses.

Coral se levantó, dejó unas monedas sobre la mesa y se marchó sin esperar respuesta, dejando a Rosa con el pulso acelerado y una discusión que llevaba semanas posponiendo instalada de golpe en el centro del pecho.

Aquella tarde, en lugar de volver directamente a El Ancla, Rosa caminó hasta el acantilado donde tantas veces había ido de adolescente a pensar, y se sentó allí un buen rato, con la vista perdida en el horizonte, dándole vueltas a las palabras de Coral, a la propuesta de Ferraz, a la promesa que se había hecho a sí misma tras la llamada con su madre de no dejar que el miedo decidiera por ella antes de tiempo.

Pero el miedo, descubrió esa tarde, no siempre llega anunciado con la cara de la persona a quien se supone que hay que temer. A veces llega disfrazado de advertencia razonable, de preocupación genuina, de una mujer que quizás no mentía del todo al decir que solo intentaba protegerla.

Cuando por fin volvió a El Ancla, ya de noche, encontró a Nala esperándola con la cena preparada y una expresión preocupada en cuanto vio la cara de Rosa.

—¿Qué ha pasado?

—Me he cruzado con Coral.

El rostro de Nala se ensombreció al instante.

—¿Qué te ha dicho?

Rosa le contó la conversación completa, palabra por palabra, mientras Nala escuchaba con los labios apretados y una furia creciente que apenas conseguía disimular.

—Esa mujer no tiene ningún derecho a meterte esas ideas en la cabeza.

—Puede que tenga razón, Nala. Puede que Gustavo se esté agarrando a mí de la misma manera que se agarró a ella.

—O puede que Coral esté proyectando su propio dolor sobre una situación que no tiene nada que ver con ella. —Nala le apretó la mano por encima de la mesa—. Rosa, tú conoces a Gustavo mejor que Coral a estas alturas. ¿De verdad crees que te quiere solo porque necesita agarrarse a algo?

Rosa no supo responder enseguida, y aquella noche, tumbada en la cama de la casa del faro con Gustavo dormido a su lado, se quedó mirando el techo durante horas, incapaz de acallar del todo la voz de Coral resonando en su cabeza, preguntándose si el amor que sentía por aquel hombre era, en el fondo, tan sólido como había querido creer, o si no sería más que la versión de ambos de la misma huida hacia adelante que llevaba describiendo su vida entera.

Se giró hacia él, observando su respiración pausada, la línea relajada de su mandíbula en el sueño, tan distinta de la tensión que solía llevar durante el día, y por un instante sintió el impulso de despertarlo, de contarle todo lo que Coral le había dicho, de pedirle que la convenciera de que se equivocaba. Pero se contuvo, temiendo que decirlo en voz alta, en mitad de la noche, no hiciera sino darle a aquel miedo un peso que todavía no merecía tener.

Al día siguiente, decidida a distraerse de aquellos pensamientos, Rosa se refugió en el trabajo, revisando una y otra vez cada gráfico, cada tabla, cada conclusión del informe, como si la precisión científica pudiera, de algún modo, ordenar también el caos que sentía por dentro.

De camino al muelle esa mañana, se cruzó con Ubaldo, que remendaba redes en su banco de siempre con la parsimonia

habitual.

—Muchacha, tienes cara de mal dormir.

—Será el trabajo, Ubaldo. El informe me tiene agotada.

—Ya. El trabajo. —El viejo la miró por encima de las gafas, con esa perspicacia que solo dan los años—. Mira, no es asunto mío, pero llevo viendo parejas ir y venir en este pueblo desde antes de que nacieras, y sé reconocer cuándo dos personas están pasando por un bache y cuándo están terminando de verdad. Vosotros dos tenéis pinta de bache, no de final. No lo compliquéis más de lo necesario.

—¿Tan evidente es?

—En un pueblo de este tamaño, muchacha, hasta las gaviotas se enteran de estas cosas.

Rosa se despidió de Ubaldo con una sonrisa triste, y siguió camino al muelle, donde encontró a Gustavo revisando unas boyas con una concentración que a ella le pareció, más que auténtico interés técnico, una excusa para no tener que mirarla a los ojos.

—Buenos días —dijo ella, con cierta cautela.

—Buenos días.

Trabajaron juntos toda la mañana con una cortesía extraña, cuidando cada palabra, evitando cualquier tema que pudiera desembocar de nuevo en la tensión de los últimos días, y aquella cautela artificial resultó, de algún modo, más dolorosa para ambos que la propia discusión pendiente que ninguno se atrevía todavía a iniciar del todo.

De camino de vuelta al puerto, notando su ensimismamiento, Gustavo la dejó trabajar en silencio durante horas, aunque cada vez que pasaba a su lado le dejaba una taza de manzanilla recién hecha o le apretaba el hombro con un gesto breve, como recordándole que seguía allí, esperando pacientemente a que ella encontrara el momento de hablar.

Pero Rosa no encontró ese momento aquella tarde, ni tampoco al día siguiente, dejando que las palabras de Coral fueran creciendo

dentro de ella como una grieta silenciosa que ninguno de los dos, todavía, sabía cómo nombrar en voz alta.

Capítulo 14 — Gustavo

Gustavo notó el cambio antes de que Rosa dijera una sola palabra al respecto. Llevaban semanas compartiendo cada silencio con la naturalidad de quien ya no necesita llenar el aire con conversación, pero el silencio de aquella semana era distinto: más pesado, más cargado de algo que ella no terminaba de nombrar y que él tampoco se atrevía a preguntar directamente.

—¿Todo bien? —le preguntó una mañana, mientras desayunaban en el porche con el faro ya apagado tras la salida del sol.

—Todo bien —respondió Rosa, sin mucha convicción, con la mirada fija en su taza de manzanilla.

Gustavo no insistió, aunque la respuesta no lo convenció en absoluto. Aquella misma tarde, mientras faenaban en la cala, Tomás fue quien puso voz al malestar que ambos llevaban días evitando.

—Capitán, ¿tú notas algo raro entre la doctora y tú, o soy solo yo?

—Lo noto.

—¿Y no piensas preguntarle qué pasa?

—Lo he intentado. Dice que todo está bien.

—Ya. Las mujeres dicen eso cuando quieren decir exactamente lo contrario. Llevo veinte años soltero por no aprender esa lección a tiempo, capitán, no cometas mi mismo error.

—¿Y qué se supone que debo hacer? ¿Interrogarla hasta que confiese qué le pasa?

—No, listo. Se supone que debes preguntarle con cariño, escuchar de verdad la respuesta, y no ponerte a la defensiva en cuanto oigas algo que no te guste. —Tomás le dio una palmada en la espalda—. Es más fácil decirlo que hacerlo, lo sé. Pero llevas semanas siendo mejor persona gracias a esa mujer. No lo eches todo a perder por orgullo.

De camino de vuelta al puerto, se cruzaron con Deolinda, que cargaba su cesta de la compra de siempre y no tardó en notar el silencio tenso que Gustavo llevaba encima como una losa.

—Vaya cara traes hoy, hijo. ¿Ha pasado algo?

—Todo bien, Deolinda.

—Ya, ya. Todo bien. —La mujer no pareció convencida en absoluto, aunque decidió no insistir, aunque no sin antes soltar, camino de su casa, un comentario que se le quedó grabado a Gustavo el resto del día—: Las tormentas más fuertes son las que anuncian el cielo más despejado después, hijo. No lo olvides.

Gustavo se quedó mirando cómo la mujer se alejaba calle arriba, preguntándose si toda Puerto Aliso tenía algún tipo de sabiduría innata sobre asuntos del corazón que a él, después de treinta y cuatro años, todavía se le seguía escapando por completo.

Gustavo se quedó pensativo el resto de la jornada, y esa noche, decidido a no dejar que la distancia siguiera creciendo sin abordarla, esperó a que Rosa terminara de trabajar en el informe para sentarse a su lado en el pequeño escritorio que habían improvisado en la esquina del salón.

—Rosa. Llevas días distinta. ¿Qué pasa?

Ella cerró el portátil despacio, como ganando tiempo antes de responder.

—Coral me abordó ayer. Me dijo cosas sobre ti, sobre cómo eras con ella, sobre cómo... —Rosa dudó, buscando las palabras adecuadas—. Sobre cómo te agarras a las personas cuando tienes miedo de estar solo.

Gustavo sintió que algo se le tensaba en el pecho, una mezcla de rabia hacia Coral y una inseguridad antigua que creía haber dejado atrás semanas atrás.

—¿Y le has creído?

—No lo sé, Gustavo. Por eso estoy así.

—¿Qué más te dijo?

—Que cuando el proyecto se acabe, cuando tenga que decidir entre mi carrera y este pueblo, vas a hundirte otra vez, como te hundiste cuando ella se fue.

Gustavo se levantó de golpe, con una rabia que le costó controlar.

—Coral no tiene ni idea de lo que necesito.

—¿Ah, no? Porque lleva razón en una cosa: no sé cuánto tiempo más me queda aquí. Ferraz me ha ofrecido una plaza de investigadora principal para enero. El informe está casi listo. En cuanto lo presente, tendré que decidir qué hago con mi vida, y esa decisión no puede depender de si tú te hundes o no sin mí.

—¿Y ya estás pensando en aceptarla?

—Estoy pensando en todo, Gustavo, porque es mi vida la que está en juego, no solo la tuya.

—Nunca te he pedido que te quedes por mí.

—No hace falta que lo pidas. Se te nota en la cara cada vez que hablamos del futuro y cambias de tema.

Se quedaron mirándose en el silencio pesado de la cocina, y Gustavo sintió, por primera vez en semanas, que el suelo bajo sus pies dejaba de ser tan sólido como había empezado a creer.

—¿Una plaza en la universidad? —preguntó, con la voz más ronca de lo que pretendía—. ¿Cuándo pensabas contármelo?

—Te lo estoy contando ahora.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé, Gustavo. Por eso necesito que confíes en mí lo suficiente para dejarme pensarlo sin sentir que cada duda mía es una traición a lo que tenemos.

Gustavo no respondió enseguida, luchando contra el impulso de exigirle una respuesta inmediata, una promesa que la atara a Puerto Aliso de una vez por todas, consciente de que aquella misma exigencia sería precisamente la prueba de que Coral, después de todo, no se equivocaba tanto como él quería creer.

—Necesito que sepas que no te estoy usando como refugio, Rosa. Lo que siento por ti no tiene nada que ver con el miedo a la soledad.

—Ojalá pudiera estar tan segura de eso como tú.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que llevo semanas viéndote más tranquilo, más feliz, más tú mismo de lo que Nala dice que te ha visto en años. Y una parte de mí se pregunta si esa transformación depende de que yo siga aquí, y qué pasaría contigo si un día decido que necesito irme, aunque sea solo temporalmente, por trabajo o por lo que sea.

—Entonces aprenderé a sostenerme yo solo mientras tanto, como hacía antes de conocerte. No pretendo que renuncies a nada por miedo a que yo me hunda, Rosa. Eso sería quererte mal, y prefiero quererte bien, aunque todavía esté aprendiendo cómo se hace exactamente.

Aquella respuesta, sincera y vulnerable a partes iguales, ablandó algo en el pecho de Rosa, aunque no lo suficiente todavía como para disipar del todo la inquietud sembrada por Coral.

Aquella noche durmieron dándose la espalda por primera vez desde que compartían cama, y Gustavo se quedó despierto largo rato, escuchando la respiración de Rosa, preguntándose si las semanas de felicidad que acababan de vivir no habrían sido, después de todo, el preludio de algo que ya empezaba a resquebrajarse sin remedio.

Se levantó antes del amanecer, como siempre, pero en lugar de bajar directamente al muelle, se quedó un rato en el porche, observando el faro girar sobre su cabeza, pensando en su padre, en Elena, en todas las veces que la vida le había enseñado que aferrarse a algo bueno solo servía para hacer más doloroso el momento en que, inevitablemente, se lo arrebataban. Se preguntó si no estaría, sin darse cuenta, empujando a Rosa hacia la misma salida por la que se habían marchado todos los demás, simplemente por no saber hacer las cosas de otra manera.

—Buenos días —dijo Rosa, apareciendo también en el porche, con una taza de manzanilla en las manos y una expresión cautelosa que a Gustavo le dolió ver en un rostro que hasta hacía pocos días solo le había mostrado calidez.

—Buenos días.

Se quedaron un rato en silencio, contemplando el amanecer sobre la bahía, sin saber ninguno de los dos cómo tender el primer puente sobre la distancia que se había abierto entre ellos.

Esa misma noche, Nala y Tomás organizaron, sin que ninguno de los dos lo hubiera pedido, una cena conjunta en la panadería, con la excusa poco convincente de probar una nueva receta de empanada que Nala llevaba semanas perfeccionando. Rosa y Gustavo se sentaron uno frente al otro, educados pero distantes, mientras Tomás y Nala intercambiaban miradas cómplices que no dejaban lugar a dudas sobre sus verdaderas intenciones.

—Bueno, ¿y cuándo pensáis arreglar esto que tenéis entre manos? —preguntó Nala al fin, harta de tanto silencio incómodo—. Porque hasta la empanada se ha dado cuenta de que hay tensión en esta mesa, y eso que es solo masa y bonito.

—Nala, no es asunto tuyo —protestó Rosa, aunque sin verdadera convicción.

—Es asunto mío desde el momento en que tengo que veros comer en silencio como dos desconocidos en lugar de la parejita empalagosa que erais hace una semana. Arregladlo, por favor, que dan pena.

Gustavo y Rosa intercambiaron una mirada breve, la primera de verdadera complicidad en días, y ambos esbozaron una sonrisa involuntaria ante la franqueza sin filtros de Nala.

—Lo estamos intentando —dijo Gustavo, con una honestidad que sorprendió a los presentes—. Solo necesitamos un poco más de tiempo.

—Pues no tardéis mucho, que el tiempo, en mi experiencia, rara vez arregla las cosas por sí solo. Casi siempre hace falta también

hablar.

Aquel silencio, distinto a todos los cómplices que habían compartido hasta entonces, fue el que finalmente empujó a Gustavo a hablar esa misma tarde, aunque las palabras que encontró no fueran, ni de lejos, las más acertadas.

Capítulo 15 — Rosa

Los días siguientes transcurrieron con una tensión sostenida que ninguno de los dos sabía bien cómo romper. Rosa se refugió en el trabajo del informe con una dedicación casi obsesiva, como si terminar cuanto antes aquel proyecto pudiera, de algún modo, resolver también la confusión que llevaba días instalada en su pecho. Gustavo, por su parte, se volvió más callado de lo habitual, más brusco en sus respuestas, como si hubiera vuelto a levantar, sin darse cuenta del todo, las mismas defensas que Rosa creía haber conseguido derribar semanas atrás.

—Esto no puede seguir así —dijo Rosa, una tarde, encontrando por fin el valor de sacar el tema directamente, sentados los dos en la cocina de El Ancla, donde había ido a recoger unos documentos—. Llevamos días sin apenas hablarnos.

—Estoy aquí, hablando contigo ahora mismo.

—No es lo mismo, Gustavo, y lo sabes.

Él se pasó una mano por el pelo, con un gesto de frustración que Rosa reconoció como genuino.

—No sé qué quieres que haga, Rosa. Me dices que Ferraz te ha ofrecido la plaza de tus sueños, que no sabes cuánto tiempo más te queda aquí, y esperas que yo actúe como si eso no me afectara.

—No espero que no te afecte. Espero que confíes en que voy a tomar la decisión correcta, sea cual sea, sin necesidad de presionarme.

—¿Cómo quieres que no te presione, Rosa, cuando cada día que pasa siento que te acercas un poco más a la puerta de salida?

—Eso no es justo. Llevo semanas construyendo una vida aquí, contigo, con este pueblo. No puedes reducir todo eso a una puerta de salida solo porque tengo dudas normales sobre mi futuro profesional.

—¿Y cuál sería la decisión correcta, según tú?

—No lo sé, Rosa. Por eso te pregunto.

—¡No lo sé! ¡Por eso necesito tiempo, Gustavo, y tú me lo estás poniendo todavía más difícil con esa cara de reproche permanente!

—Puede que no sea justo —replicó él, alzando también la voz—. Pero tampoco es justo que me culpes por tener miedo cuando tú ni siquiera sabes decirme si te vas a quedar.

—¿Y qué quieres que te diga, Gustavo? ¿Que me quedo aquí para siempre porque tú tienes miedo de que me vaya? Eso no es una decisión, es una condena disfrazada de amor.

—No te estoy condenando a nada. Solo te estoy pidiendo sinceridad, algo que llevas semanas esquivando como si fuera un anzuelo.

—¿Sinceridad? Llevo semanas siendo más sincera contigo de lo que he sido con nadie en mi vida, Gustavo. Te he contado lo de mi madre, lo de mis miedos, lo de todo lo que llevo arrastrando desde hace años. ¿Y tú me lo agradeces acusándome de esquivar preguntas?

—No te acuso de nada. Solo digo que necesito saber en qué terreno estoy pisando.

—¡Pues yo también necesito saberlo, y no lo sé, y eso no me convierte en mentirosa, me convierte en humana!

—¡Porque no lo sé, Gustavo! ¡No lo sé, y me aterra no saberlo, y me aterra todavía más que tú necesites una respuesta que ni yo misma tengo!

Su voz resonó entre los estantes de libros con una fuerza que sorprendió a ambos, y por un instante, ninguno supo qué decir a continuación, atrapados los dos en un silencio tan cargado que casi dolía respirar dentro de él.

—Quizás Coral tiene razón en algo más —dijo Gustavo por fin, con una voz que sonó rota de un modo que a Rosa se le clavó en el pecho—. Quizás sí me estoy agarrando a ti como quien se ahoga. Pero eso no lo convierte en mentira lo que siento. Solo significa que tengo miedo, Rosa. Miedo de que en cuanto tengas la excusa

perfecta, hagas lo mismo que hizo Elena. Lo mismo que hiciste tú misma hace seis años, cuando decidiste que este pueblo no bastaba.

Las palabras le dolieron más de lo que Rosa esperaba, precisamente porque llevaban dentro una verdad que ella no había querido nombrar.

—Eso no es justo.

—Puede que no. Pero tampoco es justo que me culpes por tener miedo cuando tú ni siquiera sabes decirme si te vas a quedar.

—Ya lo has dicho antes.

—Porque necesito que entiendas que no es un capricho, Rosa. Es real.

—Lo sé. Y precisamente por eso me duele tanto que no confíes en mí lo suficiente para dejarme pensar sin sentir que cada silencio mío es una traición.

Se quedaron mirándose, agotados los dos por la discusión, sin encontrar ya las palabras que pudieran tender un puente sobre la distancia que se había abierto entre ambos en cuestión de minutos.

—Necesito estar sola un rato —dijo Rosa finalmente, con la voz quebrada.

Gustavo cogió su chaqueta del respaldo de la silla con un gesto brusco y se marchó sin decir nada más, dejando a Rosa sola en la librería, rodeada del olor a papel viejo y sal, con el corazón latiéndole tan fuerte que le dolían las costillas.

Se quedó allí un buen rato, sentada entre los estantes de su abuela, escuchando el eco de sus propias palabras todavía resonando en el aire, preguntándose cómo una conversación que había empezado con la intención de acercarlos había terminado por abrir una grieta que ninguno de los dos parecía saber cómo cerrar. Pensó en llamarlo, en salir corriendo tras él, pero el orgullo, tan terco como el de Gustavo, la mantuvo clavada en aquella silla hasta que el sol terminó de ponerse sobre la bahía.

Esa noche no durmió. Se sentó en el suelo del cuarto de su abuela, rodeada de cuadernos de investigación y fotografías

amarillentas, y por primera vez desde que había llegado, se permitió llorar de verdad: por Amparo, por Gustavo, por la vida a medio construir en Lisboa que ya no sabía si quería terminar, y por el miedo, tan parecido al de Gustavo, de agarrarse a algo tan intenso y perderlo de todas formas.

En algún momento de la madrugada, agotada de llorar, se quedó dormida sobre el suelo, rodeada de papeles, y soñó con su abuela, joven todavía, sentada tras el mostrador de El Ancla sirviendo chocolate caliente a un Emilio Sotolongo que sonreía con la misma mirada seria de la fotografía en blanco y negro, y con Gustavo, presente también en el sueño de una manera confusa, mezclado con los pescadores que Amparo atendía cada amanecer, como si todas las historias de amor de aquel pueblo estuvieran, en el fondo, hechas de la misma sustancia.

Al día siguiente, agotada y con los ojos hinchados, encontró a Íñigo Sarasola esperándola a la puerta de El Ancla con su carpeta de siempre y una sonrisa comercial que a Rosa le revolvió el estómago todavía más de lo habitual.

—Doctora Aguilar. Espero no llegar en mal momento.

—Llega usted siempre en mal momento, señor Sarasola. Dígame qué quiere y terminemos con esto cuanto antes.

—Mi empresa está dispuesta a financiar una beca de investigación completa, con su nombre, en la universidad que usted elija, a cambio de ciertos ajustes en las conclusiones del estudio. Nada que comprometa su ética, entiéndame. Solo matices.

—Los matices que usted busca costarían la vida de una colonia de anémonas que lleva siglos ahí. No hay beca que compre eso.

—Piénselo con calma. No todos los días se le ofrece a una investigadora la oportunidad de labrarse una carrera sin las estrecheces habituales del mundo académico.

—Ya tengo la carrera que quiero, señor Sarasola. Y no está en venta.

Rosa cerró la puerta de la librería con más fuerza de la necesaria, y se quedó apoyada contra la madera, pensando en lo fácil que habría sido para su propia madre, una mujer que había cambiado tres veces de ciudad y dos de carrera profesional persiguiendo siempre una vida mejor que nunca llegaba a alcanzar del todo, aceptar una oferta así sin pestañear. Rosa había crecido viendo esa inquietud, ese descontento crónico, y una parte de ella llevaba media vida aterrada de haber heredado el mismo defecto: la incapacidad de quedarse quieta el tiempo suficiente para que algo bueno echara raíces.

Se quedó un rato más apoyada contra la puerta, respirando hondo, tratando de calmar el pulso acelerado que la visita de Sarasola siempre le dejaba, hasta que Nala, alertada por el ruido de la puerta al cerrarse con tanta fuerza, bajó desde la trastienda con expresión preocupada.

—¿Otra vez ese hombre?

—Otra vez. Cada vez insiste más, Nala. Y con Gustavo sin hablarme, empiezo a sentir que libro esta batalla completamente sola.

—No estás sola, Rosa. Me tienes a mí, y a Tomás, y a media Puerto Aliso deseando que ese hotel jamás se construya. Gustavo va a entrar en razón, dale tiempo.

—Eso espero.

Quizás por eso las palabras de Gustavo le habían dolido tanto. Quizás, pensó esa noche, tumbada a oscuras, temía marcharse de Puerto Aliso no porque Lisboa la llamara con más fuerza, sino porque una parte antigua de ella todavía no confiaba en su propia capacidad de quedarse en ningún sitio, con nadie, el tiempo suficiente para que mereciera la pena.

Capítulo 16 — Gustavo

Gustavo pasó tres días evitando el pantalán donde sabía que Rosa solía sentarse a esperar la marea baja, y tres noches sin poder dormir, dándole vueltas a cada palabra que le había lanzado como piedras en la librería de Amparo. Volvía a comer solo en la casa del faro, calentando restos de guisos que ya no le sabían igual sin la compañía de Rosa al otro lado de la mesa, y más de una vez se sorprendió alcanzando dos tazas del armario antes de recordar que ella no estaba allí para llenarlas.

Sacó la guitarra de su padre un par de noches, buscando en las cuerdas algo del consuelo que le había dado tocar para Rosa en la proa de La Golondrina, pero las canciones le salían torcidas, incompletas, como si también la música hubiera decidido guardarle rencor por las palabras que había dejado escapar en la librería.

Tomás, que lo conocía desde niños, no tardó en darse cuenta de que algo iba mal.

El segundo día de aquella distancia insoportable, Gustavo caminó hasta el pequeño cementerio del pueblo, algo que no hacía con frecuencia, y se sentó frente a la lápida sencilla de su padre, con el nombre de Nicanor Ibarra grabado en letras ya desgastadas por la sal y el tiempo.

—No sé qué hacer, viejo —murmuró, sentado sobre la hierba húmeda—. La quiero, y la estoy espantando con el mismo miedo que tú nunca supiste manejar. Dime que no voy a terminar como tú, ahogándome en algo que ni siquiera me hace sentir mejor.

La lápida, por supuesto, no respondió, pero Gustavo se quedó allí un buen rato, dejando que el silencio del cementerio le ofreciera algo parecido a la claridad que llevaba días buscando sin encontrar. Pensó en Amparo, en el favor que le debía, en el modo en que aquella mujer había conseguido, incluso desde la muerte, unir dos vidas que de otro modo jamás se habrían cruzado. Y pensó, sobre todo, en Rosa, en su risa, en su terquedad, en la manera exacta en

que fruncía el ceño al concentrarse en sus muestras, y comprendió, con una claridad que le dolió en el pecho, que el miedo a perderla no justificaba de ningún modo el hecho de estar, precisamente por ese miedo, empujándola cada día un poco más lejos.

Volvió al pueblo con una determinación nueva, aunque el orgullo, terco como siempre, todavía tardaría un par de días más en ceder del todo.

Esa tarde, mientras ordenaba aparejos en el barco sin verdaderas ganas de trabajar, Tomás se sentó a su lado con dos cervezas frías que había comprado en el bar del puerto.

—¿Has ido al cementerio?

—¿Cómo lo sabes?

—Porque te conozco desde niños, capitán, y esa cara solo la pones después de hablar con tu padre. —Tomás le tendió una de las cervezas—. ¿Y bien? ¿Te ha respondido el viejo, aunque sea desde donde esté?

—A su manera. —Gustavo le dio un trago a la cerveza, dejando que el silencio se instalara un momento entre ambos—. Creo que voy a ir a buscarla, Tomás. En cuanto reúna el valor suficiente para tragarme el orgullo.

—Eso espero, capitán. Porque como dejes que esa mujer se te escape por terquedad, te juro que soy yo mismo quien te tira al mar de una patada.

Gustavo se rió, la primera risa genuina en tres días, y aquella noche, cuando la tormenta empezó a formarse sobre el horizonte, sintió que por fin había encontrado la determinación que llevaba días buscando sin éxito.

Se quedó un rato más en el muelle después de que Tomás se marchara, viendo cómo las nubes negras se acumulaban sobre la bahía, presagiando la tormenta que Deolinda, con su sabiduría de siempre, ya había anunciado sin saberlo días atrás. Pensó en todas las tormentas que había capeado en su vida, literales y de las otras, y comprendió, con una claridad que le sorprendió por lo sencilla que

resultaba, que aquella noche no pensaba dejar que ninguna tormenta, del tipo que fuera, se interpusiera entre él y la mujer que amaba.

—Llevas la cara de un hombre que ha perdido algo importante en el fondo del mar —le dijo, mientras remendaban una red en el muelle bajo un cielo cargado de nubes de tormenta—. Y no me refiero a ninguna herramienta.

—No quiero hablar de ello, Tomás.

—Pues vas a tener que escucharlo igual, porque llevo veinte años aguantando tus silencios y ya no me quedan ganas. —Tomás dejó la aguja de zurcir a un lado y lo miró con una seriedad poco habitual en él—. Esa mujer te ha cambiado, Gustavo. Para bien, quiero decir. Llevabas años sin tocar esa guitarra, y de repente te oigo tararear canciones enteras mientras revisas el motor. ¿Vas a dejar que el miedo te quite eso también, como te quitó todo lo demás?

—No es tan sencillo.

—Nunca lo es. Pero tampoco es tan complicado como tú lo estás haciendo.

Gustavo no respondió, aunque las palabras de Tomás se le quedaron rondando por dentro como una boya que no dejaba de golpear contra el casco. Esa tarde, mientras recogía las redes ya remendadas, vio a Coral aparecer por el muelle con expresión seria, algo insólito en una mujer que solía llevar la sonrisa como una armadura permanente.

—He hablado con Rosa —dijo Coral, sin preámbulos—. Y creo que le hice más daño del que pretendía.

—¿Qué le dijiste exactamente?

—La verdad, tal como yo la veía. Que te agarras al amor como quien se ahoga. —Coral suspiró, cruzándose de brazos frente al mar gris de la tormenta que se aproximaba—. Pero llevo pensándolo estos días, y creo que me equivoqué. Tú no te agarrabas a mí porque me quisieras de verdad, Gustavo. Te agarrabas porque yo

estaba ahí y era más fácil que quedarte solo. Con Rosa es distinto. La miras de un modo que nunca me miraste a mí, ni a nadie que yo recuerde. Eso no es ahogarse. Eso es, simplemente, querer.

Gustavo sintió que algo se le desatascaba en el pecho, una tensión que llevaba arrastrando desde la marcha de Elena, quizás desde mucho antes.

—Le dije cosas horribles.

—Pues ve y dile cosas mejores. Antes de que la marea de verdad se la lleve.

—¿Por qué me ayudas, Coral? Después de todo lo que pasó entre nosotros.

Coral se quedó pensativa un momento, con la mirada perdida en el horizonte gris.

—Porque he conocido a alguien, Gustavo. Se llama Andrés, es pintor, viene de Bilbao, y por primera vez en años entiendo la diferencia entre agarrarse a alguien por miedo y quererlo de verdad. Y no me parece justo que tú te quedes sin descubrir esa diferencia solo porque yo tardé demasiado en encontrarla.

Gustavo la miró con una gratitud que no supo bien cómo expresar en palabras, y Coral, como si hubiera anticipado su torpeza habitual, le ahorró el esfuerzo con una sonrisa sincera, la primera que Gustavo le veía desde hacía mucho tiempo que no llevara ninguna sombra detrás.

—¿Cómo lo conociste? A Andrés.

—En una exposición en Santander, hace tres meses. Me pasé media tarde fingiendo entender de arte contemporáneo solo para seguir hablando con él. —Coral se rió, con una ligereza que Gustavo no le conocía—. Es raro, Gustavo. Con él no siento la necesidad de demostrar nada, ni de competir con fantasmas del pasado. Simplemente... es fácil. Nunca pensé que el amor pudiera ser fácil.

—Me alegro mucho por ti, de verdad.

—Y yo me alegraré por ti en cuanto arregles las cosas con Rosa. Que para eso hemos tenido esta conversación tan sincera, ¿no?

—Ve a buscarla, Gustavo. Antes de que sea demasiado tarde.

Gustavo se quedó un rato más en el muelle después de que Coral se marchara, viendo cómo el cielo se oscurecía sobre la bahía con la tormenta que se aproximaba, y sintió, por primera vez en tres días, que la opresión en el pecho empezaba a aflojarse un poco, sustituida por una determinación que llevaba tiempo sin experimentar con esa claridad.

La tormenta rompió esa misma noche con una furia que Puerto Aliso no había visto en años. Gustavo, que llevaba toda la tarde debatiéndose entre el orgullo y la certeza cada vez más clara de que estaba a punto de perder lo único que de verdad le importaba, se quedó un buen rato en el porche, viendo cómo la lluvia empezaba a caer con fuerza sobre la bahía, hasta que por fin, incapaz de seguir aguantando la distancia ni un minuto más, salió corriendo hacia El Ancla bajo el aguacero, empapado hasta los huesos antes de recorrer la mitad del camino.

Capítulo 17 — Rosa

Los dos días siguientes a la discusión transcurrieron para Rosa en una especie de espera suspendida, revisando una y otra vez el informe ya casi terminado sin atreverse a presentarlo, y mirando hacia el pantalán cada vez que pasaba frente a la ventana de El Ancla, como si esperara ver aparecer a Gustavo doblando la esquina en cualquier momento. Él no apareció. Y aunque Rosa se dijo a sí misma que aquello era prueba suficiente de que se había equivocado al confiar en un hombre tan terco como el mar que llevaba toda la vida navegando, en el fondo sabía que el silencio de Gustavo no era indiferencia, sino la misma clase de miedo que ella llevaba arrastrando, solo que vestido con otra ropa.

Al amanecer del segundo día, incapaz de seguir dando vueltas en la cama, bajó a la panadería antes incluso de que Nala hubiera terminado de encender el horno, y se sentó en un taburete de la trastienda mientras su amiga amasaba con las manos cubiertas de harina hasta los codos.

—Le dije cosas horribles a Gustavo.

—¿Y qué te dijo él a ti?

—Cosas igual de horribles, la verdad. Pero con más razón que yo.

Nala dejó la masa a reposar bajo un trapo húmedo y se sentó frente a Rosa, limpiándose las manos en el delantal con gesto pausado.

—Mira, cielo, yo no sé nada de anémonas ni de biología marina, pero sé un par de cosas de miedo, porque llevo media vida viendo cómo la gente de este pueblo se marcha o se queda por las razones equivocadas. Tu abuela se quedó porque amaba este lugar más que a cualquier otra cosa en el mundo, y jamás se arrepintió. Tu madre se fue persiguiendo una vida que nunca llegó a alcanzar del todo, y tampoco la culpo por intentarlo. Pero tú, Rosa, tienes que decidir

qué clase de mujer quieres ser, no por miedo a parecerte a una o a la otra, sino porque de verdad es lo que quieres.

—¿Y si me quedo por él y luego resulta que no era lo correcto?

—Entonces lo sabrás, y lo afrontarás, como has afrontado todo lo demás en tu vida. Pero no te vayas de este pueblo otra vez por miedo a quedarte, Rosa. Eso ya lo hiciste una vez, y mira lo que te costó.

Las palabras de Nala se le quedaron a Rosa rondando por dentro durante el resto del día, mientras terminaba de organizar los últimos datos del informe, y esa tarde, al fin, volvió a llamar a su madre, necesitando escuchar de nuevo la voz que tanto la había ayudado semanas atrás.

Antes de la llamada, sin embargo, sintió la necesidad de volver a la cala del Somorro, sola esta vez, sin Gustavo ni Tomás ni ningún equipo de muestreo, simplemente para sentarse en las rocas y pensar con calma. Caminó hasta allí a pie, por el sendero del acantilado que conocía de memoria desde la infancia, y se sentó en el mismo saliente donde, siendo adolescente, había visto su primer amanecer entero sin dormir.

El agua, aquella tarde nublada, tenía un color gris verdoso que Amparo habría descrito sin duda con alguna metáfora sobre estados de ánimo, y Rosa se quedó mirándola largo rato, pensando en las anémonas violeta que dormían bajo la superficie, ajenas por completo a todo el drama humano que se libraba sobre sus cabezas por culpa de un hotel, de una plaza universitaria, de dos personas tercas que no sabían cómo decirse la verdad sin herirse.

—¿Qué harías tú, abuela? —preguntó en voz alta, sin esperar respuesta, dejando que el viento se llevara la pregunta hacia el mar abierto.

No obtuvo ninguna señal sobrenatural, ningún destello de claridad instantánea, pero sí encontró, en aquella soledad tranquila junto al agua, el espacio necesario para reconocer, sin la interferencia de discusiones ni advertencias ajenas, lo que de verdad sentía: que quería a Gustavo, que quería quedarse en Puerto Aliso, y

que la plaza en Lisboa, por prestigiosa que fuera, ya no representaba la vida que de verdad deseaba construir.

Volvió a El Ancla con esa certeza recién descubierta instalada en el pecho, y fue entonces, ya de vuelta en casa, cuando por fin llamó a su madre.

Antes de marcharse de la cala, sin embargo, se quedó un rato más grabando en su cuaderno de campo, casi por costumbre, un último apunte que no tenía nada que ver con datos científicos: «He decidido quedarme. No por Gustavo, no por El Ancla, sino porque por primera vez en mi vida sé, con toda certeza, que esto es lo que quiero. Abuela, espero que estés orgullosa, dondequiera que estés.»

Cerró el cuaderno con una sonrisa, guardándolo en la mochila junto a las muestras que llevaba semanas recolectando, y emprendió el camino de vuelta al pueblo con un paso más ligero del que había tenido en días.

De camino, se cruzó con Deolinda, que barría la entrada de su casa con la parsimonia habitual.

—Muchacha, traes otra cara hoy. Mejor cara.

—He tomado una decisión importante, Deolinda.

—Me alegro por ti. Este pueblo necesita gente que sepa tomar decisiones importantes, en lugar de dejarse llevar por la corriente como hacen tantos otros. —La mujer volvió a su escoba, con una sonrisa satisfecha—. Anda, ve a decírselo a quien tengas que decírselo, que seguro que se muere de ganas de escucharlo.

Rosa siguió su camino con una sonrisa renovada, sin saber todavía que aquella misma noche, antes de que tuviera ocasión de buscar a Gustavo por su propia iniciativa, sería él quien encontraría el valor de dar el primer paso.

—¿Otra vez tú? —bromeó Carmen al descolgar, aunque el tono de preocupación se le notó enseguida—. ¿Qué pasa, hija?

—Hemos discutido. Gustavo y yo. Feo, además.

—¿Por qué?

—Porque me han ofrecido una plaza de investigadora en Lisboa, y no sé qué hacer, y él tiene miedo de que me vaya, y yo tengo miedo de convertirme en ti, mamá, y no supimos decirnos nada de eso sin hacernos daño.

Carmen se quedó en silencio un momento al otro lado de la línea.

—Rosa, escúchame bien. Convertirte en mí no es el peor destino posible del mundo, aunque yo misma haya pasado años pensando que sí lo era. Pero si de verdad te preocupa repetir mis errores, entonces no cometas el más grande de todos: no dejes que el miedo a decidir mal te impida decidir nada en absoluto. Habla con él. De verdad, sin gritos, sin reproches. Y luego decide, con toda la información posible, qué es lo que realmente quieres, no lo que crees que deberías querer para no parecerte a nadie.

—¿Y si decido quedarme, mamá? ¿Y si renuncio a la plaza de Lisboa?

—Entonces habrás tomado una decisión, Rosa, que es mucho más de lo que yo hice durante media vida. Yo nunca decidía quedarme ni irme del todo. Simplemente huía, cada vez que las cosas se ponían difíciles, y llamaba a eso libertad. Tú pareces estar haciendo algo distinto: pensarlo de verdad, con el corazón y con la cabeza a la vez. Eso ya te hace mejor que yo en esto.

—No digas eso, mamá.

—Es la verdad, hija, y ya va siendo hora de que ambas dejemos de fingir lo contrario. Ahora ve, habla con tu pescador, y hazlo con el corazón en la mano, sin miedo a que se rompa. A veces romperse un poco es la única manera de aprender a querer de verdad.

Rosa colgó el teléfono con una claridad nueva instalada en el pecho, y esa misma noche, incapaz de conciliar el sueño, sacó el cuaderno forrado de hule de su abuela y lo releyó, por enésima vez, buscando consuelo en las anotaciones garabateadas junto a los datos de temperatura y salinidad.

En una de las últimas páginas, fechada apenas dos semanas antes de morir, encontró una anotación que no tenía nada que ver

con anémonas ni con corrientes marinas: «Si Rosa alguna vez vuelve, espero que aprenda lo que a mí me costó media vida entender: que quedarse no es rendirse, y que irse no siempre es valentía. A veces, lo más valiente es dejar que alguien te sostenga. Y otras veces, lo más valiente es sostener tú a alguien más, sin miedo a que el peso te hunda también a ti. El amor de verdad no funciona por turnos, Rosa. Funciona porque los dos aprendéis a flotar juntos.»

Rosa cerró el cuaderno con los ojos anegados en lágrimas, comprendiendo que su abuela, incluso desde la muerte, seguía encontrando el modo de decirle exactamente lo que necesitaba escuchar en el momento preciso. Decidió, esa misma noche, que en cuanto amaneciera iría a buscar a Gustavo, dispuesta a decirle todo lo que llevaba días callándose por orgullo, por miedo, por la misma herencia de huida que ambos parecían compartir sin haberlo planeado.

Bajó a la cocina, incapaz de conciliar el sueño, y encontró a Nala esperándola con una taza de manzanilla, como si hubiera intuido que aquella noche Rosa necesitaría compañía aunque no la pidiera en voz alta.

—No podía dormir —confesó Nala, aunque ambas sabían que había bajado precisamente por Rosa—. ¿Qué tal la llamada con tu madre?

—Reveladora. Voy a ir a buscar a Gustavo mañana. Voy a decirle que me quedo, que renuncio a la plaza de Lisboa, que quiero construir mi vida aquí, con él.

Nala sonrió, con los ojos brillantes de una emoción que no intentó disimular.

—Ya era hora, cielo. Aunque, para que conste, ya sabía que ibas a decidir esto desde el primer día que te vi mirarlo en el muelle con esa cara de fastidio tan sospechosa.

—Todavía no me lo creo yo misma del todo.

—Créetelo. Y ahora vete a dormir, aunque sea un par de horas, que mañana necesitas tener la cabeza despejada para una

conversación tan importante.

Pero el amanecer trajo consigo, en cambio, el cielo más oscuro que Rosa había visto sobre Puerto Aliso en meses, cargado de nubarrones que anunciaban una tormenta capaz de rivalizar con cualquier otra de las que el pueblo recordara, y Rosa, mirando por la ventana de El Ancla con el corazón encogido, se preguntó si el mismo cielo no estaría, a su manera, reflejando la tormenta que llevaba días librándose en su propio pecho.

Capítulo 18 — Gustavo

Gustavo corrió bajo la lluvia torrencial con una determinación que no sentía desde hacía años, empapado hasta los huesos antes de recorrer la mitad del camino hacia El Ancla, con la certeza cada vez más clara de que estaba a punto de perder lo único que de verdad le importaba si no encontraba, de una vez por todas, el valor de decirlo en voz alta.

Encontró a Rosa en el escaparate de la librería, mirando hacia la calle con expresión perdida, como si llevara horas esperando algo que ni ella misma sabía nombrar. Cuando lo vio entrar chorreando agua sobre el suelo de madera, se quedó paralizada un instante.

—Gustavo, estás empapado...

—No me importa. —Avanzó hacia ella, dejando un rastro de agua tras de sí, sin importarle en absoluto los libros ni el suelo ni nada que no fuera llegar hasta donde estaba ella—. Tenía razón Coral. Me agarraba a las personas como quien se ahoga porque llevaba media vida convencido de que nadie se quedaría el tiempo suficiente para sostenerme de verdad. Pero contigo no es eso, Rosa. Contigo no me estoy ahogando. Contigo, por primera vez en años, siento que puedo respirar.

Rosa se llevó una mano a la boca, con los ojos brillantes de lágrimas contenidas.

—Llevo tres días sin poder dormir —continuó él, acercándose un paso más, dejando charcos a su paso sobre las tablas del suelo—. Tomás me ha aguantado refunfuñando en el barco, Coral vino a decirme que me equivocaba contigo, y hasta la tormenta de esta noche parece haber esperado a que yo reuniera el valor de venir a decírtelo. Rosa, no quiero que te quedes por miedo a arrepentirte de haberte ido. Quiero que te quedes porque, cuando lo pienses con calma, no encuentres ningún sitio en el mundo donde prefieras estar más que aquí, conmigo.

—Eso es mucho pedir.

—Lo sé. Por eso no te lo estoy pidiendo. Solo te estoy diciendo la verdad, y confío en que hagas con ella lo que tengas que hacer.

—Yo también tengo miedo —susurró—. De quedarme y arrepentirme. De irme y arrepentirme el doble. Llevo seis años huyendo de este pueblo porque me daba miedo no ser suficiente para nada más grande que él, y ahora resulta que lo único grande que he encontrado está justo aquí, empapado en mitad de mi librería.

—Entonces quédate. No por mí, ni por El Ancla, ni por la promesa que le hiciste a tu abuela. Quédate porque quieres, Rosa. Porque este pueblo, con todo lo pequeño y terco que es, todavía tiene sitio para alguien tan grande como tú.

—¿Y si dentro de un año quiero probar otra cosa? ¿Un congreso en otro país, un proyecto en otra costa?

—Entonces iremos juntos, o volveremos juntos, o inventaremos lo que haga falta. —Gustavo le tomó el rostro entre las manos, todavía frías por la lluvia—. Llevo toda la vida pensando que quedarse en un sitio era la única prueba de amor que existía. Tú me has enseñado que a veces el amor también significa estar dispuesto a moverse, con tal de no soltar la mano del otro.

—¿Y la plaza en Lisboa?

—Preséntate a ella si quieres. Acéptala si te la dan y de verdad la quieres. Y luego decidamos juntos cómo hacer que funcione, en lugar de decidir por separado, con miedo, lo que cada uno cree que el otro necesita oír.

Rosa cruzó la distancia que los separaba y lo besó, sin importarle que la ropa empapada de él le mojara también a ella, sin importarle nada que no fuera el alivio inmenso de dejar de fingir que no sentía lo que sentía desde hacía semanas.

—Te quiero, Gustavo Ibarra —dijo contra sus labios, entre risas y lágrimas mezcladas con la lluvia que aún le goteaba del pelo—. Terca, arisca y completamente enamorada de un pescador imposible.

—Y yo te quiero a ti, bióloga mandona, más de lo que he querido nada en toda mi vida.

Se quedaron abrazados un buen rato, empapados los dos, dejando que la tormenta rugiera fuera mientras dentro de El Ancla, entre libros y recuerdos de Amparo, algo que había estado a punto de romperse volvía a coserse, quizás más fuerte que antes por haber pasado la prueba de la primera tormenta de verdad.

—Menos mal que Amparo no está aquí para ver el charco que hemos dejado en su suelo —dijo Rosa, con una risa temblorosa todavía cargada de lágrimas recientes.

—Seguro que nos lo habría perdonado. O nos habría cobrado la limpieza en chocolate caliente durante un mes.

Rosa se rió de verdad esta vez, apoyando la frente contra el pecho de Gustavo, empapado y cálido a la vez, y por un momento, ninguno de los dos sintió la necesidad de decir nada más, dejando que el silencio compartido terminara de sellar la reconciliación que las palabras ya habían iniciado.

—Vamos a casa —dijo Gustavo por fin, tomándola de la mano—. Estás temblando.

—Tú también.

—Entonces vamos a temblar juntos, que es mejor que hacerlo cada uno por su lado.

Caminaron hacia el faro bajo la lluvia que ya empezaba a amainar, y esa noche, mientras la tormenta seguía descargando su furia sobre Puerto Aliso, subieron juntos a la casita, y se amaron de nuevo, esta vez sin miedo ni preguntas pendientes, con la certeza tranquila de quien ya no necesita agarrarse a nada porque por fin ha encontrado un lugar donde quedarse por elección y no por desesperación. Fuera, el faro seguía girando, indiferente a la tormenta, iluminando el camino de vuelta a casa para cualquiera que se hubiera perdido en el mar.

A la mañana siguiente, con la tormenta ya completamente amainada y el sol asomando tímidamente entre las nubes que

todavía cubrían la bahía, Rosa se despertó entre los brazos de Gustavo con una sensación de paz que llevaba días sin experimentar.

—¿Sabes qué he decidido? —murmuró, con la cabeza apoyada en su pecho.

—¿Qué?

—Que voy a rechazar la plaza de Lisboa.

Gustavo se incorporó ligeramente, mirándola con una seriedad que dejaba claro que no quería que aquella decisión se tomara a la ligera, ni mucho menos por él.

—Rosa, no quiero que renuncies a nada por mi culpa.

—No es por tu culpa. Es porque, cuando de verdad me paro a pensar qué es lo que quiero, la respuesta no está en un departamento de Lisboa, por prestigioso que sea. Está aquí, en esta cala, con estas anémonas, contigo. —Rosa le sonrió, con una certeza que ya no dejaba lugar a dudas—. Puedo seguir investigando desde aquí, colaborando con la universidad de Santander, publicando artículos sobre esta misma cala durante años. No necesito Lisboa para sentirme realizada, Gustavo. Solo necesitaba dejar de tener miedo de admitirlo.

Gustavo la besó con una ternura que decía más que cualquier palabra, y esa mañana, mientras el sol terminaba de abrirse paso entre las nubes de la tormenta ya pasada, ambos supieron, sin necesidad de pronunciarlo en voz alta, que lo peor de la travesía había quedado atrás.

—¿Y qué le vas a decir a Ferraz? —preguntó Gustavo, mientras preparaba el desayuno.

—La verdad. Que he encontrado algo aquí que vale más para mí que cualquier plaza universitaria, por prestigiosa que sea. Que puedo seguir investigando, publicando, colaborando con la universidad de Santander sin necesidad de mudarme a Lisboa.

—Se va a llevar un disgusto.

—Se le pasará. Y si no, tendrá que aceptarlo, porque esta vez, por primera vez en mi vida, no voy a dejar que el miedo a

decepcionar a alguien más decida por mí lo que de verdad quiero.

Gustavo la abrazó por detrás mientras ella escribía el correo de respuesta a Ferraz, y juntos, apoyados el uno en el otro, vieron cómo las últimas nubes de la tormenta se disipaban sobre la bahía, dejando paso a un cielo azul intenso que parecía, a su manera, celebrar también la reconciliación de aquellas dos almas tercas que por fin habían aprendido a flotar juntas.

Más tarde esa misma mañana, cuando bajaron juntos al muelle, encontraron a Tomás esperándolos con una sonrisa de oreja a oreja que no necesitaba explicación alguna.

—Vaya, vaya. Menos mal que por fin habéis arreglado esa cara de funeral que traíais los dos.

—Cállate, Tomás —dijo Gustavo, aunque sin verdadero enfado, tomando a Rosa de la mano frente a él sin ningún reparo.

—No me callo nada, capitán. Llevo tres días aguantando tus silencios, así que ahora me toca a mí disfrutar de veros felices otra vez. —Tomás les guiñó un ojo a ambos—. Y ya que estamos, ¿zarpamos? Que la cala del Somorro no se va a documentar sola, y por lo que veo, hoy va a ser un día de trabajo mucho más productivo que los últimos tres.

Rosa y Gustavo se rieron, subiendo a bordo de La Golondrina con una ligereza que llevaba días ausente entre ellos, y mientras zarpaban hacia la cala bajo un cielo recién lavado por la tormenta, ambos supieron que, fuera cual fuese el rumbo que tomaran las cosas a partir de entonces, habían aprendido algo esencial: que el amor de verdad no consistía en evitar las tormentas, sino en aprender a atravesarlas juntos.

Capítulo 19 — Rosa

El pleno extraordinario del ayuntamiento de Puerto Aliso se convocó para un martes de finales de septiembre, a las seis de la tarde, en la sala de plenos que normalmente solo se llenaba para discutir el presupuesto anual de fiestas patronales. Aquel día, sin embargo, la sala estaba abarrotada mucho antes de la hora prevista: pescadores, panaderas, vecinas de toda la vida, y hasta algún periodista local que había olido la posibilidad de una buena historia.

Toda la mañana de aquel martes, Puerto Aliso había vivido en un estado de expectación que Rosa no recordaba haber sentido en el pueblo desde la fiesta del Carmen. En la panadería de Nala, los clientes habituales no hablaban de otra cosa mientras esperaban su pan; en la lonja, los pescadores comentaban entre redes y cajas de pescado las posibilidades de que el ayuntamiento por fin les diera la razón; y hasta Ubaldo, que rara vez se perdía su partida matutina de dominó, había decidido pasarse la mañana entera pegado a la puerta de El Ancla, «por si la doctora necesita algo de última hora».

—Todo el pueblo está pendiente de esto —le dijo Rosa a Gustavo, mientras revisaba por última vez las diapositivas que proyectaría durante su intervención—. Si perdemos, no solo pierdo yo. Perdemos todos.

—No vamos a perder, Rosa. Este informe es sólido como una roca, y lo sabes.

Los días previos a la sesión, Rosa apenas había dormido, revisando cada cifra, cada gráfico, cada posible objeción que el equipo legal de Sarasola pudiera plantear. Gustavo, preocupado por verla tan tensa, había insistido en que practicara la presentación frente a él, frente a Tomás, incluso frente a Nala, que aunque no entendía ni la mitad de los términos técnicos, aplaudía con entusiasmo genuino cada vez que Rosa terminaba una explicación.

—Si consigues convencer a Nala de que le importan las anémonas, vas a convencer a cualquier concejal del ayuntamiento —

le había dicho Gustavo, la noche anterior, mientras Rosa repasaba sus notas por enésima vez en la cocina de la casa del faro.

—Nala ya se preocupaba por las anémonas antes de que yo llegara, Gustavo. Es de las pocas personas de este pueblo que de verdad entiende lo que está en juego más allá de la ciencia.

—Puede ser. Pero también es la persona menos técnica que conozco, y aun así consigues que te entienda perfectamente. Eso dice mucho de tu capacidad de comunicar todo esto mañana.

Rosa llevaba el informe impreso y encuadernado bajo el brazo, ciento veinte páginas de datos, gráficos y conclusiones que representaban meses de trabajo de campo, noches enteras de redacción, y una promesa hecha a una mujer que ya no podía comprobar si se había cumplido.

En la puerta de la sala de plenos, mientras esperaban a que dieran las seis en punto, Rosa se encontró con Nala, que había cerrado la panadería una hora antes de lo habitual solo para poder asistir.

—No tenías que cerrar por esto, Nala.

—Claro que tenía que hacerlo. Esto es historia de Puerto Aliso, Rosa, y pienso estar presente para verla suceder en directo.

Casilda, que pasó junto a ellas cargada de carpetas municipales, se detuvo un instante para desearle suerte a Rosa con una sonrisa cómplice.

—Todo va a salir bien, doctora. El comité técnico ha hablado maravillas de su trabajo, aunque oficialmente no puedo decirle nada más.

—Gracias, Casilda. Necesitaba oír eso.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Gustavo, sentado a su lado en la primera fila reservada para los interesados directos.

—Aterrada. Pero también más segura de este informe que de cualquier otra cosa que haya escrito en mi vida.

—Entonces vas a estar magnífica ahí arriba.

Rosa le apretó la mano un instante antes de levantarse, cuando el alcalde, un hombre rechoncho de bigote cuidado que Rosa recordaba vagamente de su infancia, dio paso al primer punto del orden del día.

—Tiene la palabra la doctora Rosa Aguilar, en representación del estudio de impacto ambiental de la cala del Somorro.

Rosa subió al atril con las piernas ligeramente temblorosas, pero en cuanto empezó a hablar, la seguridad de meses de trabajo tomó el control por ella. Explicó, con un lenguaje que Gustavo la había ayudado a pulir para que resultara accesible sin perder rigor, la existencia de la colonia de anémonas centenarias, los datos sobre biodiversidad recogidos durante meses, y las pruebas fotográficas de sedimento removido que demostraban catas preliminares no autorizadas realizadas por Costa Cantábrica Desarrollos.

Proyectó, una a una, las fotografías submarinas que había tomado a lo largo de los meses: el violeta intenso de las anémonas contrastando con la roca caliza, los bancos de peces refugiándose entre las praderas de posidonia, la comparativa entre el sustrato intacto de hace un año y el sedimento removido de las catas ilegales. La sala, que al principio había mostrado cierta impaciencia propia de una audiencia poco acostumbrada a presentaciones científicas, fue cayendo poco a poco en un silencio atento, casi reverente.

—Esta cala —continuó Rosa, señalando una última imagen del atardecer sobre el agua— no es solo un activo turístico o un capricho medioambiental. Es un ecosistema que ha alimentado a este pueblo durante generaciones, que sigue alimentándolo hoy a través de la pesca artesanal, y que representa un patrimonio natural que, una vez destruido, no hay dinero en el mundo capaz de recuperar.

—En resumen —concluyó, tras cuarenta minutos de exposición —, la construcción de cualquier infraestructura hotelera en esta cala supondría un daño ecológico irreversible a un ecosistema que ha tardado siglos en formarse, y que además representa un valor

incalculable para la economía pesquera y turística sostenible de este municipio a largo plazo.

El aplauso que siguió a su intervención se prolongó más de lo que cualquier protocolo municipal habría considerado apropiado, y Rosa tuvo que contener las lágrimas al ver a Ubaldo, en la tercera fila, levantarse para aplaudir con más entusiasmo que nadie.

Pero la sesión no terminó ahí. El abogado de Sarasola, un hombre trajeado con maletín de cuero que Rosa no había visto nunca, pidió la palabra para presentar su réplica.

—Con todo el respeto hacia la doctora Aguilar, cuyo trabajo no ponemos en duda, mi cliente considera que este informe exagera deliberadamente el impacto del proyecto, que contempla medidas de mitigación ambiental de última generación. Además, cuestionamos la independencia de la investigadora, dado su... vínculo personal con uno de los principales opositores al proyecto.

Un murmullo recorrió la sala, y Rosa sintió que la sangre se le subía a la cara.

—Mi vínculo personal con el señor Ibarra no ha alterado ni un solo dato de este informe —replicó, con una firmeza que sorprendió hasta a ella misma—. Cada medición, cada fotografía, cada conclusión está respaldada por metodología científica estándar, replicable por cualquier laboratorio independiente que quieran ustedes contratar. Si lo que buscan es desacreditarme por razones personales en lugar de rebatir los datos con argumentos técnicos, eso dice más sobre la solidez de su posición que sobre la mía.

El alcalde, visiblemente incómodo con el cariz que tomaba la sesión, intervino para poner orden, y tras casi dos horas de debate, deliberación y consultas técnicas adicionales, anunció que la votación definitiva se pospondría una semana, tiempo durante el cual un comité técnico independiente revisaría el informe de Rosa junto con la documentación aportada por Costa Cantábrica Desarrollos.

—Una semana más —murmuró Ubaldo, desde su asiento, con evidente fastidio—. Estos políticos siempre necesitan una semana

más para todo.

—Es lo correcto, Ubaldo —lo tranquilizó Rosa, aunque ella misma sentía la misma impaciencia—. Un comité independiente solo puede beneficiarnos, dado lo sólido que es el informe.

—Eso espero, muchacha. Porque como esos de Costa Cantábrica encuentren la manera de colarse por algún resquicio legal, no respondo de lo que el pueblo entero sea capaz de hacer.

Rosa salió de la sala de plenos agotada pero satisfecha, rodeada de vecinos que la felicitaban y le daban palmadas en la espalda, y encontró a Gustavo esperándola en la puerta con una expresión de orgullo que no intentaba disimular en absoluto.

—Has estado increíble ahí dentro.

—Todavía no hemos ganado nada, Gustavo. Una semana más de espera.

—Pero has plantado cara a un abogado carísimo delante de todo el pueblo, y le has dejado sin palabras. Eso ya es una victoria en sí misma.

Esa noche, Nala organizó una cena improvisada en la panadería para celebrar, aunque fuera de manera anticipada, lo que todo el pueblo daba ya por seguro: que la cala del Somorro quedaría protegida para siempre. Tomás llevó sidra, Ubaldo llevó una botella de orujo casero que insistió en que Rosa probara «para los nervios», y hasta Deolinda se presentó con una bandeja de pastas, comentando que aquella noche merecía celebrarse como se merecían las cosas importantes.

La periodista local que había asistido al pleno se acercó también a la panadería, con su libreta todavía en la mano, pidiendo unas últimas declaraciones para el artículo que publicaría al día siguiente.

—Doctora Aguilar, ¿qué le diría a otros pueblos costeros que se enfrenten a situaciones similares con promotores hoteleros?

—Que la ciencia, bien documentada y bien comunicada, es la mejor arma que existe contra los intereses que anteponen el beneficio económico a corto plazo al patrimonio natural que

tardamos siglos en construir. Y que un pueblo unido, dispuesto a defender lo que le importa, puede conseguir cosas que parecían imposibles.

La periodista tomó nota con entusiasmo, y Rosa, observando después cómo todo el pueblo celebraba a su alrededor, pensó que aquellas palabras, aunque improvisadas, resumían perfectamente todo lo que Puerto Aliso había conseguido en los últimos meses.

—Por Amparo —brindó Rosa, alzando su vaso—. Que empezó esto sin saber cuánta gente terminaría uniéndose a la causa.

—Por Amparo —repitieron todos al unísono, y Rosa sintió, por primera vez desde que había vuelto a Puerto Aliso, que aquel pueblo entero se había convertido, sin que ella lo buscara del todo, en su verdadera familia.

Ya entrada la noche, cuando la mayoría de los invitados se habían marchado y solo quedaban Gustavo, Nala y Tomás recogiendo los últimos vasos de sidra, Rosa se sentó un momento junto a la ventana de la panadería, mirando hacia el muelle oscurecido.

—¿Sabéis qué es lo más curioso de todo esto? —dijo, en voz alta, aunque más para sí misma que para los demás—. Que si mi abuela no hubiera muerto, jamás habría vuelto a este pueblo. Y si no hubiera vuelto, jamás habría conocido a Gustavo, ni habría luchado por esta cala, ni habría encontrado la vida que tengo ahora. A veces las cosas más dolorosas son las que terminan abriendo la puerta a lo mejor que nos puede pasar.

—Tu abuela lo habría dicho mejor, seguro, con alguna de sus metáforas —comentó Nala, sonriendo con los ojos húmedos—. Pero sí, tienes toda la razón.

Gustavo se sentó a su lado, rodeándola con un brazo, y los cuatro se quedaron un rato más en silencio, contemplando el mar oscuro a través de la ventana, agradecidos por la victoria del día y por la incertidumbre, todavía sin resolver del todo, de todo lo que estaba por venir.

Capítulo 20 — Gustavo

La semana de espera transcurrió con una lentitud exasperante. El comité técnico independiente, formado por dos biólogos de la Universidad de Cantabria y un ingeniero ambiental de Oviedo, pasó tres días completos revisando cada dato del informe de Rosa, tomando sus propias muestras de contraste, y entrevistando a pescadores y vecinos sobre el estado histórico de la cala.

Rosa acompañó al comité durante gran parte de esos tres días, respondiendo a preguntas técnicas con una paciencia que empezaba a agotarse conforme pasaban las horas, aunque nunca dejó de sentir cierta satisfacción al comprobar que, pregunta tras pregunta, sus datos resistían el escrutinio sin fisuras.

—Su metodología es impecable, doctora Aguilar —le comentó, al final del tercer día, la bióloga que lideraba el comité, una mujer de mediana edad con gafas de pasta similar a las de don Casimiro—. Rara vez veo trabajo de campo tan riguroso fuera de un contexto puramente académico.

—Gracias. He tenido buenos maestros, y una razón de peso para hacerlo bien.

—Me lo imagino. Su abuela, si no me equivoco, empezó este trabajo, ¿verdad? Encontramos sus anotaciones originales entre los cuadernos que usted aportó como documentación de respaldo.

—Así es. Llevaba dos años tomando muestras antes de que yo continuara su labor.

—Pues dígale, si tiene ocasión, que hizo un trabajo excelente. Pocas veces vemos ciudadanos particulares documentando ecosistemas con este nivel de detalle sin formación científica formal.

Rosa sonrió, con los ojos algo húmedos, prometiéndose a sí misma que, de algún modo, encontraría la forma de hacerle llegar aquel cumplido a su abuela, aunque solo fuera visitando su tumba aquella misma tarde para contárselo en voz alta.

Gustavo, incapaz de quedarse de brazos cruzados, aprovechó aquellos días para organizar con Tomás una recogida de firmas entre los pescadores del puerto, un gesto simbólico que, según Casilda les había confirmado en el ayuntamiento, podría pesar en el ánimo de los concejales indecisos.

—Firma aquí, hombre, que esto es por el futuro de nuestros hijos —le decía Tomás a cada pescador que se acercaba al muelle, con un entusiasmo que hacía sonreír a Gustavo pese a la tensión de la espera.

—Tomás, tú no tienes hijos.

—Es una forma de hablar, capitán. El futuro de los hijos de otros también cuenta.

Reunieron más de doscientas firmas en apenas dos días, un número considerable para un pueblo del tamaño de Puerto Aliso, y Gustavo se las entregó personalmente a Casilda con una satisfacción que llevaba semanas sin sentir con tanta claridad.

—Esto va a pesar, Gustavo, te lo aseguro —le dijo Casilda, hojeando la lista de firmas con expresión seria—. El concejal de urbanismo llevaba dudando toda la semana, y doscientas firmas de vecinos son difíciles de ignorar en un pueblo donde todos se conocen.

—Eso esperamos.

—Por cierto —añadió Casilda, bajando la voz con una sonrisa cómplice—. Tomás me ha invitado a cenar el sábado. Por cuarta vez.

—Lo sé. Me lo ha contado esta misma mañana, con más nervios de los que jamás le he visto tener frente a una tormenta en alta mar.

—Dile que acepto encantada, aunque prefiero que sea él quien me lo confirme en persona.

Gustavo sonrió, guardándose aquel mensaje para transmitírselo a su amigo con el placer particular de quien por fin puede devolver algunas de las bromas que llevaba meses recibiendo sobre su propia vida amorosa.

El día de la votación definitiva llegó cargado de una tensión que se palpaba en cada rincón del pueblo. La sala de plenos, de nuevo abarrotada, guardó un silencio expectante mientras el comité técnico presentaba sus conclusiones: el informe de Rosa Aguilar era, en palabras textuales del ingeniero de Oviedo, «meticuloso, riguroso, y concluyente en cuanto al riesgo ecológico irreversible que supondría cualquier intervención constructiva en la zona».

El alcalde, con el semblante de quien ya no tiene margen para dilatar más una decisión que el pueblo entero esperaba, sometió la propuesta a votación: declarar la cala del Somorro reserva marina protegida, rechazando de manera definitiva la solicitud de Costa Cantábrica Desarrollos.

La votación fue unánime.

El estallido de júbilo que siguió al anuncio hizo temblar las paredes de la sala de plenos, y Gustavo, sin poder contenerse, levantó a Rosa en volandas entre los vítores de todo el pueblo, girando con ella en brazos mientras Tomás gritaba algo ininteligible sobre haber ganado, Nala lloraba abrazada a Bruno, que había viajado desde Santander para la ocasión, y hasta Sarasola, presente en la sala con una expresión de derrota que no intentaba disimular, terminó por levantarse y abandonar la sala sin decir una palabra más.

—Doctora Aguilar —dijo Sarasola, deteniéndose un instante junto a Rosa antes de salir definitivamente, con una expresión que mezclaba resignación y un respeto que no había mostrado hasta entonces—. Reconozco cuando he perdido frente a un trabajo mejor que el mío. Enhorabuena.

—Gracias, señor Sarasola. Espero que la próxima vez elija terrenos donde el impacto ambiental sea de verdad asumible.

—Puede que lo haga. O puede que simplemente busque otro sector donde ganar dinero sea menos complicado que enfrentarse a bióloga tan tercas como usted.

Se marchó con una sonrisa cansada que a Rosa le pareció, contra todo pronóstico, casi simpática, y no volvió a saber de él ni de

su empresa en Puerto Aliso nunca más.

—¡Lo hemos conseguido! —gritó Rosa, todavía en brazos de Gustavo, con lágrimas de alegría rodándole por las mejillas.

—Lo has conseguido tú, Rosa. Yo solo he sostenido las boyas.

—Y recogido doscientas firmas, y aguantado a un promotor insufrible durante meses, y creído en mí incluso cuando yo misma dudaba.

Esa noche, Puerto Aliso entero celebró en la plaza con una fiesta improvisada que rivalizó en alegría con la mismísima verbena del Carmen, y Gustavo, observando a Rosa bailar con Nala entre risas y confeti improvisado con papel de periódico, se apartó un momento hacia el muelle, donde encontró a Tomás fumando un cigarrillo con la mirada perdida en el mar oscuro.

La orquesta municipal, convocada a toda prisa por el propio alcalde en un gesto de celebración que sorprendió a todo el mundo, tocó hasta bien entrada la medianoche, y hasta Deolinda, que llevaba años sin bailar en público según ella misma contaba a quien quisiera escucharla, se animó a dar unos pasos de pasodoble con Ubaldo, entre las risas cariñosas de todo el pueblo.

—Nunca había visto este pueblo tan feliz de una vez —comentó Rosa, sin aliento tras varios bailes seguidos, mientras se abanicaba con la mano.

—Puerto Aliso sabe celebrar bien las victorias que de verdad importan —respondió Gustavo, ofreciéndole un vaso de agua fresca —. Y esta era de las que importan de verdad.

—¿Todo bien, Tomás?

—Todo estupendo, capitán. Solo pensaba.

—¿En qué?

—En que ya va siendo hora de que yo también deje de tener miedo a decir ciertas cosas en voz alta.

Gustavo lo miró con curiosidad, comprendiendo que su amigo se refería, por fin, a aquella persona misteriosa de la que llevaba meses hablando sin revelar su identidad.

—¿Es Casilda? —preguntó, recordando la mirada que Tomás le dedicaba siempre a la secretaria municipal cuando esta no se daba cuenta.

Tomás se puso colorado hasta las orejas, algo que Gustavo no le había visto hacer jamás en veinte años de amistad.

—¿Tan evidente es?

—Para todos menos para ella, probablemente.

—Voy a invitarla a cenar. Mañana mismo, antes de que el valor se me escape otra vez.

—Ya era hora, Tomás. Llevas meses dándome consejos sobre el amor sin aplicarte el cuento a ti mismo.

Ambos se rieron, y Gustavo, con la euforia de la victoria todavía instalada en el pecho, decidió que también él tenía un paso importante que dar, aunque todavía no fuera el momento exacto de anunciarlo.

—Capitán, ¿en qué piensas? —preguntó Tomás, notando su expresión pensativa.

—En un anillo que guarda mi madre en un cajón desde hace años. Perteneció a mi abuela materna, la que nunca conocí, porque murió antes de que yo naciera. Mi padre me contó una vez que era el anillo más bonito que había visto en su vida, y que algún día debería dárselo a alguien que lo mereciera de verdad.

—¿Y crees que ha llegado el momento?

—Creo que llevo semanas sabiendo que ha llegado el momento, Tomás. Solo me falta reunir el valor para hacerlo bien.

Al día siguiente, sin decirle nada a nadie salvo a Tomás, viajó hasta Santander para visitar una joyería que llevaba semanas rondándole la cabeza, con la intención de encargar el engarce de un anillo que había pertenecido a su abuela materna, guardado durante años en el fondo de un cajón de la casa del faro, esperando, sin que Gustavo lo supiera del todo hasta entonces, el momento adecuado para volver a brillar en la mano de alguien que mereciera la pena.

—¿Está seguro de que quiere modificar el engarce original? —le preguntó el joyero, un hombre mayor de manos delicadas que examinaba la pieza con una lupa especial—. Es un trabajo antiguo, de gran calidad, pero el anillo en sí necesitará un ajuste considerable de tamaño.

—Solo quiero que brille como se merece. El tamaño se puede ajustar cuando ella lo lleve puesto.

El joyero sonrió, con la expresión de quien ha visto pasar por su mostrador cientos de historias de amor a lo largo de los años.

—¿Lleva mucho tiempo pensando en esto?

—Toda la vida, sin saberlo. Y unas pocas semanas, sabiéndolo con certeza.

—Esa es la mejor combinación posible, señor. Vuelva en tres días y tendrá el anillo listo.

Gustavo volvió a Puerto Aliso esa misma tarde, con una ligereza en el paso que Tomás no tardó en notar en cuanto lo vio bajar del autobús.

—¿Y bien? ¿Ya está?

—En tres días.

—Tres días, capitán. Vas a tener que aguantar el secreto tres días enteros sin que se te note en la cara, cosa que dudo mucho que consigas.

—Lo conseguiré.

—Ya veremos. Llevas la cara de un hombre que acaba de comprar el anillo de compromiso más importante de su vida, y eso, amigo mío, no se disimula tan fácilmente.

Capítulo 21 — Rosa

Con la cala del Somorro ya protegida oficialmente y el informe archivado en los anales del ayuntamiento como un pequeño hito de la historia reciente de Puerto Aliso, Rosa se encontró, por primera vez en meses, con tiempo libre suficiente para plantearse qué hacer a continuación con su vida.

La respuesta llegó, como tantas otras cosas importantes en su vida reciente, de manera casi accidental, mientras ordenaba las estanterías de El Ancla con Nala una tarde de domingo.

—¿Y si convertimos la trastienda en un pequeño centro de interpretación marina? —propuso Rosa, casi hablando consigo misma—. Podríamos exponer las muestras, los cuadernos de mi abuela, fotografías de la fauna de la cala. Un espacio educativo, además de la librería.

—Eso me encanta, Rosa. Los turistas que vienen ahora a ver la reserva necesitan algún sitio donde aprender sobre lo que están viendo.

—Y podría seguir colaborando con la Universidad de Santander, dando alguna clase ocasional, publicando artículos sobre la cala sin necesidad de mudarme a ningún sitio.

La idea fue tomando forma durante las semanas siguientes, con Gustavo ayudando a construir estanterías nuevas y vitrinas sencillas para exponer el material, y Ferraz, tras la negativa definitiva de Rosa a la plaza de Lisboa, terminó por proponerle, en su lugar, una colaboración externa como investigadora asociada, que le permitiría seguir publicando y participando en proyectos sin necesidad de trasladarse.

Construir el centro de interpretación se convirtió en un pequeño proyecto comunitario: Ubaldo donó viejas fotografías de la lonja de décadas atrás, Deolinda aportó recortes de periódico sobre temporales históricos que guardaba en un baúl desde hacía años, y hasta los niños del pueblo, los mismos que jugaban al fútbol contra

la fachada de la lonja el día que Rosa había vuelto, se acercaban curiosos a preguntar si podían ayudar a limpiar las conchas y caracolas que decorarían las vitrinas.

Gustavo, que nunca se había considerado hábil con las manos más allá de reparar motores y remendar redes, descubrió durante aquellas semanas un talento inesperado para la carpintería fina, construyendo con paciencia y precisión las vitrinas de madera donde se expondrían los cuadernos de Amparo y las muestras que Rosa había recolectado a lo largo de más de un año de trabajo de campo.

—Nunca pensé que terminaría siendo carpintero de museos —bromeó una tarde, mientras lijaba con cuidado el borde de una vitrina.

—Pescador, capitán de barco, y ahora carpintero. Vas a tener que actualizar tu currículum —le dijo Rosa, observándolo trabajar con una sonrisa que no intentaba disimular su orgullo.

—Mientras el currículum incluya también «prometido de Rosa Aguilar», me conformo con cualquier otro título que venga acompañado.

—Nunca pensé que este pueblo se implicaría tanto en algo así —comentó Rosa, una tarde, viendo a un grupo de vecinos ayudando a pintar las paredes de la trastienda de un azul suave que recordaba al color del mar en calma.

—Este pueblo se implica en todo lo que de verdad le importa, Rosa. Y tú, sin darte cuenta, te has convertido en algo que le importa mucho.

Los primeros visitantes llegaron apenas dos semanas después de la inauguración informal del centro, un grupo de estudiantes de biología marina de la Universidad de Oviedo que habían oído hablar del caso de la cala del Somorro en una de sus clases y que insistieron en conocer en persona a la investigadora que había conseguido detener un proyecto hotelero con pura evidencia científica.

—Es un honor conocerla, doctora Aguilar —le dijo uno de los estudiantes, un chico joven con gafas redondas que llevaba su

propio cuaderno de campo lleno de anotaciones—. Su caso se ha convertido en ejemplo de estudio en varias facultades.

—No lo sabía. Me halaga, pero también me da un poco de vértigo.

—Pues prepárese, porque según nuestro profesor, esto es solo el principio. Casos como el suyo están inspirando a otras comunidades costeras a documentar y proteger sus propios ecosistemas antes de que sea demasiado tarde.

Rosa se despidió de aquel grupo de estudiantes con una calidez genuina, sintiendo que el trabajo de su abuela, iniciado años atrás con un cuaderno forrado de hule y una tozudez heredada, había terminado por trascender mucho más allá de las fronteras de Puerto Aliso.

—No es la plaza que tenía en mente para ti —le había escrito Ferraz, con un tono que Rosa interpretó como resignación cariñosa más que decepción—, pero reconozco que has encontrado algo en ese pueblo que ninguna plaza universitaria te habría podido ofrecer. Cuídalo bien, Rosa. Y mándame fotos de esas anémonas de vez en cuando.

Rosa respondió aquel correo con una fotografía de la cala del Somorro al atardecer, y una breve nota que decía simplemente: «Gracias por entenderlo, doctora. Y gracias por creer en mí incluso cuando elegí un camino distinto al que usted había planeado.» Ferraz respondió apenas unas horas después con un simple «Orgullosa de ti, Rosa. Siempre lo estaré», que Rosa guardó, imprimiéndolo incluso, junto a la carta de su abuela en el cajón del escritorio.

Mientras tanto, en la panadería, Nala vivía su propia revolución sentimental. Bruno, que llevaba semanas viajando cada fin de semana desde Santander con una regularidad que empezaba a levantar sospechas, se presentó un sábado con un ramo de flores silvestres y una expresión tan nerviosa que toda la panadería, incluidos los clientes habituales de aquella mañana, adivinaron de inmediato lo que estaba a punto de suceder.

—Nala —dijo Bruno, hincando una rodilla en el suelo cubierto de harina, ante la mirada atónita de la propia Nala y el silencio repentino de toda la tienda—. Llevo dos años viajando cada fin de semana para verte, y cada vez que me marcho de vuelta a Santander, echo de menos algo que ni siquiera sabía que se pudiera echar de menos tanto. ¿Quieres casarte conmigo?

Nala, con las manos todavía cubiertas de harina, se llevó ambas al rostro, dejando dos manchas blancas en sus mejillas que no le importó en absoluto, y asintió entre lágrimas y risas antes de conseguir articular un «sí» que el pueblo entero, enterado en cuestión de horas gracias a la velocidad habitual de los rumores locales, celebró como si fuera una boda propia.

—¡Por fin! —exclamó Rosa, abrazando a su amiga en cuanto se enteró—. Llevaba meses esperando que alguno de los dos reuniera el valor.

—Fue el valor que él encontró, no yo. Aunque para que conste, ya había decidido darle un ultimátum para Navidad si no se decidía por su cuenta.

Bruno, todavía con las rodillas manchadas de harina del suelo de la panadería, se acercó a Rosa con una sonrisa nerviosa.

—¿Crees que soy lo bastante bueno para ella, Rosa? Llevo meses queriendo preguntárselo a alguien que la conozca de verdad.

—Bruno, llevas dos años demostrándolo cada fin de semana que has hecho ese viaje desde Santander sin faltar ni una sola vez. No necesitas que nadie más te lo confirme.

—Gracias. Necesitaba oírlo de alguien, la verdad.

Rosa le dio un abrazo espontáneo, sintiendo que aquel hombre tímido y trabajador merecía toda la felicidad que Nala llevaba meses proyectando hacia él sin que él terminara de creérselo del todo.

Aquellas semanas de celebraciones compartidas —la cala protegida, el compromiso de Nala— trajeron consigo una sensación de plenitud que Rosa no recordaba haber sentido en años, una certeza tranquila de estar exactamente donde debía estar, rodeada

de las personas que debía tener cerca, construyendo una vida que, sin haberlo planeado del todo, se parecía mucho más a la felicidad que cualquier plan cuidadosamente trazado que hubiera tenido antes.

Una noche, mientras cenaban en la cocina de la casa del faro, Gustavo la sorprendió con una pregunta que llevaba días rondándole.

—¿Alguna vez piensas en el futuro, Rosa? Me refiero a más allá del centro de interpretación, más allá de este año.

—A veces. ¿Por qué?

—Por curiosidad. Por saber si ese futuro se parece en algo al que yo tengo en la cabeza.

—¿Y cómo es ese futuro que tienes en la cabeza, Gustavo Ibarra?

—Tiene esta cocina, más o menos igual que ahora, aunque quizás con alguna silla más. Tiene esta bahía, este faro, este pueblo entero que de algún modo se ha convertido también en el tuyo. Y te tiene a ti, claro, en el centro de todo, discutiendo conmigo sobre si el pescado necesita más sal o menos, como llevamos haciendo desde el primer día.

—Suena a un futuro bastante bueno.

—A mí también me lo parece.

Rosa lo miró con una sonrisa curiosa, preguntándose qué estaría tramando aquel hombre que llevaba días con una expresión extrañamente satisfecha, sin saber todavía que la respuesta a esa pregunta llegaría antes de lo que ella misma esperaba.

Capítulo 22 — Gustavo

Gustavo llevaba el anillo de su abuela guardado en el bolsillo interior de la chaqueta desde hacía casi dos semanas, esperando el momento adecuado, aunque cada día que pasaba encontraba una excusa nueva para posponerlo: que si hacía mal tiempo, que si Rosa estaba cansada del trabajo en el centro de interpretación, que si Tomás necesitaba ayuda con la barca.

—Capitán, como sigas esperando el momento perfecto, esa mujer va a cumplir los ochenta años antes de que te decidas —le dijo Tomás, una mañana, mientras cargaban las redes—. El momento perfecto no existe. Solo existe el momento en que por fin reúnes el valor.

—Fácil decirlo, ahora que tú ya has invitado a Casilda a cenar tres veces.

—Cuatro, para tu información. Y la cuarta le pedí que fuéramos oficialmente novios, así que no me vengas con lecciones de valentía cuando yo ya he hecho los deberes.

Gustavo se rió, feliz por su amigo, y decidió que aquel mismo día, sin más excusas, sería el momento.

Pasó el resto de la mañana inusualmente nervioso, revisando el motor de La Golondrina por tercera vez sin necesidad real, comprobando una y otra vez que la cajita con el anillo seguía en el bolsillo interior de su chaqueta, colgada cuidadosamente en el camarote para que Rosa no la encontrara por accidente.

—Capitán, como sigas revisando ese motor, vas a terminar por desmontarlo del todo sin necesidad —le dijo Tomás, observándolo con diversión mal disimulada—. Relájate. Va a decir que sí. Cualquiera que os haya visto juntos estas últimas semanas lo sabe.

—¿Y si me equivoco al decirlo? ¿Y si suena torpe?

—Capitán, llevas toda tu vida siendo torpe con las palabras y aun así has conseguido enamorar a la mujer más terca de todo

Puerto Aliso. No creo que un pequeño tropiezo en el discurso vaya a cambiar las cosas ahora.

Esperó a que cayera la tarde, y le propuso a Rosa una última salida en barco a la cala del Somorro, con la excusa de revisar el estado de las anémonas tras las primeras lluvias de otoño. Rosa, ajena por completo a sus verdaderas intenciones, aceptó encantada, y zarparon juntos con Tomás quedándose, por primera vez en meses, discretamente en tierra.

—Qué raro que Tomás no haya querido venir —comentó Rosa, mientras Gustavo anclaba el barco frente a la cala, con el sol empezando a ponerse sobre el agua en tonos anaranjados.

—Tenía otros planes. Cosas de Casilda, supongo.

Se sentaron juntos en la proa, con las piernas colgando sobre el agua tranquila, observando cómo la luz del atardecer teñía la superficie del mar de colores que ni el mejor pincel habría conseguido igualar.

—¿Recuerdas la primera vez que vinimos aquí juntos? —preguntó Gustavo, con la voz algo más tensa de lo habitual.

—Cómo olvidarlo. Me hiciste sumergirme en un agua helada solo para demostrarme que sabías de lo que hablaba con las anémonas.

—Y desde entonces no hemos dejado de venir. Esta cala ha sido testigo de casi todo lo importante que nos ha pasado: nuestra primera conversación de verdad, la promesa de ayudarte con el informe, aquella tarde que nos bañamos desnudos con demasiado frío para ser sensato.

—Y la votación del ayuntamiento que la salvó para siempre.

—Y esto. —Gustavo la miró con una intensidad que hizo que a Rosa se le acelerara el corazón—. Me pareció el sitio adecuado para esto también.

—Rosa —empezó Gustavo, con el corazón latiéndole más deprisa de lo que había latido nunca frente a ninguna tormenta—. Hace poco más de tres meses, apareciste en este mismo muelle con una

carta de tu abuela y una actitud que me sacó de mis casillas en cuestión de minutos.

—Todavía recuerdo lo grosero que fuiste.

—Y con razón, probablemente. Pero desde entonces, has conseguido algo que llevaba años pensando que ya no era posible para mí: me has enseñado a querer sin miedo a que el mar se lleve también esto, como se llevó todo lo demás.

Rosa se giró hacia él, con los ojos ya brillantes, intuyendo lo que estaba a punto de suceder.

—Gustavo...

—Déjame terminar, que llevo días ensayando esto y como me interrumpas se me olvida la mitad. —Se sacó del bolsillo una cajita pequeña, envejecida por el tiempo, que contenía el anillo de su abuela, con una piedra pequeña pero de un brillo antiguo y sincero —. Este anillo perteneció a mi abuela, que según cuentan quiso a mi abuelo con la misma terquedad con la que tú me quieres a mí. Llevaba años guardado, esperando, sin que yo lo supiera, a la persona adecuada. Rosa Aguilar, ¿quieres casarte conmigo?

Rosa se llevó ambas manos a la boca, con lágrimas rodándole ya libremente por las mejillas, y asintió varias veces antes de conseguir que la voz le saliera con claridad.

—Sí. Sí, quiero casarme contigo, Gustavo Ibarra.

—Menos mal, porque llevo el discurso ensayado desde hace una semana y no tenía ningún plan alternativo si decías que no.

—Nunca habría dicho que no, torpe.

—No podía estar seguro. Los nervios hacen que hasta las certezas más grandes parezcan frágiles durante unos segundos.

Se besaron con una intensidad que hizo que el barco se balanceara ligeramente bajo ellos, y cuando por fin se separaron, Gustavo le colocó el anillo en el dedo con manos que temblaban de una emoción que no intentó disimular en absoluto.

—Va a ser un poco grande, probablemente. Habrá que ajustarlo.

—No me importa. Lo llevaré así, aunque tenga que sujetármelo con celo, hasta que puedas ajustarlo.

Volvieron al puerto ya de noche, con el anillo brillando tenue bajo la luz de la luna, y encontraron a Tomás y a Nala esperándolos en el muelle con una botella de sidra ya descorchada, incapaces de disimular que llevaban toda la tarde esperando noticias.

—¿Y bien? —preguntó Tomás, con una sonrisa que anticipaba ya la respuesta.

Rosa levantó la mano izquierda, mostrando el anillo con una sonrisa que le ocupaba toda la cara, y el grito de alegría que soltaron Nala y Tomás al unísono se debió de oír, según comentaría Deolinda al día siguiente, hasta en la otra punta del pueblo.

—¡Ya era hora, capitán! —exclamó Tomás, dándole un abrazo que casi lo tira al agua—. Llevaba semanas aguantando el secreto sin poder contárselo a nadie, ni siquiera a Casilda.

—¿Se lo has contado a Casilda? —preguntó Gustavo, fingiendo indignación.

—Por supuesto que no, capitán. Aunque ella ya sospechaba algo, para serte sincero. Dice que llevas semanas con cara de estreñido nervioso.

Todos se rieron, y esa noche, entre sidra y celebraciones improvisadas en el muelle, Rosa llamó a su madre para darle la noticia, y a Nala se le ocurrió, entre risas, que quizás deberían celebrar una boda doble, idea que ambas parejas descartaron entre carcajadas al cabo de apenas un minuto de considerarla en serio.

—Carmen, tengo una noticia —dijo Rosa por teléfono, con el anillo todavía brillándole en la mano bajo la luz de las farolas del muelle.

—¡No me digas que os casáis! —exclamó Carmen, con una emoción que atravesó perfectamente la línea telefónica—. ¡Sabía que ese pescador terminaría por dar el paso!

—¿Cómo lo sabías?

—Porque las madres sabemos estas cosas, hija, aunque estemos a cientos de kilómetros de distancia. Además, Nala me manda fotos vuestras de vez en cuando, y en la última que me envió hace un par de semanas, ese hombre te miraba como si ya estuviera pensando en el anillo.

Rosa se rió, prometiéndole a su madre que la mantendría informada de cada detalle de la boda, y colgó el teléfono con la misma sensación de plenitud que llevaba semanas experimentando, aunque aquella noche, con el anillo nuevo en el dedo, aquella plenitud alcanzara una intensidad completamente distinta.

Capítulo 23 — Rosa

La boda se celebró un sábado de finales de mayo, en la cala del Somorro, en la misma orilla donde Gustavo le había hablado por primera vez de su padre y donde, meses después, le había pedido matrimonio bajo un atardecer que ningún fotógrafo profesional habría conseguido mejorar.

Nala, ya convertida en madrina oficial y organizadora no solicitada de cada detalle de la celebración, había insistido en que el banquete se sirviera con el mismo chocolate caliente que Amparo preparaba en El Ancla, junto a bandejas interminables de rabas, empanada y el orujo casero que Ubaldo, con orgullo mal disimulado, se encargó de destilar personalmente para la ocasión.

—Como se te ocurra servir café en mi boda, Nala, te juro que anulo la ceremonia en el último momento —bromeó Rosa, la mañana de la boda, mientras Nala la ayudaba a vestirse en la habitación que había sido de su abuela.

—Ni se me pasaría por la cabeza, cielo. Chocolate, sidra y orujo, tal como habría querido Amparo.

Rosa llevaba el vestido de novia de su propia abuela, ajustado por una modista de Santander que apenas tuvo que tocar el bajo, y cuando se miró al espejo por última vez antes de bajar, con el anillo de la abuela de Gustavo brillando en su mano, sintió que dos generaciones de mujeres tercas y enamoradas se unían, de algún modo, en aquel mismo instante.

La noche anterior, Nala había organizado una pequeña despedida de soltera improvisada en la panadería, con solo Casilda, Deolinda y Coral como invitadas, entre risas, sidra y confidencias que se prolongaron hasta bien entrada la madrugada.

—Nunca pensé que terminaríamos siendo amigas —le había confesado Coral a Rosa aquella noche, ya con las mejillas encendidas por la sidra—. Después de todo lo que pasó entre nosotras al principio.

—Yo tampoco lo pensé. Pero me alegro de que así haya sido.

—A veces las peores advertencias vienen de la gente que, sin saberlo, más falta te hace tener cerca —había dicho Coral, alzando su copa en un brindis improvisado—. Por los caminos raros que a veces toma la amistad.

Gustavo, mientras tanto, había pasado su última noche de soltero con Tomás y Ubaldo en el muelle, compartiendo una botella de orujo y recuerdos de los años en que ninguno de los dos imaginaba que Gustavo terminaría casándose con la nieta de Amparo Vives.

—Tu padre estaría orgulloso, hijo —le había dicho Ubaldo, con los ojos algo vidriosos por el orujo—. Y Amparo también, claro está.

—Eso espero, Ubaldo. Eso espero de verdad.

Ubaldo, encargado de acompañarla hasta el altar improvisado en la arena, en ausencia de un padre que Rosa apenas había conocido, la esperaba en la puerta de El Ancla con un traje que evidentemente no se ponía desde hacía años y una expresión orgullosa que no intentaba disimular.

—Tu abuela estaría muy orgullosa de verte hoy, muchacha —le dijo, ofreciéndole el brazo—. Y yo también lo estoy, para que lo sepas.

—Gracias, Ubaldo. Por todo. Por las redes remendadas, por los consejos de pescador viejo, por hacerme sentir que este pueblo nunca dejó de ser mi hogar, aunque yo tardara seis años en volver a él.

Su madre, Carmen, había viajado desde Zaragoza para la ocasión, con su tercer marido y una maleta llena de nervios que se disolvieron en cuanto vio a su hija reír de aquella manera despreocupada que llevaba años sin presenciar.

—Estoy orgullosa de ti —le susurró Carmen, ayudándola con los últimos retoques del velo—. De la mujer que has decidido ser, y del lugar que has elegido para serlo.

—Aprendí de la mejor manera posible que se puede aprender estas cosas, mamá. Viendo lo que no quería para mi propia vida, y también lo que sí.

Caminó descalza por la arena de la cala hacia donde Gustavo la esperaba, con el traje desabrochado en el cuello y la sonrisa más ancha que le había visto nunca, flanqueado por Tomás, nervioso como padrino, y por Casilda, ya oficialmente su pareja desde hacía meses, sentada en primera fila junto al resto de invitados.

Coral, para sorpresa de nadie en el pueblo a estas alturas, asistió también, sentada junto a Andrés, el pintor de Bilbao con quien llevaba ya conviviendo varios meses en una casita cerca del faro que habían alquilado juntos.

La ceremonia comenzó puntual, algo insólito en un pueblo donde la puntualidad rara vez se consideraba una virtud especialmente apreciada, con la mayoría de Puerto Aliso congregado en la arena: Ubaldo en primera fila junto a Deolinda, que llevaba un sombrero de flores que insistía en que había comprado especialmente para la ocasión; los antiguos compañeros de pesca de Nicanor, ya mayores, que habían insistido en asistir para honrar la memoria de un hombre que, según todos coincidían, se habría sentido orgulloso del hijo en que se había convertido Gustavo; y hasta algunos de los turistas que visitaban el pueblo aquel fin de semana, atraídos por la curiosidad de presenciar una boda tan comentada en la zona.

—Me alegro muchísimo por vosotros —le dijo Coral a Rosa, antes de que comenzara la ceremonia, con una sonrisa que ya no llevaba ninguna sombra detrás—. Y gracias, de verdad, por no guardarme rencor por aquellas conversaciones tan incómodas de hace unos meses.

—Gracias a ti, Coral. Sin tus advertencias, puede que Gustavo y yo hubiéramos tardado mucho más en aprender a hablar de verdad el uno con el otro.

Don Casimiro, el notario, ofició una lectura improvisada de la carta que Amparo le había dejado a Rosa meses atrás, y cuando

llegó a la última línea —«te quiere, siempre, tu abuela»— no hubo un solo ojo seco entre los invitados, ni siquiera el de Gustavo, que llevaba toda la vida jurando que jamás lloraría en público.

—Vuestra abuela, Rosa, era de las mujeres que entendía que el amor de verdad no necesita grandes gestos para ser real —añadió don Casimiro, doblando la carta con cuidado antes de devolvérsela —. Solo necesita constancia. Y me consta, después de todo lo que ha pasado en este pueblo el último año, que vosotros dos tenéis esa constancia de sobra.

Gustavo, por su parte, había insistido en pronunciar sus propios votos sin ayuda de nadie, a pesar de las protestas de Tomás, que temía que la timidez natural del capitán arruinara el momento. Pero cuando llegó su turno, con la voz firme y los ojos fijos en Rosa, habló de faros y de tormentas, de anclas que por fin habían encontrado puerto seguro, y aunque ninguna de sus palabras fue tan elegante como las que había practicado la noche anterior frente al espejo, cada una de ellas sonó exactamente como debía sonar el amor cuando por fin deja de tener miedo de sí mismo.

—Rosa Aguilar —dijo, con la voz quebrada por la emoción—. Llegaste a este pueblo con una carta de tu abuela y una tozudez que me sacó de quicio desde el primer minuto. Me enseñaste que querer a alguien no significa agarrarse por miedo a la soledad, sino elegir, cada día, sostener a esa persona sin esperar nada a cambio salvo que ella también te sostenga a ti. Prometo quererte así, con los pies en la tierra y el corazón en el mar, durante el resto de mi vida.

Rosa, con lágrimas que ya no intentaba contener, respondió con sus propios votos, improvisados y torpes, llenos de referencias a mareas y anémonas que solo la mitad de los invitados entendieron del todo, pero que a Gustavo le sonaron como la declaración más hermosa que había escuchado jamás.

—Gustavo Ibarra, pescador imposible y arisco como una gaviota hambrienta, tal como me advirtieron el primer día que pisé este pueblo. Llegué aquí pensando que solo venía a cumplir una promesa a mi abuela, y en cambio encontré una vida entera que no sabía que

necesitaba. Prometo quedarme, no por miedo a arrepentirme de haberme ido, sino porque cada día, sin excepción, elijo estar aquí, contigo.

Se besaron entre aplausos y vítores, con el mar de fondo y el sol empezando a descender sobre el horizonte, tiñendo la cala del Somorro de los mismos tonos dorados que Rosa había documentado meticulosamente meses atrás en su cuaderno de campo, aunque ninguna medición científica hubiera podido jamás capturar del todo la belleza exacta de aquel instante.

El banquete se prolongó hasta bien entrada la noche, con mesas corridas dispuestas directamente sobre la arena, iluminadas por farolillos que Nala había insistido en colgar de estacas de madera clavadas para la ocasión, recordando inevitablemente a la fiesta del Carmen donde todo había empezado entre ellos meses atrás.

Carmen, sentada junto a Ubaldo durante la cena, encontró en el viejo pescador un interlocutor inesperadamente entrañable, y ambos pasaron buena parte de la noche intercambiando anécdotas sobre Amparo que hicieron reír y llorar a partes iguales a quienes los escuchaban.

—Su madre era una mujer extraordinaria —le dijo Ubaldo a Carmen, alzando su copa de orujo—. Puerto Aliso entero la echa de menos, aunque hoy, viendo a su nieta casarse aquí mismo, siento que de algún modo sigue entre nosotros.

—Gracias, Ubaldo. Significa mucho oír eso, sobre todo viniendo de alguien que la conoció tan bien.

Nala, mientras tanto, coordinaba cada detalle de la celebración con la misma energía imparable que había demostrado organizando cada evento importante de Puerto Aliso los últimos meses, deteniéndose solo ocasionalmente para bailar con Bruno o para asegurarse de que Rosa tuviera siempre una copa de sidra fría en la mano.

—¿Te acuerdas de nuestro primer baile? —preguntó Gustavo, sacando a Rosa a bailar en cuanto la orquesta, la misma que había tocado en la votación del ayuntamiento, empezó con un pasodoble.

—Cómo olvidarlo. Me pisaste tres veces.

—Y aun así aceptaste bailar el resto de la noche conmigo.

—Porque ya entonces sabía que merecías la pena, pescador torpe.

Bailaron hasta bien entrada la madrugada, rodeados de familia, amigos, y un pueblo entero que los había visto enamorarse, discutir, reconciliarse y finalmente comprometerse, con la misma implicación entusiasta con la que seguían cualquier otro acontecimiento importante de Puerto Aliso.

Antes de que la fiesta terminara del todo, Tomás, ya con la voz algo tomada por la emoción y varias copas de sidra, pidió un momento para hacer un brindis improvisado, subiéndose a una silla con más entusiasmo que estabilidad.

—Quiero brindar por Gustavo, mi capitán y mi amigo de toda la vida, que ha tardado treinta y cuatro años en encontrar a la mujer adecuada, pero que cuando la encontró, no dudó ni un segundo en luchar por ella. Y quiero brindar por Rosa, que llegó a este pueblo con una tozudez que todos aprendimos a querer, y que nos enseñó que a veces hace falta perder algo importante para descubrir lo que de verdad merece la pena conservar. Por los dos. Que el mar os trate siempre mejor de lo que trató a quienes vinieron antes.

El brindis se coreó entre aplausos y lágrimas, y Casilda, sentada junto a Tomás, le apretó la mano con un orgullo que no necesitaba palabras para expresarse.

Epílogo — Un año después

Un año después de la boda, El Ancla había terminado de transformarse en el pequeño centro de interpretación marina que Rosa había imaginado aquella tarde de domingo mientras ordenaba estanterías con Nala. Los turistas que ahora visitaban Puerto Aliso llegaban con cámaras y curiosidad genuina por la reserva marina protegida, deteniéndose primero en la librería para escuchar a Rosa, o a alguno de los estudiantes en prácticas que la universidad de Santander enviaba cada verano, explicar la historia de las anémonas violeta que habían estado a punto de desaparecer bajo un hotel de cinco estrellas.

El pequeño museo había recibido, para sorpresa de todo el pueblo, una mención en una revista de turismo sostenible de tirada nacional, que describía Puerto Aliso como un ejemplo de cómo comunidades pesqueras pequeñas podían proteger su patrimonio natural sin renunciar al desarrollo económico. Rosa guardaba aquel recorte, enmarcado, junto a la fotografía de su abuela y Emilio Sotolongo, en el mismo escritorio donde todo había empezado meses atrás.

—Tu abuela estaría insoportable de orgullosa si viera esto —le había dicho Nala, la tarde que llegó la revista por correo—. Seguro que ya estaría planeando cómo cobrar entrada al museo y subir el precio del chocolate caliente a los turistas.

—Probablemente tengas razón.

El hotel, por supuesto, nunca se construyó. Sarasola y su empresa habían intentado, sin éxito, apelar la decisión del ayuntamiento en los meses posteriores a la votación, hasta que finalmente desistieron, trasladando su atención a otra cala más al sur, mucho menos protegida y, según los rumores que llegaban ocasionalmente a Puerto Aliso, considerablemente menos hermosa.

Rosa había aceptado, finalmente, la colaboración externa que Ferraz le había ofrecido, publicando artículos sobre la cala del

Somorro que habían empezado a generar cierto interés académico más allá de las fronteras de Cantabria, sin necesidad de renunciar en ningún momento a las mañanas compartidas con Gustavo, que seguía saliendo a faenar cada madrugada, aunque ahora, algunas mañanas, Rosa lo acompañaba solo por el placer de ver amanecer sobre el agua, con una taza de chocolate caliente compartida entre los dos y el silencio cómodo de quien ya no necesita llenar cada momento con palabras.

Nala y Bruno se habían casado en primavera, en una ceremonia mucho más sencilla que la de Rosa y Gustavo, celebrada en el jardín de la panadería con apenas treinta invitados, aunque con la misma cantidad de lágrimas y risas que cualquier boda más grande. Bruno había conseguido, finalmente, un traslado a la lonja de Puerto Aliso, poniendo fin a los años de viajes de fin de semana entre Santander y el pueblo.

Tomás y Casilda seguían juntos, con una relación tan sólida como discreta que apenas necesitaba anuncios ni celebraciones para que todo el mundo supiera lo felices que eran; Tomás incluso había empezado, para sorpresa de Gustavo, a acompañar a Casilda algunas tardes al ayuntamiento, aprendiendo sobre gestión municipal con una curiosidad que nadie le habría atribuido meses atrás.

—¿Te imaginas a Tomás de concejal algún día? —le preguntó Rosa a Gustavo una tarde, viendo a la pareja pasear por el muelle con una carpeta de documentos municipales bajo el brazo de Tomás.

—Sinceramente, no. Pero tampoco me imaginaba que terminaría casado con la nieta de Amparo Vives, así que ya no me atrevo a descartar nada en esta vida.

Rosa se rió, apoyando la cabeza en su hombro, pensando en lo mucho que habían cambiado todos, cada uno a su manera, desde aquel verano en que ella había bajado de un autobús con una maleta demasiado pesada y un corazón que llevaba años sin abrirse del todo a nada nuevo.

Coral y Andrés se habían mudado juntos definitivamente a la casita cerca del faro, y Coral había abierto un pequeño estudio de cerámica en los bajos de su casa, donde vendía piezas inspiradas, según decía ella misma con una sonrisa sin ninguna sombra ya detrás, en las formas del mar que tanto tiempo llevaba observando desde la distancia sin saber apreciar del todo su belleza.

Incluso Sarasola, según supo Rosa por Casilda meses después, había terminado por abandonar del todo el sector hotelero tras una serie de proyectos fallidos en otras costas, dedicándose ahora, en un giro que nadie en Puerto Aliso se cansaba de comentar con ironía, a la promoción de turismo rural sostenible en el interior de Cantabria, lejos de cualquier costa que pudiera tentarlo de nuevo con la construcción de otro hotel de cinco estrellas.

Rosa seguía visitando, cada cierto tiempo, el escritorio de su abuela, donde guardaba, junto al cuaderno forrado de hule ya completo con datos de cuatro estaciones enteras, la fotografía de Amparo joven junto a Emilio Sotolongo, aquel pescador que el mar se había llevado décadas atrás. Había investigado un poco más su historia, descubriendo que Emilio había muerto salvando a otros dos pescadores durante un temporal, un acto de valentía que el pueblo entero había honrado durante años con una pequeña placa en el muelle que Rosa, avergonzada de no haberla notado antes, visitaba ahora con frecuencia.

—Creo que a la abuela le habría gustado saber que seguimos completando su historia, poco a poco —le dijo a Gustavo, una tarde de otoño, sentados los dos en el porche de la casa del faro, viendo el mar teñirse de los mismos colores que Amparo había descrito con tanto cariño en su cuaderno años atrás.

—Seguro que lo sabe, de algún modo. Las mujeres como tu abuela no se van del todo nunca.

Rosa sonrió, apoyando la cabeza en su hombro, y se quedaron un rato en silencio, viendo cómo Tomás y Casilda paseaban por el muelle a lo lejos, cómo las luces de la panadería de Nala se encendían para el turno de tarde, cómo Puerto Aliso entero seguía

girando alrededor de sus rutinas de siempre, ajeno en apariencia a todo lo que había cambiado en apenas un año, aunque en el fondo cada rincón del pueblo pareciera guardar memoria de la historia que Rosa y Gustavo habían construido juntos.

Esa misma noche, mientras el faro giraba fiel sobre la bahía y las gaviotas guardaban, una vez más, ese silencio insólito que parecía reservarles solo a ellos dos, Rosa apoyó la cabeza sobre el hombro de su marido y pensó que su abuela había tenido razón en todo: el amor de verdad no se busca, se tropieza uno con él, casi siempre en el peor momento posible y de la mano de la persona más imposible imaginable. Y sin embargo, ahí estaba, firme como el faro, iluminando cada noche el camino de vuelta a casa.

—¿En qué piensas? —preguntó Gustavo, notando su silencio pensativo.

—En que hace poco más de un año, bajé de un autobús en este mismo pueblo sin saber que mi vida entera estaba a punto de cambiar para siempre.

—¿Y te arrepientes de algo?

Rosa se giró hacia él, con una sonrisa que llevaba meses siendo la más sincera que había tenido en toda su vida.

—De nada, Gustavo Ibarra. De absolutamente nada.

Se quedaron un rato más en el porche, viendo caer la tarde sobre Puerto Aliso, hablando de planes pequeños y cotidianos: la próxima muestra de la cala, una posible visita de Carmen para Navidad, la idea, todavía en ciernes, de organizar el año siguiente una jornada educativa en el centro de interpretación para los colegios de la comarca. Nada extraordinario, nada que mereciera titulares ni votaciones municipales, solo la vida sencilla y satisfactoria de dos personas que habían aprendido, cada una a su manera, a dejar de tener miedo de lo bueno.

El faro, indiferente como siempre a los asuntos del corazón de los hombres y mujeres que vivían bajo su luz, siguió girando fiel sobre la bahía, iluminando, noche tras noche, el camino de vuelta a casa para cualquiera que se hubiera perdido en el mar, tal como

llevaba haciendo desde mucho antes de que Rosa y Gustavo se conocieran, y tal como seguiría haciendo mucho después de que ambos, algún día lejano, se convirtieran también ellos en historias que otros contarían junto al mostrador de El Ancla, con una taza de chocolate caliente entre las manos.
